EXTREMA DERECHA

EL RESENTIMIENTO CONTRA LA DEMOCRACIA

Kepa Aulestia

RAMÓN RUBIAL FUNDAZIOA

CATARATA

EXTREMA DERECHA

EL RESENTIMIENTO CONTRA LA DEMOCRACIA

Kepa Aulestia

RAMÓN RUBIAL FUNDAZIOA

CATARATA

EXTREMA DERECHA

EL RESENTIMIENTO CONTRA LA DEMOCRACIA

Kepa Aulestia

RAMÓN RUBIAL FUNDAZIOA

CATARATA

Índice

INTRODUCCIÓN

RESENTIMIENTO

DEMOCRACIA

ABASCALISMO

POSREALIDAD

INMIGRACIÓN

DERECHA

ESPEJO

INDEPENDENCIA

QUEHACER

BIBLIOGRAFÍA

Hitos

Cover

Página de título

Página de copyright

Introducción

Bibliografía

Índice de contenido

KEPA AULESTIA

Ex secretario general de Euskadiko Ezkerra, fue diputado en el Congreso y en el Parlamento Vasco. Fue promotor y firmante del Pacto de Ajuria Enea. Es autor de los libros Días de viento sur. La violencia en Euskadi (1993), HB. Crónica de un delirio (1998), Gutun amaigabea (2000), Historia general del terrorismo (2005), ETA contra la prensa (2022) y Una comunidad decente. Carencias y retos de la convivencia en Euskadi (2023). Desde 1996 ha sido colaborador editorial de los periódicos regionales del grupo Vocento, así como articulista de El Correo, El Diario Vasco y La Vanguardia.

Kepa Aulestia

Extrema derecha

El resentimiento contra la democracia

Colección RAMÓN RUBIAL

ESTE LIBRO HA CONTADO CON LA AYUDA DEL DEPARTAMENTO DE JUSTICIA Y DERECHOS HUMANOS DEL GOBIERNO VASCO / EUSKO JAURLARITZAKO JUSTIZIA ETA GIZA ESKUBIDEEN SAILA

DISEÑO DE CUBIERTA: VOICE COMUNICACIÓN & DISEÑO

© Kepa Aulestia, 2025

© Los libros de la Catarata, 2025

ZURBANO, 76

28010 MADRID

TEL. 91 532 20 77

WWW.CATARATA.ORG

Extrema derecha.

El resentimiento contra la democracia

isbne: 978-84-1067-481-3

ISBN: 978-84-1067-458-5

DEPÓSITO LEGAL: M-22.674-2025

thema: JBFX/JPFQ/JPFM

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Introducción

La extrema derecha es noticia varias veces al día. En nuestro país, más por sus palabras que por sus actos, aunque sobre todo por las sombras que proyecta la sola posibilidad de que Vox llegue a aplicar aquí las medidas que adoptan las diversas fuerzas ultra en los países en los que han alcanzado el Gobierno.

La irrupción de Vox en las autonómicas andaluzas de diciembre de 2018 encendió muchas más alarmas que ilusiones entre los españoles. La extrema derecha obtuvo entonces 396.607 votos, un 10,96%. En las elecciones generales de 2023, Vox cosechó 3.057.000 votos en el conjunto del país, un 12,38%; en 2019 había logrado 3.656.979 votos, un 15,08%, por lo que las personas alarmadas al principio tuvieron motivos para sentirse un tanto aliviadas. Sin embargo, a fecha de hoy los sondeos demoscópicos presentan a Vox como una formación al alza.

El retrato de Vox en 2018 no era muy distinto en cuanto a su discurso y sus actitudes, a su fotografía actual. Por mucho que Santiago Abascal haya pasado de simular un mitin subido al banco de una plaza a ser el anfitrión en Madrid de una nueva internacional, o por mucho que en 2018 Vox bebiera fundamentalmente de los efectos que el desvarío del procés catalán produjo en la opinión pública del conjunto de España, y hoy tienda a atragantarse a cuenta de la inmigración. Pero el mundo ha experimentado una inusitada sucesión de convulsiones en los siete años que median de aquellas elecciones andaluzas.

La pandemia de covid-19; la guerra de Putin por acabar con Ucrania y anular a la Unión Europea; el ataque del terrorismo islamista contra Israel seguido de una respuesta que ha acabado en un genocidio sobre la población gazatí; la segunda llegada de Donald Trump a la Casa Blanca desatando una conflagración comercial en el mundo y dando lecciones diarias de un autoritarismo cruel a los estadounidenses; la llegada de Javier Milei a la Casa Rosada, demostrando que el histrionismo más desalmado puede ser también un atributo del poder; la dilución deliberada de la legislación y de

los acuerdos globales en materia comercial, de medioambiente, de soberanía y de derechos humanos; la consagración de las autocracias —de los autócratas— como alternativa a las democracias que la radicalidad considera titubeantes; hasta la cumbre organizada en torno a la figura de Xi Jinping dando carta de naturaleza al liderazgo de Vladímir Putin y de Kim Jong-un en plena ofensiva de verano contra los ucranianos; seguida del asesinato de Charlie Kirk en Utah y el tono amenazante empleado por el trumpismo contra la izquierda culpabilizándola de la muerte de su fiel seguidor.

Tan estrepitosa actualidad mundial concede ventaja a la extrema derecha española, que no tiene más que añadir alguna expresión altisonante de vez en cuando para sentirse parte del estropicio general. Que la Unión Europa se debilite atenazada por la pinza que entre la agresión de Putin y los despropósitos de Trump permite a Vox no hacer nada particular para lograr ese objetivo, más que dar cuenta de que Bruselas no puede más. Mientras, sus fuerzas homólogas o sintonizadas de Alemania o Francia, del Reino Unido o de Estados Unidos acarician la probabilidad de que no solo Georgia Meloni se asome al balcón de las instituciones europeas. Tampoco importa que sea el régimen de Vladímir Putin o el de cualquier monarquía del Pérsico el que cierre herméticamente la puerta a los derechos de sus ciudadanas y sus ciudadanos si ello contribuye a ensalzar la virilidad frente a la ideología de género. Del mismo modo que la cotización a la baja de la verdad en tanto que evidencia permite a la extrema derecha patria aferrarse a lo que sea en un escenario en el que nada parece cierto y todo resulta posible.

El título del libro habla de extrema derecha, término que puede resultar excesivamente genérico, e incluso cándido, para referirse a una expresión política que por momentos no disimula su crudeza. Pero al mismo tiempo puede actuar como ese lugar común, comprensivo, cuya mención nos invita, nos obliga, a ser precisos en la descripción de los hechos y en el análisis de los relatos. La calificación parece menos severa que la de ultraderecha. Pero tiene la ventaja de que puede abarcar más que esta última denominación. Con la precisión de que hablar de extrema derecha no excluye hablar de fascismo o de nazismo. Del mismo modo que tampoco descarta hacerlo del populismo, de la antipolítica, de lo iliberal o de

la posverdad devenida ya a estas alturas en posrealidad. Solo que ninguno de estos términos podría abarcar, en el tiempo y en el espacio, lo mucho que encierra la extrema derecha. Mientras que, por poner un ejemplo, la denominación de Vox como extrema derecha permite en todo momento identificar actos y postulados que pudieran evocar actitudes o resabios fascistas, nazis, populistas, antipolíticos, iliberales o vicarios de la posrealidad.

A lo largo del libro se perfilan el significado histórico y los matices de los términos que pueden acompañar a la extrema derecha. Pero a modo de introducción resultará útil esta apreciación de Julia Boyd al comienzo de Un pueblo en el Tercer Reich, refiriéndose a los habitantes de Oberstdorf en torno a 1933: “El nacionalsocialismo, descubrieron todos, no era solo un sistema de gobierno, sino que pretendía controlar todos los aspectos de sus vidas y remodelar sus tradiciones centenarias a imagen y semejanza de los nazis”.

Hasta 2018, la mayoría de los españoles tocaba madera esperando que nuestro país fuese una excepción y aquí no arribase la ola ultra que empezaba a anegar el resto de Europa. Tan solo siete años más tarde es de temer que quienes se reclaman custodios de la tradición patria, de las creencias de siempre y del sentido común acaben gestando toda una “religión de sustitución” con la que se atrevan incluso a enfrentarse a la Iglesia católica además de demonizar el islam. “Si Alfred Rosenberg pretendía crear una nueva religión nacionalsocialista en nombre de los nazis, debía destruir las religiones existentes”, señala Peter Watson en Historia intelectual del siglo XX. Es de temer que pasen de manifestar cómo no ha de gobernarse el país a dictar a los ciudadanos el modo en que han de relacionarse con sus vecinos, educar a sus hijos y recordar a sus padres. Qué han de pensar y hasta qué han de sentir. No hay problema si la extrema derecha se mantiene dentro de un perímetro estrictamente político, pero lo habrá si hace de una mínima representatividad electoral la plataforma de lanzamiento de drones de turbación que azoren a la sociedad entera en busca de adeptos.

De las veinte lecciones que nos brinda el catedrático de Yale Timothy Snyder en Sobre la tiranía, la décima reza “Cree en la verdad”. “Renunciar a los hechos es renunciar a la libertad. Si nada es verdad, nadie puede criticar al poder, porque no hay ninguna

base sobre la que hacerlo. Si nada es verdad, todo es espectáculo. La billetera más grande paga las luces más deslumbrantes". Y advierte Snyder: "Como han señalado algunos observadores del totalitarismo, como Victor Klemperer, la verdad muere de cuatro maneras, y nosotros acabamos de presenciar todas ellas". Lo dice en relación, especialmente, a los Estados Unidos de Trump. Y enumera esas cuatro maneras: "La primera manera es la hostilidad declarada a la realidad verificable, que asume la forma de presentar las invenciones y las mentiras como si fueran hechos. […] La segunda manera es el encantamiento chamánico. Como señalaba Klemperer, el estilo fascista depende de la 'repetición constante'. […] La siguiente manera es el pensamiento mágico, es decir, la aceptación descarada de las contradicciones [que se revelan en las promesas que se hacen. Como el de bajar los impuestos e incrementar gastos e inversiones públicas] […] La última manera es la fe que se deposita en quienes no la merecen", y cita la omnipresencia de la primera persona del presidente estadounidense: "Solo yo puedo resolverlo" y "Yo soy vuestra voz".

Una de las características más elocuentes de la extrema derecha española es que reivindicando la singularidad de la nación —de su pasado, presente y futuro— no ofrece nada genuino, sino que mimetiza lo que hacen y dicen otros en otras naciones. Hasta cierto punto parece lógico que todos los nacionalismos coincidan en sublimar los hitos históricos de la patria, destaquen los riesgos de la invasión por los extranjeros, hagan de la familia el sujeto central de la comunidad y busquen rasgos de identidad en costumbres que se replican en todas partes con algunos matices. Pero en el caso que nos ocupa, la mímesis se extiende a los eslóganes, a las tácticas, a la identificación de las coyunturas propicias, a la modulación del dramatismo, a la impostación de una épica que se pretende particular. A pesar de lo cual todas las extremas derechas coinciden también en no querer admitir que el ser humano es el mismo aquí y a miles de kilómetros; reacciona dejándose guiar por las emociones y luego emplea la razón para explicar o justificar sus decisiones.

La emoción que cultiva, explota y contagia la extrema derecha no es otra que el resentimiento. Aunque no sea exclusiva de ella, es consustancial a lo ultra. Resentimiento hacia aquellos que se apropiaron de un pasado que debió pertenecerles. Resentimiento

hacia los diferentes que ponen en solfa la verdadera españolidad o la vertiente más íntima de la identidad. Resentimiento hacia la "derechita cobarde" y hacia quienes participaron en la fundación de Vox pero luego se hicieron a un lado o fueron orillados. Resentimiento hacia los que pasan de largo ante la bandera. Resentimiento hacia las mujeres que no votan a un partido de hombres y hacia los hombres mayores que pasan de adular a una formación interesada prioritariamente en los jóvenes para así rejuvenecer todos los días.

El pastor Dietrich Bonhoeffer fue uno de los teólogos más influentes del pasado siglo. Murió ahorcado por orden personal de Adolf Hitler el 9 de abril de 1945, cuando el Führer ya se había recluido en su búnker terminal. Escribe Peter Watson:

El 1 de febrero de 1933, el día después de que Hitler se hiciera con la cancillería de Alemania, Bonhoeffer pronunció un polémico discurso en la radio de Berlín. Se titulaba "La nueva opinión que tienen las generaciones más jóvenes del concepto de Führer", y resultaba tan agresivo que se optó por cortar la emisión antes de que pudiese acabarlo. En él sostenía que lo que menos necesitaba el carácter complejo de la sociedad moderna era un objeto de culto para la juventud, que el movimiento de las Juventudes Hitlerianas había creado un desfase generacional falso y que padres e hijos debían trabajar juntos, de tal manera que la experiencia de la edad pueda templar la energía de la juventud. En efecto, estaba afirmando que los nazis habían levantado el fervor de la juventud porque los adultos podían ver claramente cuáles eran las intenciones de las consignas vanas y rimbombantes de Hitler y los otros dirigentes.

Los sondeos demoscópicos indican que Vox atrae especialmente a los jóvenes recién llegados a la edad de votar, y es de suponer que lo hace también en una etapa más temprana. Siendo improbable que despierte ilusión, dado el tenor de sus mensajes, sería más lógico pensar que capta la atención de parte de una generación que encuentra motivos para albergar resentimientos. El conflicto

intergeneracional que queda atenuado por la familia a la que apela precisamente la extrema derecha podría desatar contradicciones también en Vox si optase por explorar las posibilidades de la colisión entre los Z y los boomers. Tentación presente cada vez que se comparan los ingresos y bienes que manejan unos y otros. Pero que se hace aún mayor bajo la revisión intencionada de un pasado descrito en términos que añada resentimientos adquiridos en contacto con un partido tan piramidal como Vox y, sobre todo, con sus pares de Europa y de América.

En un artículo publicado en Combat en noviembre de 1944 Albert Camus escribía:

Hagamos una vez más balance de la situación española. Franco sigue en el poder. Tiene la esperanza de continuar así, y, al no contar ya con cumplirla con sus amigos tradicionales, intenta hacerlo con el apoyo de las democracias.

Ha hecho, pues, ciertas insinuaciones. Ha hablado de la España falangista como de una "democracia orgánica" y se le ha ocurrido la idea de un "bloque católico", uno de cuyos miembros sería España. Le ha parecido que así hacía suficientes concesiones para poder reclamar un puesto en la Conferencia de Paz. Ha alegado entonces que las naciones que habían podido seguir en paz tenían que ser más aptas que otras para ocuparse de los problemas que plantea la paz.

Simultáneamente comenzaban unas conversaciones para la creación de un Gobierno español de transición. Franco en persona ha hecho ofrecimientos, sin resultado hasta la fecha, al partido monárquico. Mientras, en París, un tal señor Maura decía ser el encargado de los españoles republicanos para entablar negociaciones con el Caudillo. En este punto, la Unión Nacional, con sede en París, acaba de desmentir esa noticia, sin nombrar, no obstante, al señor Maura.

Cinco años y poco después de proclamada la victoria franquista en la Guerra Civil, nada menos que Camus retrata en naif la situación

española. Unas líneas que invitan a recordar que fueron muchos los españoles que vivieron aquellos y los posteriores años sin el dramatismo que evocan las leyes de memoria que Vox está decidido a llevarse por delante para que prevalezca una memoria naif. Franco seguiría en el poder treinta y un años más, hasta su muerte. Albert Camus no podía imaginar tal cosa. El resentimiento de la extrema derecha se enraíza en el hecho de que el franquismo no pudo continuar mucho tiempo sin él, en el hecho de que la reforma supuso para demasiados españoles una verdadera ruptura. Pero una vez desatada la polarización, precisamente mientras a partir de 2015 desde la izquierda de la izquierda se reivindicaba la apertura de un nuevo periodo constituyente frente al "régimen del 78", no hay margen para confrontar memorias de forma constructiva.

El catedrático de historia Gutmaro Gómez Bravo comienza así, siempre en primera persona, el segundo y último epílogo de Los descendientes. "El pasado llamó a mi puerta una mañana de septiembre. Llegaba, como en el caso de mis padres en los setenta, por certificado doble. El cartero, mientras anotaba mis datos en su agenda electrónica, no quitaba ojo del sello del Ministerio del Interior. Finalmente, tras un largo e incómodo silencio, me alargó un sobre pequeño y acolchado. Medio siglo después de su muerte, tenía entre mis manos el expediente de mi abuelo. Una nota advertía que me correspondía como familiar. Lo había solicitado como investigador mucho antes, pero no había obtenido respuesta. Las trabas para acceder a los archivos nos siguen diferenciando de buena parte del mundo. Historias inventadas, desconocidas y silenciadas durante décadas, como la nuestra y como tantas otras, siguen esperando en los depósitos a ser contadas. Miles de expedientes de depuración como este constituyen su materia prima, son el átomo, el origen de las versiones heredadas de nuestra memoria. En contra de lo que se suele creer, la labor más difícil del historiador pasa por sortear la agenda que marca el presente sobre el pasado, evitar el presentismo; sin embargo, de poco sirve lo que se descubre investigando si no se integra en el presente. Todo esfuerzo es vano si el relato heredado se perpetúa y sigue llegando a una nueva generación, como la de nuestros hijos, tal como fue creado. La tarea de recuperar todo lo que se ocultó en el seno de cada familia sigue siendo obligada para nosotros, los descendientes".

Ya en 2009 lo dijo Javier Cercas en Anatomía de un instante: “La transición es ya historia —escribió en 1996 el sociólogo Juan J. Linz—. No es algo que hoy sea objeto de debate o lucha política”. Una década después, Linz ya no hubiera podido decir lo mismo: de un tiempo a esta parte la transición no solo es objeto de debate, sino también —a veces implícita y a veces explícitamente— objeto de lucha política.

Como ocurre con el resentimiento, también la polarización es contagiosa y alienante. No en vano se produce entre dos extremos que se retroalimentan, hasta el punto de que ambos pueden convencerse también de lo conveniente que les resulta el juego. Al pensar así no es la extrema derecha la que yerra, sino la izquierda que temporalmente ha logrado asirse a un argumento de utilidad inmediata como es el temor a los ultras, a una involución tardía o a una revolución distópica que ya aparece representada en la América de Trump. Como si la película Civil War pudiera ser la continuidad de lo que hoy acontece con la deportación de inmigrantes a países de pago que no son los de su origen. Aunque la izquierda por momentos se sienta cómoda jugando a la polarización, ese es el terreno de la extrema derecha. Está en su naturaleza. Lo que está en juego no es ganar para una legislatura más o perder para siempre unas elecciones: lo que está en juego es la democracia.

José María Ridao lo ha dejado escrito en La maleta de Portbou:

La realidad es que solo desde la estrategia de la polarización, y solo desde ella, los sistemas democráticos se revelan impotentes ante la corrupción, como también ante un orden internacional que se derrumba y unas fuerzas internas que, desbocadas, se alimentan de su propio galope, como los caballos de los que hablaba Elias Canetti. Partidos como AfD en Alemania, Ley y Justicia en Polonia, Fidesz en Hungría, Frente Nacional en Francia o Vox en España, no proponen nunca renunciar a la estrategia de la polarización, de la que hacen y necesitan hacer un uso extremo.

La izquierda democrática necesita salir de la espiral en que se basa

la polarización. Comprender que ni sus medios ni sus fines pueden reducirse o verse lastrados por la lucha contra la extrema derecha, tan obsesiva como resultadista solo a corto plazo. Entender que su verdadero camino en una sociedad compleja es el consenso que libere a la convivencia de los lastres que imponen quienes necesitan polarizar a los demás desde el extremo del tablero político. El fingido heroísmo de lo ultra no puede encontrar frente a sí la torpe emulación de quienes se creen resistentes antifascistas, sino el empeño consciente y templado por afianzar la democracia, ensancharla y profundizar en ella desde mayorías cualificadas.

En El hombre en busca de sentido, Viktor Frankl advierte de que

cada época tiene su propia neurosis colectiva. Y cada época precisa su propia psicoterapia para vencerla. El vacío existencial es la neurosis colectiva más frecuente en nuestro tiempo. Se la describe como una forma privada y personal de nihilismo, y el nihilismo se define por la radical negación de sentido del hombre. Por eso la psicoterapia no podrá nunca recomponer esta situación social si no se sitúa fuera de la influencia de la filosofía nihilista; de no ser así, en lugar de un recurso para su curación, representaría un síntoma más de la neurosis colectiva. La psicoterapia no solo sería reflejo de la filosofía nihilista, sino que —involuntariamente— transmitiría al paciente una caricatura del hombre, no su verdadera imagen.

Dado que la extrema derecha nada suelta en la polarización, la izquierda tiene la obligación de tratar de impedir que los ciudadanos se vean arrastrados por la espiral que provoca. Dado que la extrema derecha cultiva el nihilismo transmitiendo, en nombre de un orden autoritario, la sensación de que todo puede ocurrir, la izquierda tiene el deber de atenuar las incertidumbres a las que se enfrentan los ciudadanos para que no acaben entrampados en la nada. Y su sentido ha de ser más elevado que el de acabar con la extrema derecha como eslogan.

La concurrencia, al finalizar el primer cuarto del siglo XXI, entre el poderío de los regímenes autocráticos y el ascenso de las

democracias autoritarias ha puesto en seria duda la pervivencia misma de las democracias liberales. La sola hipótesis de la llegada de los populismos ultras al gobierno de Reino Unido, Alemania, Francia y otros países centrales de la Unión nos aboca a una incertidumbre descomunal porque no quedaría dónde buscar refugio en el mundo. La seducción del autoritarismo, recogiendo el subtítulo del libro de Anne Applebaum, El ocaso de la democracia, podría quedar desbordada por la claudicación general respecto a la democracia. La pregunta inmediata es cuánto tiempo y cuántas oportunidades restan para evitarlo. Y qué margen queda de incurrir en errores involuntarios.

La extrema derecha es una cuestión viva. Ni ella misma sabe qué va a ser mañana. Si ganará en homogeneidad a nivel internacional o si las distintas siglas nacionales tenderán a dispersarse a la búsqueda de acomodo territorial. O si su pujanza se volverá imparable hasta conformar todo un orden mundial. El contenido de este libro trata de despejar algunas incógnitas, las más cercanas, haciendo un repaso de lo que sabemos del tema. Y no pretende más que aportar serenidad al abordaje de un problema que está sobrado de ánimo militante y falto de responsabilidad.

Resentimiento

El Diccionario de la Real Academia Española define el término resentimiento como “acción y efecto de resentirse”. Consignando como sus sinónimos rencor, despecho, resquemor, amargura, encono, odio, animosidad, animadversión. El resentimiento sería, por lo tanto, lo que se hace y lo que se produce. Y podría ir acompañado de todas o algunas de las connotaciones que recogerían sus sinónimos.

El diccionario de María Moliner recoge el término definiéndolo como “sentimiento penoso y contenido del que se cree maltratado, acompañado de enemistad u hostilidad hacia los que cree culpables del mal trato”. El resentimiento sería un sentimiento tan subjetivo que requeriría el concurso de alguien que se crea maltratado y guarde enemistad u hostilidad hacia quienes crea culpables de ese mal trato. Lo que a la vez sugiere que no necesariamente ha de obedecer a una realidad objetiva de hechos constatables que, además, puedan identificarse como causas que justifiquen el resentimiento como una reacción natural y hasta lógica. Aunque, por ello mismo, el resentido no puede esperar que su sentimiento sea compartido, justificado o cuando menos comprendido por los demás. El resentimiento es esencialmente negativo, aunque resulte explicable. De ahí que le sea difícil afrontar el juicio de la legitimidad. Afecta muy seriamente a la convivencia y al bienestar personal. Sobre todo cuando no atiende a motivos expresos y justificados. Más, si se vuelve contagioso porque el resentido insta a los demás a ser partícipes de sus sentimientos sin ponerlos en cuestión o tratar de atenuarlos. Y cuando adopta la forma de una reacción colectiva rayana en la sinrazón.

La derecha radical se basa en el resentimiento.

En su libro Sobre la tiranía, en la lección 17 titulada “Presta atención a las palabras peligrosas”, el historiador Timothy Snyder nos dice:

El más inteligente de los nazis, el teórico jurídico Carl Schmitt, explicaba en términos claros la esencia de la forma de gobernar del fascismo. El modo de destruir todas las normas, explicaba, era centrarse en la idea de la 'excepción'. Un líder nazi desarma a sus oponentes por el convencimiento de convencer a la gente de que el momento actual es excepcional, y después transformando el estado de excepción en una emergencia permanente. Entonces los ciudadanos sacrifican su libertad real en aras de una falsa seguridad.

El mensaje que comparten todas las extremas derechas del mundo asentadas en sistemas democráticos es que nos encontramos en un momento de excepción y de emergencia. A partir de ahí es como se diferencian entre aquellas fuerzas que presentan la excepción como una zozobra ineludible pero pasajera tras la que vendrá la calma anhelada y aquellas otras que se atreven a dibujar los contornos del tiempo nuevo a modo de un futuro dibujado necesariamente en solitario. Solo que las primeras aspiran a actuar como las segundas. En nuestro caso, la reforma política que hizo de la Transición un cambio histórico que fue "de la ley a la ley" —principio atribuido a Torcuato Fernández Miranda— parecería disuadir a la extrema derecha de Vox de rebasar o de constreñir los cauces de la Constitución de manera abrupta, a la espera de que los acontecimientos la deshilachen, dando lugar a una actitud de relatores de la excepción más que a la de constructores de un nuevo orden por parte de los dirigentes del partido de Santiago Abascal. Pero el estado de emergencia que transmiten de forma deliberada apela, claro está, a todos los resentimientos que concurren en el ánimo de la mitad de los españoles. De aquellos a los que la España del bipartidismo PP-PSOE ha debido helarles el corazón, según necesitan creer los abascalistas.

Del mismo modo que el resentimiento es contagioso, lo es también la percepción de la excepción que acaban compartiendo los polos opuestos en un periodo político tensionado. Para la extrema derecha, la excepción está provocada por la izquierda. Para la izquierda, la excepción es la extrema derecha. El asesinato del joven activista ultraconservador estadounidense Charlie Kirk mientras

participaba en un encendido debate en el campus de la Universidad del Valle de Utah, el 10 de septiembre de 2025, condujo a Donald Trump a culpar del hecho a la “izquierda radical”. Por su parte, Santiago Abascal añadía: “El asesinato de Charlie Kirk está mostrando la manía homicida que domina a gran parte de la izquierda occidental. No solo por el repugnante crimen, sobre todo por la impunidad con que lo justifican. Y es necesario recordar que la izquierda más ultra de Occidente gobierna en España”. A su vez, esas reaccionen contribuyeron a que las izquierdas omitieran cualquier pésame por el asesinato de Kirk o su condena porque pasaron a considerarse víctimas del resentimiento de la extrema derecha. Con lo que, junto a los flases informativos en torno a la huida del presunto asesino y su posterior detención, prevalecieron las noticias sobre las posiciones radicales que defendía el finado. Posiciones que fueron utilizadas en las redes sociales como justificación para atacar de forma desalmada a quien ya no podía defenderse como lo hacía universidad por universidad.

La lucha política, la confrontación electoral en una sociedad abierta, apela a las emociones. Como resulta imprescindible generar emociones en el público para atraer su voto, la polarización constituye la estrategia más eficaz porque llega a impedir que los seguidores de tal o cual formación se emocionen más que a favor de una determinada sigla. Y en esa estrategia la emoción del resentimiento es la tecla que conviene tocar antes que cualquier otra.

En El error de Descartes, el neurocientífico António Damásio nos confronta con los límites de la racionalidad para dar inevitablemente cabida a las emociones:

La concepción de “razón elevada”, que no es otra que la concepción del sentido común, supone que cuando estamos en lo mejor de nuestra toma de decisiones somos el orgullo y la alegría de Platón, Descartes y Kant. La lógica formal, por sí misma, nos ofrecerá la mejor solución posible para cualquier problema. Un aspecto importante de la concepción racionalista es que, para obtener los mejores resultados, deben dejarse fuera las emociones. El procesamiento racional debe desembarazarse de la razón.

Y a continuación objeta al respecto:

Los fallos de la concepción del sentido común no se limitan al tema de la capacidad limitada de la memoria. Incluso con papel y lápiz para mantener en su lugar el conocimiento necesario, las mismas estrategias de razonamiento están cargadas de debilidades [...] Una de estas debilidades importantes bien pudiera ser la enorme ignorancia y el uso incorrecto que los seres humanos hacemos de la teoría de probabilidades y de la estadística [...] No obstante, con frecuencia nuestro cerebro puede decidir bien, en cuestión de segundos o minutos, en función del marco temporal que establezcamos como apropiado para el fin que queremos conseguir y, si puede hacerlo, debe hacer esta tarea maravillosa con algo más que razón pura. Necesitamos una concepción alternativa. [La emocional].

El supuesto sobre el que en este caso escribe Damásio es el de la toma de decisiones ante una posible transacción comercial. El sufragio es también una transacción: damos nuestro voto a cambio de que individual y colectivamente nos hagamos acreedores a los bienes que nos ofrece una determinada opción electoral. Bienes materiales y también emocionales. Políticas públicas junto a la satisfacción de alinearnos con el que probablemente gane las elecciones, con aquella formación a la que habían apoyado siempre nuestros mayores, o simplemente con la alternativa que menos nos desagrada. En muchas ocasiones la decisión la tomamos en el último momento y sin echar mano de la “teoría de probabilidades y de la estadística”. Con la tranquilidad además de no tener que dar explicaciones a nadie gracias al secreto de voto.

No hay nada en la actividad política que no busque por encima de todo el favor de la gente. Para acceder al gobierno, pero también para operar sobre los sentimientos, las relaciones y hasta el modo de ser de esa misma gente. Es en este último punto donde lo conservador se vuelve ultraconservador; la derecha, extrema

derecha. Sobre todo cuando a través de las emociones se busca acabar, poco o mucho, con el libre albedrío. Con la libertad de conciencia en nombre de la libertad.

La emoción decide y la razón justifica. Esta ley general se hace más patente en los extremos. Además, la lógica de la confrontación polarizada abona las pasiones en contra del otro, de lo otro. El miedo y el odio están representados en campañas electorales que se eternizan sin solución de continuidad. No dejan margen a las "emociones positivas"; a la empatía hacia los que pueden pensar de otra manera, y lo expresan por ejemplo con gracia; al aprecio hacia el que siendo rival político resulta a la vez afable; al reconocimiento de aquello en lo que el contrincante puede llevar razón. Precisamente porque las "emociones positivas" se encuentran más cerca de la razón. De la razón de la convivencia y el buen gobierno.

En la lección número 9 de Sobre la tiranía, titulada "Trata bien nuestra lengua", Snyder nos cuenta:

Victor Klemperer, un experto en literatura de origen judío, utilizó su formación filológica contra la propaganda nazi. Advirtió que el lenguaje de Hitler rechazaba la oposición legítima: el 'pueblo' siempre se refería a algunas personas y no a otras (el presidente estadounidense utiliza la palabra de esa misma forma), los desacuerdos siempre eran 'conflictos' (el presidente dice 'victorias'), y cuando las personas libres intentaban entender el mundo de forma distinta, se trataba de 'difamaciones' contra el líder (o, como dice el presidente, 'libelos').

El resentimiento fomenta la diferencia y la desigualdad. Y se nutre de ellas.

En La sociedad de la desconfianza, Victoria Camps nos sitúa delante de un fenómeno de nuestro tiempo que guarda relación con las emociones, la impaciencia y el inmediatismo:

Volviendo a las crisis de las que andamos sobrados en los últimos años, la ciudadanía es demandante y exige aclaraciones rápidas de lo ocurrido: la pandemia del covid-19, el apagón del 28 de abril de 2025, la tragedia de la dana en Valencia, los problemas con los menores no acompañados salidos de la inmigración. La gente quiere saber qué ha pasado y quiere explicaciones inmediatas. Pero las crisis son complejas, vienen cargadas de incertidumbres que no se despejan en unas horas. Lo cual no significa que la demanda de transparencia sea inútil o vana; hay que dar cuenta de cómo se ha gestionado la crisis e incluso a quién hay que exigir responsabilidades, pero sobre la base de investigaciones lo más exhaustivas y completas posible. Las crisis se agravan o no según sea la forma de reaccionar, pero reaccionar bien no significa solo dar una respuesta rápida sobre supuestas causas de lo ocurrido, ni confiar a una comisión parlamentaria un informe del que una vez escenificada su elaboración nadie vuelve a acordarse.

Anne Applebaum nos habla, en El ocaso de la democracia, de otra emoción presente junto al resentimiento:

La nostalgia —escribía la artista y ensayista rusa Svetlana Boym en su elegante obra El futuro de la nostalgia— se presenta en dos formas. Algunos se sienten cautivados por lo que ella llamaba la nostalgia “reflexiva” del emigrado o el esteta, la nostalgia que atrae a los coleccionistas de cartas amarillentas y fotografías color sepia, la nostalgia de quienes gustan de las iglesias antiguas aunque nunca asistan a servicios religiosos. Los nostálgicos reflexivos añoran el pasado y sueñan con él. Algunos de ellos estudian el pasado e incluso lo lloran, especialmente el suyo. Pero en realidad no quieren recuperarlo. Quizá ello se deba a que, en el fondo, saben que la antigua morada está en ruinas, o se ha aburguesado hasta hacerse irreconocible, o a que reconocen en su fuero interno que de todos modos ahora ya no les gustaría mucho. Puede que hubiera un tiempo en que la vida era más placentera o más sencilla, pero también era más peligrosa, o más aburrida, o quizá más injusta.

Radicalmente distintos de los nostálgicos reflexivos son los que

Boym denomina nostálgicos “restauradores”, de los que no todos se consideran a sí mismos nostálgicos en absoluto. Los nostálgicos restauradores no solo miran viejas fotografías y reconstruyen historias familiares. Son artífices de mitos y arquitectos, constructores de monumentos y fundadores de proyectos nacionalistas. No quieren limitarse simplemente a contemplar el pasado o aprender de él. Desean, en palabras de Boym, “reconstruir el hogar perdido y reparar las lagunas de la memoria”. Muchos de ellos no reconocen sus propias ficciones sobre el pasado como lo que son: “Creen que su proyecto va de la verdad”.

El cruce de resentimientos puede hacer que las nostalgias a las que recurre la extrema derecha acaben entrampando al resto en sus respectivas nostalgias.

Democracia

El auge de la extrema derecha es, a la vez, efecto y causa de la crisis que atraviesan las democracias. El sistema de gobierno liberal está sujeto al escrutinio público; se debe a él. Y las sociedades actuales se han vuelto más recelosas que críticas respecto a su vigencia; respecto a su eficacia. También porque el ideal de libertad se ha alejado un tanto del ideal de convivencia. Allá donde la extrema derecha, en alguna de sus versiones, ha llegado al gobierno, se hacen notar los cambios respecto a la democracia a la que se aspiraba casi unánimemente tras la Segunda Guerra Mundial y la caída de los totalitarismos nazis y fascistas.

El trumpismo, como la variante más poderosa de lo ultra, es consecuencia de una división larvada durante años entre los estadounidenses y del aluvión de impulsos iliberales que han tomado cuerpo al concurrir en la figura carismática de un líder soberbio y despiadado respecto a todo aquello que no le gusta. Empezando por aquellas personas que debido a su origen, a su identidad, a su posición social o a sus ideas no coinciden con su visión del supremacismo americano. Allá donde, como ocurre en nuestro país con Vox, la extrema derecha no ha pasado de ser una firme candidata a condicionar el futuro colectivo durante años; su acceso a instancias de gobierno territoriales o locales describe el ánimo con el que trata de revisar la historia compartida de las últimas décadas, la ampliación operada en derechos y libertades, y la vivencia misma de la emancipación personal. Hasta el punto de que la expectativa demoscópica de un próximo ascenso electoral es suficiente para inducir efectos paralizantes en las instituciones y entre los ciudadanos que en su inmensa mayoría siguen conformando deliberadamente la democracia que nos ha traído hasta aquí. Hasta el punto de que la idea de una extrema derecha imbatible es interiorizada cuando menos como fatalidad, base sobre la cual se alzan los totalitarismos.

En septiembre de 2018, dos meses antes de que Vox irrumpiera sorpresivamente en el Parlamento de Andalucía, los profesores de la Universidad de Harvard Steven Levitsky y Daniel Ziblatt publicaron

Cómo mueren las democracias. Sus autores comenzaban el libro preguntándose: “¿Está la democracia estadounidense en peligro?”, y mostraban su preocupación.

En el transcurso de los dos últimos años hemos visto a políticos decir y hacer cosas sin precedentes en Estados Unidos. Cosas que, sin embargo, identificamos como precursoras de crisis democráticas en otros lugares. Y nos asusta, como les ocurre a tantos otros estadounidenses, por más que intentemos serenarnos diciéndonos que aquí la cosa no se puede poner tan fea. Al fin y al cabo, aunque sabemos que todas las democracias son frágiles, la nuestra ha sabido ingeniárselas para desafiar a la gravedad. La Constitución de Estados Unidos, el credo nacional sobre la libertad y la igualdad, la robusta clase media histórica del país, así como sus elevados niveles de riqueza y educación, y su amplio y diversificado sector privado deberían ser vacunas frente al tipo de quiebra democrática acontecida en otros lugares. Pero, a pesar de todo, estamos preocupados.

Levitsky y Ziblatt mostraban su preocupación tras el primer año del primer mandato de Donald Trump. No podían saber que, tras la victoria de Joe Biden en las siguientes presidenciales, el mandamás republicano volvería a la Casa Blanca aún más resentido. En la introducción del libro, los dos profesores de Harvard emitían otros tantos mensajes sobre la cuestión. Transmitían la sensación pesimista de que los peligros que arrostran las democracias son ineludibles y, en esa medida, muy difíciles de sortear, junto al recurso optimista de mantener la fe en la naturaleza reactiva del comportamiento político de una sociedad consciente de lo que es mejor para ella. Algo así como la esperanza a la que se aferran millones de ciudadanos estadounidenses y del resto del mundo al saber que el martes 3 de noviembre de 2026 tendrán lugar las elecciones de medio mandato que podrían dar lugar a una Cámara de Representantes e incluso a un Senado contrarios a los designios de Trump.

Los pronósticos electorales propicios a la extrema derecha en el

conjunto de Europa y en España lastran de pesimismo el futuro de nuestras democracias. Y del mismo modo que los estadounidenses liberales miran al horizonte de las elecciones de segundo mandato para sacudirse la desilusión y el espanto, hay clavos ardiendo como la eventualidad de la mejora de la situación económica para Alemania, la ilegibilidad de Marine Le Pen en Francia o el estancamiento electoral de Vox en España a los que acogerse para ahuyentar los peores augurios. Aunque tiende a prevalecer lo que adquiere apariencias de inexorable: la transmisión del resentimiento antipolítico hacia los más jóvenes. Levitsky y Ziblatt lo señalaban con estas palabras: “En la actualidad, el retroceso democrático empieza en las urnas”.

Ambos autores ofrecieron una tabla con cuatro indicadores clave de comportamiento autoritario que permitirían adelantarse a la deriva iliberal de un líder o partido político. El primero de los indicadores se refiere al “rechazo (o débil aceptación) de las reglas democráticas del juego”, desglosado en cuatro preguntas:

¿Rechazan la Constitución o expresan su voluntad de no acatarla? ¿Sugieren la necesidad de adoptar medidas antidemocráticas, como cancelar elecciones, incumplir o suspender la Constitución, prohibir determinadas organizaciones o restringir los derechos políticos o civiles básicos? ¿Pretenden usar (o aprueban el uso de) medidas extraconstitucionales para cambiar el gobierno, como golpes militares, insurrecciones violentas o manifestaciones masivas destinadas a forzar un cambio? ¿Intentan socavar la legitimidad de las elecciones, por ejemplo negándose a aceptar unos resultados electorales creíbles?

El segundo indicador denuncia la “negación de la legitimidad de los adversarios políticos”, con otras cuatro preguntas:

¿Describen a sus rivales como subversivos o contrarios al orden constitucional establecido? ¿Afirman que sus rivales constituyen

una amenaza existencial, ya sea para la seguridad nacional o para el modo de vida imperante? ¿Describen sin argumentos a sus rivales de otros partidos como delincuentes cuyo supuesto incumplimiento de la ley (o potencial para incumplirla) los descalifica para participar de manera plena en la esfera política? ¿Sugieren de manera infundada que sus rivales son espías extranjeros que trabajan secretamente en alianza con (o a sueldo de) un gobierno foráneo, normalmente de un país enemigo?

El tercer indicador apunta a la "tolerancia o fomento de la violencia", también con otras cuatro preguntas:

¿Tienen lazos con bandas armadas, con fuerzas paramilitares, con milicias, guerrillas u otras organizaciones violentas ilegales? ¿Han patrocinado ellos mismos o sus aliados de partido linchamientos a adversarios? ¿Han apoyado de manera tácita la violencia de sus partidarios negándose a condenarla y penalizarla sin ambigüedades? ¿Han elogiado (o se han negado a condenar) otros actos destacados de violencia política, tanto pasados como acontecidos en otros lugares del mundo?

Por su parte, el cuarto indicador indaga, con tres preguntas, sobre la "predisposición a restringir las libertades civiles de la oposición, incluidos los medios de comunicación":

¿Han apoyado leyes o políticas que restringen las libertades civiles, como ampliar las leyes por libelo o difamación o aprobar leyes que limitan el derecho de manifestación, las críticas al gobierno o a determinadas organizaciones civiles o políticas? ¿Han amenazado con adoptar medidas legales u otras acciones punitivas contra personas críticas pertenecientes a partidos de la oposición, la sociedad civil o los medios de comunicación? ¿Han elogiado medidas represivas adoptadas por otros gobiernos, ya sea en el

pasado o en otros lugares del mundo?

Si juzgásemos la actuación de Vox empleando el instrumental propuesto por Levitsky y Ziblatt, podríamos responder positivamente a algunos de sus ítems. Por ejemplo, los dirigentes de Vox "afirman que sus rivales constituyen una amenaza existencial, ya sea para la seguridad nacional o para el modo de vida imperante"; pero, al mismo tiempo, Vox podría replicar a ese dictamen alegando, por ejemplo, que son el Gobierno Sánchez y sus aliados quienes incurren en tales excesos. Que son algunos de estos quienes "rechazan la Constitución o expresan su voluntad de no acatarla", que "describen a sus rivales como subversivos o contrarios al orden constitucional establecido", que "han amenazado con adoptar medidas legales u otras acciones punitivas contra personas críticas pertenecientes a partidos de la oposición, la sociedad civil o los medios de comunicación", e incluso "han apoyado de manera tácita la violencia de sus partidarios negándose a condenarla y penalizarla sin ambigüedades".

Levitsky y Ziblatt no establecen un código universal, preciso y certero para evaluar el carácter democrático de las distintas opciones políticas, pero su utilidad se atenúa aún más en circunstancias de absoluta polarización partidaria. Lo que hoy ocurre tanto en España como en Estados Unidos, a pesar de las notables diferencias de situación y de relevancia global; entre otras razones, porque ni aquí ni allí se cumple ya un requisito expuesto por los dos profesores de Harvard al inicio de su libro: "Las democracias funcionan mejor y sobreviven durante más tiempo cuando las constituciones se apuntalan con normas democráticas no escritas. Dos normas básicas han reforzado los mecanismos de control y equilibrio en Estados Unidos de modos que la ciudadanía ha acabado por dar por supuestos: la tolerancia mutua, o el acuerdo de los partidos rivales a aceptarse como adversarios legítimos, y la contención, o la idea de que los políticos deben moderarse a la hora de desplegar sus prerrogativas institucionales". En España la polarización ha contribuido y continúa contribuyendo a devaluar la Transición desde los extremos.

En Los años peligrosos, Ramón González Férriz nos explica cómo las

tensiones políticas en un escenario político prácticamente acaparado por el bipartidismo derivaron en una polarización de distinta naturaleza tras la debacle económica global de 2008:

La polarización posterior a la crisis financiera fue distinta. Por un lado, se debía en mayor grado a motivos económicos: la desigualdad había crecido, se habían interrumpido varias décadas de crecimiento económico casi constante y la clase media se sentía maltratada y tenía miedo a perder su estatus central en las sociedades occidentales. Las grandes insurgencias políticas surgidas entonces generaron polarización ideológica por una simple razón: los mecanismos que la nueva izquierda y la nueva derecha proponían para salir de la crisis rompían consensos establecidos desde hacía mucho tiempo y eran profundamente contrapuestos. Su enfrentamiento iba mucho más allá del habitual entre la derecha y la izquierda tradicionales porque se basaba en un antagonismo identitario, y sus identidades no se correspondían con las de la política democrática tradicional.

Durante la última década del siglo XX y la primera del XXI, la polarización se había producido casi siempre entre fuerzas e ideologías que aceptaban la legitimidad del sistema político, mediático y cultural dominante. Durante la segunda década del XXI, sin embargo, ya no solo se daba entre actores que asumían el sistema, sino entre quienes lo defendían y quienes consideraban imprescindible acabar con él. Y, en ocasiones, llegó a enfrentar a visiones identitarias para las que la política no significaba la gestión de lo público, sino el campo de batalla para la supervivencia de grupos que se sentían amenazados por sus rivales.

La extrema derecha de Vox considera ilegítimas la presencia de Pedro Sánchez en la presidencia del Gobierno, la composición de este en tanto que fruto de una coalición entre dos grupos parlamentarios de izquierdas, y la mayoría exigua con la que cuenta en el Congreso de los Diputados compuesta por la extrema izquierda, independentistas y nacionalistas, con lo que la legitimidad de las instituciones queda resentida también a ojos de

quienes coinciden con Vox en sus apreciaciones. Tal reserva encierra, en el fondo, la presunción radical de que las instancias constitucionales pueden quedar sujetas a "cancelación" por parte de una formación representada en ellas o que se relaciona con ellas en nombre de un número significativo de ciudadanos. Situación obtenida mediante elecciones libres, a falta de otra vía de acceso al poder legislativo. En otras palabras, la insistencia de Vox en dar muestras de que está y de que no está en las instituciones constitucionales, junto a su inmoderación en ellas o frente a ellas, viene a advertir de que, en el fondo, las considera prescindibles.

Por otra parte, la inmoderación de Vox pasa a ser corrosiva cada vez que se solapa o se confunde con la actuación de grupos aún más extremistas convocando a concentraciones que el partido de Santiago Abascal no es capaz de controlar o evita intentarlo siquiera, eludiendo el mínimo reproche hacia los desórdenes o incluso la violencia física y directa ejercida por tramas que actúan fuera de la ley y contra la ley, e incluso prestando cobertura discursiva a los desmanes mediante mensajes que los pretenden contextualizar y, en esa medida, explicar o justificar. Claro que la presencia de EH Bildu en la mayoría parlamentaria que respalda al Gobierno, además como su socio más incondicional, dificulta censurar la conducta de Vox a ese respecto. Puesto que la izquierda abertzale institucionalizada persiste en su negativa a condenar o criticar siquiera los actos terroristas de ETA, muchos de ellos pendientes de esclarecimiento judicial, mientras glorifican a sus activistas —y solo a los no arrepentidos—, también integrándolos en listas electorales y en la vida ordinaria de la organización.

Al cuestionar la legitimidad de todo gobierno o institución de la que no forme parte, Vox da a entender que en caso de lograr el favor mayoritario de la sociedad, o cuando menos la representación electoral suficiente para obtener la mayoría absoluta del Parlamento o poder condicionarla plenamente, procedería no solo a la derogación o reforma de normas sectoriales, sino a una transformación sin miramientos del funcionamiento de las instituciones. A imagen y semejanza de lo que Donald Trump está pretendiendo hacer frente a los contrapesos del sistema democrático estadounidense y sus "guardarraíles", por recurrir al término empleado por Steven Levitsky y Daniel Ziblatt.

Si nos atenemos al programa presentado por el partido de Santiago Abascal a las elecciones generales de julio de 2023 —"Un programa para lo que importa"—, se comprometía entre otras iniciativas a promover "un Estado unitario administrativamente descentralizado", empezando por la "devolución inmediata" a Madrid de "las competencias en Educación, Sanidad, Seguridad y Justicia". Suprimir "todos los privilegios legales y fiscales amparados en supuestos 'derechos históricos'". "Derogar la Ley integral de violencia de género, que consagra la asimetría penal y la desigualdad entre hombres y mujeres y atenta contra los pilares básicos del Estado de derecho", aplicando para ello el artículo 92 de la Constitución en aras a "consultar al pueblo español" al respecto. "Derogar las leyes ideológicas que no protegen a las personas sino colectivizan al individuo y lo someten a las exigencias de grupos de interés, ya sea LGTBIQ+ o ley trans". Poner "fin a las subvenciones públicas e ilegalización de los partidos, asociaciones u ONG que persigan la destrucción de la unidad territorial de la nación y de su soberanía". "Derogar la Ley de memoria democrática". En aplicación del artículo 92 de la Constitución, "consultar a los españoles sobre las políticas migratorias y la expulsión de los inmigrantes ilegales". "Inmediata expulsión de todos los inmigrantes que accedan ilegalmente a nuestro país". "Expulsar de forma inmediata a los inmigrantes legales que cometan delitos graves o hagan del delito leve su forma de vida". "La identidad nacional de España se forjó en su historia conjunta con las naciones de la Iberosfera. Nuestra política de inmigración atenderá de forma prioritaria a los ciudadanos procedentes de las naciones que comparten idioma e importantes lazos de amistad, historia y cultura con España". "Derogar la Ley de cambio climático". Establecer "un único Alto Tribunal, de forma que el Tribunal Constitucional pase a integrarse y desarrollar sus funciones en una nueva Sala Sexta del Tribunal Supremo". "Suprimir las fiscalías especiales con finalidad netamente ideológica, como la de Memoria democrática y la de Delitos de odio y discriminación". "Impulsar un nuevo tratado europeo que devuelva a los Estados miembros el protagonismo frente a una Comisión Europea que nadie elige". "Defender la primacía de la Constitución sobre el derecho europeo". "Impulsar la recuperación de la soberanía nacional en la aplicación de las sentencias de nuestros tribunales". "Rechazar con dureza ante las instituciones comunitarias cualquier iniciativa comunitaria que

suponga más obligaciones". "Abogar por la recuperación de la competencia exclusiva del Estado en lo que se refiere a relaciones internacionales". "Impulsar desde el Consejo de la Unión Europea la suspensión inmediata y revisión de todo el Pacto Verde Europeo". "Derogar la Ley de la eutanasia y la Ley del aborto libre". "Derogar la Ley del solo sí es sí".

La literalidad de lo propuesto por Vox en julio de 2023 podría identificarse con un partido marcadamente conservador y nacionalista. Ocurre también así con todas las formaciones de extrema derecha, salvo por la excepción de algunas intenciones expresas. La aplicación estricta de las iniciativas recogidas aquí no daría lugar a una democracia nominal radicalmente deficitaria de derechos y libertades, aunque forzaría notablemente la convivencia actual en la diversidad y la igualdad legal existente; supondría un retroceso histórico y deprimente para una sociedad que, aún con reservas, se muestra mayoritariamente satisfecha —o satisfecha en términos generales— respecto al marco jurídico y político —siempre perfectible— en el que se asienta la convivencia.

No es preciso albergar sospechas sobre que Vox maneja una suerte de agenda oculta más extremista que el "programa para lo que importa" para temer que sus propuestas electorales son las puertas de acceso a un régimen autoritario en su proteccionismo de lo patrio. Los postulados más radicales de ese programa no son los que demandan la devolución de las competencias de Educación, Sanidad, Seguridad y Justicia a la Administración central. Por mucho que ello suponga enmendar de plano el Estado de las autonomías en el que se ha hecho realidad la democracia y la convivencia, junto al reproche consiguiente al autogobierno ejercido por las distintas comunidades. El apartado más inquietante de los compromisos de Vox se encuentra en la pretendida involución del proyecto europeo. No solo porque la Unión es garante de la democracia, las libertades y los derechos humanos entre los europeos; también porque Vox se sabe más cerca de la reversión nacionalista de las competencias europeas que de la devolución de las atribuciones autonómicas en favor de la recentralización de España, en tanto que comparte el primer objetivo con el resto de las formaciones de la extrema derecha en la Europa de la Unión, más o menos decididas a deshilachar la

construcción europea para así dar vía libre a las pulsiones iliberales que anidan especialmente en algunos países.

En el capítulo final de La sociedad paliativa, el filósofo Byung-Chul Han establece un diálogo crítico sobre "el último hombre"; con el propio Nietzsche, con Fukuyama y con Jünger. Cita a Fukuyama: "En la medida en que la democracia liberal consigue purgar la vida de 'megalothymia' y sustituirla por el consumo racional nos convertimos en 'últimos hombres'". Han objeta: "Frente a esta tesis de Fukuyama, la aparición del último hombre no se vincula necesariamente con la democracia liberal. El último hombre es más bien un fenómeno genuino de la 'Modernidad'. No prefiere el sistema liberal. Por eso es compatible sin más con un régimen totalitario. China está hoy tan poblada de últimos hombres como Estados Unidos. El heroísmo es desbancado en todas partes por el hedonismo". Y prosigue Han: "La historia no termina con el triunfo del liberalismo. Precisamente el populismo de derechas y la autocracia gozan hoy de enorme aceptación. La sociedad paliativa como sociedad de la supervivencia no presupone forzosamente la democracia liberal".

Ya el régimen de vigilancia digital, que entre tanto está asumiendo rasgos totalitarios, socava la idea liberal de libertad. La persona humana es degradada a un juego de datos que reporta beneficio. El capitalismo se está convirtiendo hoy en un capitalismo de la vigilancia. La vigilancia genera capital. Permanentemente somos vigilados y manipulados por plataformas digitales, que seleccionan y explotan nuestros pensamientos, sentimientos e intenciones. El internet de las cosas extiende la vigilancia a la vida real. Los wearables o la "tecnología vestible" dejan también nuestro cuerpo a merced del acceso comercial. Somos manejados como marionetas movidas por hilos algorítmicos. El big data como instrumento psicopolítico hace pronosticable y manipulable la conducta humana. La psicopolítica digital nos precipita a una crisis de libertad.

Esta última cita de Han empequeñece el problema de la extrema

derecha política. Donald Trump, Javier Milei, Benjamin Netanyahu, Marine Le Pen o Santiago Abascal no serían más que peones de un juego que les supera. Como si estuviesen simulando que manejan a una parte suficiente de la población para constreñir la democracia y ponerla al servicio de ese "pueblo" particular que representarían en exclusiva, cuando son perfectamente conscientes de que los hombres más ricos del planeta —Larry Ellison, Elon Musk, Mark Zuckerberg, Jeff Bezos, Larry Page o Sergey Brin— no solo no tienen empacho en contemplar cómo las democracias se debilitan desde su extremo derecho, sino que algunos de ellos se erigen en druidas de lo que espera a la libertad.

Byung-Chul Han nos traslada un aire pesimista, sobre todo al recordar que el mundo actual no está hecho para héroes. Más bien parece desaconsejable enfrentarse a los riesgos que comporta el ascenso o la sola perpetuación de la extrema derecha en los niveles de representatividad que ha alcanzado hasta la fecha con el propósito de hacerse notar ante los electores que se pretenden propios.

En Democracias en extinción, el historiador Steven Forti nos señala:

La insatisfacción con la democracia y la simpatía hacia líderes fuertes han aumentado considerablemente. Así que no es tan exagerado ni está fuera de lugar ni es fruto de un pesimismo cósmico preguntarse si las democracias son un sistema en riesgo de extinción o, directamente, si seremos la última generación que ha vivido en democracia. Efectivamente, esta posibilidad ya no es solo una idea que algún productor más o menos inspirado ha tenido que rodar como serie distópica para Netflix, sino una cuestión que está en el centro de las preocupaciones de un número cada vez mayor de politólogos, sociólogos e historiadores.

Forti aporta datos inquietantes al respecto:

Desde 2009, la proporción de la población mundial que vive en países autocratizantes ha ido en constante aumento, sobre todo en Europa del Este y Asia. Por otro, en 2023, el nivel de democracia que disfrutan las personas ha descendido a los niveles de 1985, dando un paso atrás de casi 40 años. Por poner algún ejemplo, solo en 2023 la libertad de expresión ha empeorado en 35 países; la libertad de asociación, en 20; y las elecciones limpias, en 23. En la actualidad, pues, el 71% de la población mundial —es decir, 5.700 millones de personas—, vive en autocracias, la mayoría de tipo electoral (en 55 países) y el resto (en 33 países) de tipo cerrado; en 2003 era el 50%. Hoy solo el 29% —es decir, 2.300 millones de personas— vive en sistemas democráticos; sobre 91 países, sin embargo, 59 son democracias electorales, mientras que solo 32 son democracias liberales. Hace 15 años, estas eran 43. Más datos: si en 2003 había 35 países que se estaban democratizando, hoy en día son solo 18 y suponen apenas el 5% de la población mundial. En cambio, si en 2003 había 'solo' 11 países que se estaban autocratizando, ahora estos son 42: se trata del 35% de la población mundial y, en un principio, la mayoría de ellos eran democracias. Además, hay otros 25 países que están cerca de comenzar un proceso de autocratización. Hablando en plata, el panorama es estremecedor.

El ascenso de la extrema derecha es, a la vez, efecto y causa de la crisis por la que atraviesa la democracia. También en nuestro país. Siendo benévolos, a la extrema derecha no le importa el devenir de la democracia. En realidad se siente más cómoda rodeada de regímenes autocráticos y de un cierto desorden internacional. Se siente más cómoda con una Unión Europea asediada desde fuera y por dentro por fuerzas iliberales. Solo quiere el sistema de libertades de manera transitoria, a la espera de lo que venga después.

Tras el asesinato del joven activista ultraconservador estadounidense Charlie Kirk, y con motivo del evento "Viva 25" organizado por Vox en Madrid con la presencia de representantes ultras de otros países, Santiago Abascal declaró: "La izquierda totalitaria está dispuesta a todo con tal de censurar a la disidencia".

Sus palabras lo sugerían todo sobre la extrema derecha. Vox sería la disidencia enfrentándose a un poder totalitario de izquierdas que trataría de acallarla. De modo que si el partido de Abascal no logra mejores resultados electorales, si no logra más objetivos políticos, si no consigue condicionar la vida pública en España es porque el totalitarismo de izquierdas se lo impide. Así Vox se presenta como víctima de una democracia que no lo es en realidad, y que por eso resulta despreciable. El ardid embaucador empleado a cuenta de un joven correligionario asesinado en Utah obtuvo, seguro, sus efectos en un público entregado en Vistalegre. El inicio de la "reconquista" proclamada en el acto tiende a eternizarse en el imaginario ultra español. Sin duda porque a Santiago Abascal y a los suyos les resulta más motivador obtener, sin demasiado esfuerzo, pequeños éxitos en el camino a costa de la democracia que preocuparse de mostrar una meta final. Un día a costa de la dana y otro a costa de la detención de Santos Cerdán, por ejemplo.

La polarización es el terreno propicio para la extrema derecha; forma parte de su naturaleza; le permite sentarse a narrar todas las fallas que muestran las instituciones en su funcionamiento; a tomar la parte por el todo de los desafíos y problemas que afectan a la sociedad. A proceder a un relato divisivo ante lo que ocurre cada día, por insignificante que sea. La extrema derecha sabe que la confrontación partidaria, la competencia que las demás fuerzas ejercen entre sí hasta perder toda razón, le conviene. Y, sobre todo, que la tiene asegurada. No sería exagerado concluir que más que el daño que la extrema derecha procura infligir a la democracia, sobre la endeblez de esta pesa por encima de todo las heridas que le provocan las acciones y las omisiones de las demás corrientes políticas.

En Cómo mueren las democracias, Levitsky y Ziblatt advierten de que "el desmantelamiento de la democracia se inicia de manera paulatina. Para muchos ciudadanos, al principio puede resultar imperceptible. Al fin y al cabo, se siguen celebrando elecciones, los políticos de la oposición continúan ocupando escaños en el Congreso y la prensa independiente sigue publicándose. La erosión de la democracia tiene lugar poco a poco, a menudo a pasitos diminutos. Cada uno de esos pasos, por separado, se antoja insignificante: ninguno de ellos parece amenazar realmente la

democracia".

A medida que las fuerzas genuinamente democráticas y las instituciones en que se organiza el Estado liberal de los tres poderes dan rienda suelta a decisiones y pronunciamientos que tensionan las normas constitucionales y la propia convivencia, la extrema derecha encuentra más motivos para acomodarse como si su extravagancia fuese lo normal. Es la "excepción" a la que se refería el jurista nazi Carl Schmitt convertida en caldo de cultivo de la impugnación ultra. No hay hora en la que los actores principales de la vida pública en España no se despachen con señalamientos y acusaciones que afectan al crédito de las instituciones y de la democracia misma. Las sesiones plenarias en el Congreso, las ruedas de prensa de la jornada, los debates televisados, juegan con la exageración. No solo con el catastrofismo sobre el carácter de las acciones de la parte opuesta, sino con acusaciones y descalificaciones que ciegan un mínimo entendimiento en el foro.

Los gobiernos tienden a actuar más allá de sus estrictas obligaciones y competencias, tratando de condicionar la vida social y hasta el modo de pensar de la gente. Los propios partidos son vaciados de un mínimo espíritu crítico porque pesa sobre ellos el mandato de aguantar a toda costa el mástil de lo que alguien ha identificado como electoralmente conveniente. Los grupos parlamentarios coinciden a menudo en las votaciones, pero sin que ello suponga compromiso alguno ante el siguiente punto del orden del día. Las figuras públicas simultanean distintos cargos y aparecen en escena con distintos papeles, aunque los confunden una y otra vez empujados por el estrés del enfrentamiento partidista. Pero como la erosión mutua se dice democrática, acaba naturalizándose cual si contribuyese a sanar la cosa pública.

La separación de poderes se resiente cuando se denuncia el lawfare a placer tanto o más que cuando se recurre a él. La pretensión de dirimir diferencias políticas en los tribunales, y la consiguiente presencia de los argumentos partidarios en los procedimientos judiciales, contribuyen a precintar la sociedad abierta. La querencia por transformar esa sociedad, en un sentido o en otro, a base de promulgar leyes, confiere al Estado un papel que incomoda a los ciudadanos.

En 1987, el sociólogo Juan J. Linz ya nos decía en La quiebra de las democracias: “Por lo general, surgen cuestiones de constitucionalidad sobre ciertas leyes y decisiones, y los asuntos pasan al Tribunal Constitucional. La legitimidad de que sea el poder judicial el que tome decisiones esencialmente políticas en una democracia es siempre dudosa, y es poco probable que, en los países en los que los órganos de tipo judicial son de creación reciente, sus decisiones sean consideradas vinculantes”. Aunque el Constitucional no es un tribunal de justicia en sentido estricto, la advertencia de Linz tiene plena vigencia en la España actual, donde la polarización impide por momentos que los partidos y las instituciones se entiendan entre sí. Incluso que compartan un mismo lenguaje cuando han desarrollado un léxico exclusivo dirigido a su respectiva parroquia. Algo que llegó a la incomunicación en el caso del procés independentista catalán, excepcionando durante años buena parte de la política española para disfrute de la extrema derecha.

Abascalismo

El ejercicio partidario de la política parece reclamar liderazgos claros que, en el caso de las extremas derechas, tienden en ocasiones a asemejarse a un caudillismo más o menos acusado y fundacional. Así ocurrió con Jean-Marie Le Pen, incluido el hecho de que su hija Marine heredara y renovara en una ruptura sui géneris con su progenitor. Por su parte, Donald Trump logró hacerse con las riendas del Partido Republicano estadounidense sin tener rival alguno en su última nominación como candidato a la presidencia ni contar, con posterioridad, con contrapesos significativos en la formación que le respalda. El ascenso del capitán Jair Bolsonaro a la presidencia de Brasil, tras adscribirse a una docena de siglas en dos décadas, representa una peripecia aparte. La fulgurante irrupción de Javier Milei en la escena argentina e internacional, creando un partido a su medida —La Libertad Avanza—, es el ejemplo más notable.

En España nos encontramos con el caso de Santiago Abascal, cuyo liderazgo al frente de Vox bien podríamos calificar de sobrevenido. La sensación que transmite el binomio Abascal-Vox es que el carisma y la lucidez del primero arrastraron a un grupo de personas a organizarse en torno a un liderazgo natural con el deliberado propósito de constituir un partido de extrema derecha que fuese capaz de integrar en su voto a todo lo que no había cabido en el Partido Popular, provocar en este una importante fuga electoral y homologarse con las corrientes ultras del resto de Europa. Sin embargo, no hay constancia escrita ni testimonio personal de que, mientras permanecía en el PP, Santiago Abascal albergase tal objetivo, y mucho menos que ya entonces ejerciera un liderazgo predestinado a fundar una formación de extrema derecha.

Santiago Abascal estuvo afiliado al PP desde 1994 hasta 2013. Fue parlamentario vasco entre enero de 2004 y febrero de 2005 primero, y entre octubre de 2005 y enero de 2009 después. En 2006 creó la Fundación para la Defensa de la Nación Española, que sigue existiendo. En el congreso celebrado por el PP en junio de 2008 en Valencia, en el que se libró una batalla entre la continuidad de

Mariano Rajoy y las aspiraciones de Esperanza Aguirre al frente del partido, Abascal fue firmante —junto a Aleix Vidal—Quadras y Eugenio Nasarre- de una enmienda crítica con la política trazada por el primero respecto a los nacionalistas. Enmienda que fue rechazada.

En vísperas de aquel congreso, Abascal había declarado que el debate se centraba en "aceptar todo el cambio en la estructura del Estado que ha protagonizado el presidente del Gobierno" —en alusión a Rajoy— o "salvaguardar los principios de la Constitución de 1978 a través de una propuesta seria y nítida de reforma constitucional", que era su propuesta. Al mes siguiente, en el congreso de los populares vascos, acabó aceptando una enmienda transaccional que denunciaba el "obstruccionismo" de los partidos nacionalistas en la lucha contra ETA, "significándolo especialmente en quienes han tenido responsabilidades de Gobierno en los departamentos correspondientes". Por entonces, manifestó su preocupación porque no veía a Mariano Rajoy capaz de parar la "sangría" que a su entender estaba experimentando el PP, refiriéndose en especial a la salida del partido de María San Gil y de José Antonio Ortega Lara. En 2009 se mostró partidario del voto concedido por el Grupo Popular del País Vasco a la designación de Patxi López como lehendakari de un gobierno monocolor socialista. Pero más tarde pidió en su partido que se le retirase tal confianza.

En febrero de 2010 fue nombrado por Esperanza Aguirre director de la Agencia de Protección de Datos de la Comunidad de Madrid, puesto en el que se mantuvo hasta la disolución de ese organismo en enero de 2013. En abril de aquel mismo año pasó a ser director-gerente de la Fundación para el Mecenazgo y el Patrocinio Social. Entidad que decidió su disolución el 17 de diciembre al saber que en 2014 no recibiría subvención alguna de la Comunidad de Madrid. El 17 de diciembre fue también el día en que Vox se inscribió definitivamente en el registro del Ministerio del Interior. Aunque entonces Santiago Abascal no aparecía entre sus fundadores. El 24 de noviembre de 2013, Abascal remitió una carta a Mariano Rajoy dándose de baja del Partido Popular discrepando de la política del Gobierno respecto a ETA, del acercamiento de sus presos y de la derogación de la llamada doctrina Parot a raíz de una sentencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Aquella

carta terminaba con un tono de soberbia: “Al final, la voz de la mayoría de los españoles se oirá entre las tinieblas a las que el sectarismo de Rodríguez Zapatero y tu fatalismo, presidente, nos han condenado; sectarismo y fatalismo que hoy nos impiden divisar el futuro prometedor que la España del presente merece, y que la España del por venir tendrá”.

No cabe duda de que Santiago Abascal estaba detrás de la gestación de un nuevo partido. Pero para ello tampoco se mostró capaz de arrastrar tras de sí a militantes del PP con los que pudo coincidir a lo largo de las dos décadas de afiliación a esas siglas, cuando habían trascurrido cinco años de su denuncia pública de la “sangría” que Rajoy no podía cortar. Si Abascal se tomó todo ese tiempo para esperar cambios de calado al frente de los populares o la gestación de una escisión, para acabar decidiéndose a inaugurar otro partido, el resultado final no denotó mucho trabajo preparatorio. Tampoco sería aventurado suponer que Vox, que se inscribió inicialmente a nombre de personas ajenas al PP para asegurar su concurrencia a las elecciones al Parlamento Europeo de mayo de 2014, pudo haber sido liderado por alguien distinto a Abascal —como Aleix Vidal-Quadras, Javier Ortega Smith o Iván Espinosa de los Monteros, entre otros—. Incluso que pudo haberse contenido en sus postulados sin extremarlos tanto, así como en sus vínculos internacionales. O que después de no obtener escaño alguno en Estrasburgo —objetivo que explicaba la presencia de Vidal-Quadras— se hubiese aletargado hasta su disolución. La razón principal de que Santiago Abascal acabase liderando Vox fue que, junto a la tenacidad que le aportaba su resentimiento hacia el PP, era el único integrante del grupo promotor que tenía vocación de hacer de la política su única profesión.

En su comparecencia a las europeas de 2014, Vox obtuvo 245.635 en el conjunto de España, un 1,57% del voto válido. Fue una gran decepción para sus fundadores. Concurrió después a las autonómicas de Andalucía de marzo de 2015 y, dejando atrás el discurso empleado por Aleix Vidal-Quadras en la campaña de las europeas, que no se salía de un conservadurismo nacionalista español, el partido —en manos ya de Abascal— optó por explotar la veta de la inmigración y la islamización. Fue la primera vez en la que la cúpula de Vox ponía a prueba sus querencias de extrema

derecha. Mitad por el resentimiento que arrastraban sus integrantes, mitad por diferenciarse de todas las demás opciones en liza. El resultado no podía ser más descorazonador. 18.422 votos en la comunidad más poblada del país, un 0,46%. Dos meses después, en mayo, tendrían lugar las elecciones locales en toda España y las autonómicas en distintos territorios. Vox centró todos sus esfuerzos en Madrid, con Javier Ortega Smith para la alcaldía de la capital, seguido de Rocío Monasterio. Obtuvo 24.892 votos, un 0,60%. En la comunidad madrileña, el cabeza de lista fue Santiago Abascal, con Iván Espinosa de los Monteros de segundo. Obtuvo 37.491 votos, un 1,18%, mientras que en las europeas del año anterior había logrado 80.557. Aunque Abascal se había quitado de encima a Vidal-Quadras achacándole el fiasco de las europeas. El balance de aquellas municipales en el conjunto de España fue de 64.385 votos, 22 concejales y 3 alcaldías; un desastre. Las siguientes elecciones fueron las generales de diciembre de 2015. El candidato de Vox a la presidencia del Gobierno era Santiago Abascal y solo pudo presentarse en 32 de las 52 circunscripciones. El total cosechado fue de 58.114 votos. En Madrid, donde encabezaba la lista Abascal, Vox obtuvo 22.643 votos, un 0,62%, cuando en las autonómicas de aquel mismo año había logrado 37.491 votos, un 1,18%. Y en las europeas de año anterior obtuvo 81.405, un 3,67%. Volvieron a convocarse elecciones generales en junio de 2016. Vox volvió a presentarse y de nuevo fracasó en las urnas. Obtuvo 47.182 votos, 11.000 menos que en diciembre de 2015. El 25 de septiembre de 2016 tuvieron lugar las elecciones autonómicas en Euskadi y en Galicia. Vox se presentó a las primeras, pero no a las segundas. Aunque en el País Vasco solo concurrió por la circunscripción de Álava —no por Bizkaia ni por Gipuzkoa— con el padre del propio Santiago Abascal como cabeza de lista. Logró cosechar tan solo 771 votos, 33 en su localidad natal de Amurrio. La peripecia electoral de Vox rompía todos los registros, porque nada más nacer y someterse al escrutinio de las urnas ya estaba en caída libre. Ello cuando el bipartidismo había entrado en crisis con la irrupción de Podemos junto a las confluencias y la llegada de Ciudadanos al parlamento nacional.

La irrelevancia electoral de Vox era tal, especialmente comparándola con la radicalidad de sus postulados, que hubiese sido más lógico ver cómo sus promotores, tan vivamente afectados

por el resentimiento, optaban por desistir. Ahora que el partido de Abascal parece la estrella de todos los sondeos demoscópicos, sobre todo entre los jóvenes, resulta increíble de qué forma tan calamitosa inició su andadura electoral. Ya en febrero de 2015, antes de los reveses electorales de aquel año, Aleix Vidal-Quadras y José Luis González Quirós, dos de sus fundadores poco más de un año antes, se habían dado de baja de Vox:

La solución a los graves problemas institucionales, morales y económicos que padece nuestra Nación requiere de un nuevo proyecto político con posibilidades reales de implantación que proporcione a los ciudadanos una opción sensata, moderada y democrática, alternativa por una parte a los viejos, grandes, agotados y desprestigiados partidos del sistema y, por otra, al emergente extremismo izquierdista que se propone hacer tabla rasa de todo lo que existe para instaurar un régimen de tintes totalitarios que nos arrastraría al empobrecimiento y al fracaso.

Lo decían en una carta a Santiago Abascal después de que este culpabilizara a Vidal-Quadras del fracaso en las europeas de 2014. Pero ni siquiera tras el recuento de los votos de locales, autonómicas y dos generales consecutivas quiso el ya líder indiscutible de Vox corregirse lo más mínimo. Nadie podía imputarle, además, la responsabilidad de tan monumental fiasco. Nadie se hubiera atrevido a censurarle nada por temor a que reaccionase desentendiéndose de la suerte de tan neófito partido.

En su libro Vox. El retorno de los ultras que nunca se fueron, Xavier Rius Sant informa de que en 2015 Vox contó con un presupuesto total de 740.640 euros: “Tenía seis personas en nómina: Santiago Abascal, el responsable de prensa, la mujer de la limpieza a tiempo parcial, dos secretarias y el gerente, Enrique Cabanas”. Una realidad minúscula para afrontar el ciclo electoral que se desarrolló entre 2014 y 2016, con europeas, dos generales, locales y autonómicas. Toda una osadía. Afortunadamente para Abascal y su formación, a partir de ese momento tendrían ante sí un par de años sin desafíos electorales a la vista. Pero, sobre todo, contarían con el viento a

favor provocado por el procés independentista catalán que, aunque comenzara a tomar la calle en la Diada de 2012, bajo la presidencia de Artur Mas en la Generalitat, no eclosionó hasta el referéndum ilegal del 1 de octubre de 2017. Con el dato añadido de que mientras Vox encontraba oportunidades electorales frente a la "desconexión" anunciada por el independentismo catalán respecto al Estado constitucional, junto a la aplicación del artículo 155 de la Constitución a las instituciones de la Generalitat —a partir del 27 de octubre de 2017 y hasta el 2 de junio de 2018— y el procesamiento de los responsables del procés, la extrema derecha experimentaba un auge en otros países de la Unión Europea.

En las presidenciales francesas de abril de 2017, la candidata del Frente Nacional Marine Le Pen logró pasar a la segunda vuelta con el 21,30% de los votos válidos y, en la segunda, obtuvo un 33,90% frente a Emmanuel Macron. En septiembre de ese mismo año, en las elecciones al Bundestag, la AfD alemana logró un 12,6%, entrando en el parlamento federal con 94 escaños. En octubre, el FPÖ austríaco obtuvo un 25,86% y entró por tercera vez a formar parte de un gobierno de coalición, de mayoría conservadora, nada menos que con las carteras de Interior, Exteriores y Defensa. En 2018, en Hungría, Viktor Orbán tomó por tercera vez las riendas del Gobierno con posiciones cada vez más extremistas y autoritarias. Ese mismo año, en Italia, el partido de Giorgia Meloni, Hermanos de Italia, experimentó un ascenso de expectativas al aparecer, aunque fugazmente, como candidato a formar parte del Gobierno junto a la Liga Norte de Matteo Salvini y Força Italia de Silvio Berlusconi. Las informaciones de tantas novedades a favor de la extrema derecha llegaban, claro está, a España y empezaban a tomar cuerpo en la conversación. Al principio con menciones a la excepción hispana, habida cuenta de que la cercanía de un franquismo que no había sido derrotado actuaba como cortafuegos respecto al auge de la extrema derecha en otros países. Luego desde el temor a que Vox o cualquier otra variante ultra pudiera arraigarse en el escenario español. Al tiempo que Abascal y algún que otro dirigente de su partido realizaban grandes esfuerzos por aparecer en encuentros con los ultras de otros países y mostrarse partícipes de sus subidas electorales.

Como señala el historiador Jesús Casquete en Vox frente a la

historia:

Vox constituye un ejemplo de la vocación nacionalpopulista por reintroducir la épica desde parámetros schmittianos que entienden la política como una actividad articulada alrededor de la lucha entre amigos y enemigos. En su discurso abundan las metáforas que remiten al ardor guerrero, el honor y la épica para hacer frente a los "traidores" a España. Todas comparten un campo semántico bélico. El Partido Popular sería el exponente de esa "seudo-derecha cobarde y acomplejada" que se cruza de brazos mientras España agoniza, según José Antonio Ortega Lara, antiguo afiliado de la formación conservadores y fundador e icono de Vox. Para Santiago Abascal, militante del PP entre 1994 y 2013, su antiguo partido representa a la "derechita cobarde".

José Antonio Ortega Lara fue liberado por la Guardia Civil de un zulo construido en Mondragón, en el que permaneció secuestrado por ETA durante 532 días en unas condiciones torturantes que se volvieron poco menos que terminales cuando sus captores parecieron haberle dejado morir por inanición. Santiago Abascal Conde y su padre, Santiago Abascal Escuza, fueron objeto entre 1981 y 2009 de 81 actos de lo que Gesto por la Paz calificó acertadamente de "violencia de persecución" en su localidad natal de Amurrio (Álava). Miguel González señala, en su libro Vox S.A., que Santiago Abascal hijo "llevaba un inventario exhaustivo de todas las agresiones sufridas en una hoja de Excel y la incluyó en un anexo de su libro No me rindo, como si se tratara de condecoraciones: 'Que quisieran matarme por algo tan importante como España es una suerte que no todo el mundo ha tenido. Yo ahora miro atrás y lo veo así, como una medalla que llevo en el pecho. No lo cambio por nada'".

Los montes que rodean a Amurrio aparecieron en el mitin celebrado por Vox en 2018 en Vistalegre, con la voz en off del propio Abascal leyendo un texto de "condicionales", según recoge Jesús Casquete:

Si en la derrota no desesperas ni en la victoria te embriagas. Si jamás das una batalla por perdida, ni una bandera por arriada. Si eliges siempre el coraje cuando el miedo te desafía. Y si no te ríes del honor porque no quieres vivir entre traidores. Si anhelas nuevos horizontes sin despreciar tus viejos orígenes […]. Si conservas intacta tu honradez en tiempos de corrupción. Si recuerdas a los que cayeron para que no caigan nunca en el olvido. Si respetas la historia y el legado de tus mayores […] Si haces todo eso […] sabrás que estás logrando hacer a España grande otra vez.

Las víctimas del terrorismo son portadoras de una autoridad indiscutible cuando reclaman la restitución también moral de su dignidad y de la de sus deudos por parte de los victimarios y de quienes les jalean o se niegan a condenar o reprobar la violencia pasada. Y están especialmente legitimadas para poner en solfa las alianzas de gobernabilidad o de gobierno que partidos de trayectoria democrática establecen con quienes se reivindican sucesores de ETA. Pero queda fuera de lugar que, con la rabia y la intransigencia lógicas en aquel que se ha visto perseguido o torturado por ETA, cuando ve que los etarras no se dan por vencidos, manifieste también su disenso ante lo que consideran "ideología de género", frente a la inmigración por la inseguridad que entrañaría para los españoles y para la propia nación, contra el ejercicio de la libertad religiosa en un culto monoteísta distinto al cristiano o al judaico, o contra la España de las autonomías, y lo mismo contra la Europa verde.

Uno de los rasgos distintivos de Vox, tanto en sus calamitosos inicios como en sus mejores momentos, será la seguridad que imprimen a sus manifestaciones; la rotundidad de sus pronunciamientos en las instituciones y de sus arengas en las concentraciones públicas y mítines. No es solo la seguridad propia de los argumentarios, fruto de las indicaciones de los expertos en comunicación, para dar credibilidad tanto a las intenciones que mueven a la extrema derecha española como a las verdades a medias y a las mentiras que se deslizan en todas las comparecencias. Es la seguridad derivada del tono marcial y viril, empleado como rasgo de identidad a falta de un programa político

solvente. Seguridad para dar a entender, tanto a los que votan como a los que están dispuestos a votar, que lo hacen a un partido de fuertes convicciones.

Aunque esa seguridad intenta trasmitir, por otra parte, que la naturaleza de Vox es virtuosa como formación señalada por el destino e integrada por hombres y mujeres fuertemente comprometidos. Quizá también por eso los detractores más acérrimos de Santiago Abascal, incluidos algunas y algunos de sus últimos camaradas, vinculan la trayectoria del hoy presidente de Vox a la búsqueda permanente de un sueldo a cambio de su entrega política. Descalificación abonada por su presencia bajo la tutela de Esperanza Aguirre nada menos que durante cuatro años al frente de una entidad pública primero y de una fundación subvencionada después —ambas prescindibles, como se demostró— percibiendo exactamente la misma remuneración en ambas. Hasta que Vox fue registrado.

Más cuestionable resulta la financiación de la que dependió el partido, que acabó siendo sobre todo de Abascal, antes de entrar en el Parlamento de Andalucía y en el Congreso de los Diputados, pasando a percibir ingresos por la actividad de sus electos y subvenciones públicas por su representatividad. Cuando Vox no era más que una sigla tratando de legalizarse a escondidas, el entonces vicepresidente del Parlamento Europeo Aleix Vidal-Quadras en representación del PP, y que ocultó hasta el último momento su participación en la promoción del nuevo partido, obtuvo para Vox y de cara a las elecciones a la Cámara de Estrasburgo la cantidad de 971.890 euros provenientes de un extrañísimo benefactor: el Consejo Nacional para la Resistencia de Irán, en origen comunista. Un grupo de oposición al régimen de los ayatolás, como lo fue antes al absolutismo de Reza Pahlevi, y brazo político de la milicia denominada Muyahidines del Pueblo de Irán. El motivo de tan generosa dádiva fue que, en su calidad de vicepresidente del europarlamento, Vidal-Quadras había realizado gestiones que resultaron eficaces para que ese grupo saliera de la lista de organizaciones terroristas que manejaban tanto la Unión Europea como Estados Unidos. Y los Muyahidines estaban interesados en seguir contando con la colaboración del político catalán. El pago fue realizado mediante 141 transferencias realizadas desde 15

países. Pero Vidal-Quadras no resultó elegido en los comicios europeos de 2014.

En junio 2023 —entre las elecciones locales y autonómicas y las generales— Vox contrató un préstamo de 6,5 millones de euros con la entidad Magyar Bankholding, integrada en una tercera parte por el tesoro húngaro y con la mitad de su propiedad en manos de un amigo de la infancia de Viktor Orbán, Lorïnc Mészáros. La deuda quedó liquidada en el plazo de un año, previo pago de 1.059.319 euros en concepto de intereses. El banco magyar había facilitado un préstamo de 10,49 millones de euros a la Agrupación Nacional de Marine Le Pen para financiar su participación en las elecciones presidenciales francesas de 2022. No parece casual que en 2024 Vox se diera de baja del grupo del Parlamento Europeo, del que forma parte Hermanos de Italia, de Giorgia Meloni, para pasar al grupo Patriots, integrado, entre otros, por los partidos de Orbán y de Le Pen. Para financiar la campaña de las europeas de 2024, Vox volvió a recurrir al banco húngaro, del que obtuvo un préstamo de siete millones de euros.

En abril de 2025 el Tribunal de Cuentas sancionó a Vox por una "infracción muy grave" con una multa de 862.497 euros al haberse financiado durante los años 2018, 2019, 2020, 2021 y 2022 con donaciones anónimas alegando que esos ingresos eran fruto de la venta de merchandising en mesas informativas.

A todo ello hay que añadirle la opacidad con la que la dirección nacional de Vox ha manejado siempre sus finanzas, frente a las demandas de claridad de miembros del partido, mientras imponía la máxima centralización de los ingresos públicos, aunque fuesen autonómicos o municipales. Así comenzó a operar nada más obtener escaños en el Parlamento de Andalucía en 2018 y continúa del mismo modo, asignando a todos los concejales obligaciones respecto a la tesorería nacional de la formación, que es motivo de tensión y controversia.

A pesar de todo ello, Abascal y los demás líderes de Vox se dirigen a sus seguidores con la superioridad moral de quienes probablemente consideran que las normas y la supervisión pública de la financiación de su partido es un exceso ideado por el binomio PSOE-PP para impedir que otras opciones políticas les puedan hacer

sombra. Una intromisión que legitimaría, por otra parte, la disposición de Vox a bordear la normativa al respecto.

Es hasta cierto punto comprensible que el abascalismo tienda desde sus inicios a emular a otras opciones de extrema derecha, puesto que se trata —con la excepción del Chega portugués— de la última organización de extrema derecha con vocación electoral que ha salido a escena en lo que llevamos de siglo. La tentación de replicar en España aquellas propuestas y medidas que logran eco, en otros países y a nivel global, es imposible de contener. Aunque a eso se le añade la proclividad del abascalismo a medrar a cuenta de los demás. Sea el éxito de fuerzas homólogas, la desgracia de los adversarios o enemigos o el padecimiento de la gente.

En su libro Vox S.A. El negocio del patriotismo español, Miguel González describe con precisión el impacto causado por la victoria de Donald Trump en las presidenciales de 2016:

Abascal es el único dirigente político español que recibe con alborozo la inesperada victoria de Trump. El 9 de noviembre de 2016, pocas horas después del cierre de las urnas americanas, tuitea la noticia de la Fox que proclama la derrota de Hillary Clinton y reproduce una frase del ganador: “Reclamamos el destino de nuestra Patria”, a lo que él apostilla: “Soberanía, la clave de los nuevos tiempos”. La campaña de Trump sirve de modelo para el partido de Abascal: si Podemos se inspiró en el lema de Obama (Yes, We Can) para elegir su nombre, Vox copia los eslóganes del multimillonario reconvertido en político: el Make America Great Again lo traduce como “Hagamos España grande otra vez” (aunque no aclare a qué etapa de la historia española se refiere) y el American First lo reconvierte en “Los españoles primero”.

El principio de “prioridad nacional” en el acceso a subvenciones o ayudas sociales alinea a Vox con grupos xenófobos, tanto españoles (Democracia Nacional o España 2000) como extranjeros, y discrimina a los inmigrantes, aunque sean regulares y paguen impuestos. En diciembre de 2021, Vox propone en la Comunidad de Madrid una reducción del 10% en las cotizaciones empresariales para quienes contraten a “trabajadores españoles en paro”.

Como recuerda Miguel González, Vox sigue los pasos de Trump, proponiendo que se levante un muro en torno a Ceuta y Melilla.

Abascal se apunta al ultraliberalismo de Trump y al libertarismo de Javier Milei, preconiza el adelgazamiento de las administraciones públicas también mediante la recentralización del Estado, arremete contra lo woke, el colectivo LGTBIQ+, contra la transición ecológica, en defensa de la Reconquista, y se atreve a "poner en su sitio" al papa Francisco tratándole de "ciudadano Bergoglio" cuando propuso el establecimiento de un salario universal. Arremetió contra la Conferencia Episcopal Española cuando esta defendió el derecho de los musulmanes de Jumilla a celebrar sus ritos religiosos en instalaciones públicas de aquella localidad, declarando: "No sé si se debe a los ingresos públicos que obtiene la Iglesia […] o tiene que ver con los casos de pederastia". Así es como fue transitando del programa trumpista a la osadía soberbia de Donald Trump como rasgo de identidad. Pero hay más. Tras el asesinato del activista ultraconservador Charlie Kirk en Utah, Abascal no solo quiso vindicar la dignidad y la memoria de la víctima poniéndose de su lado. Quiso hacerse la víctima poniéndose la camiseta que llevaba Kirk en el momento de su asesinato para asegurar que "la izquierda totalitaria está dispuesta absolutamente a todo con tal de censurar y de perseguir a quien está liderando la disidencia, ya sea en España o en cualquier nación europea o del mundo". "El asesinato de Charlie no es un caso aislado. Es una prueba de que la izquierda no renuncia a la violencia". "No nos matan por ser fascistas. Nos llaman fascistas para matarnos".

El historiador Mateo Ballester señala en Vox frente a la historia:

Los valores y prácticas del pasado son naturalizados como expresión de las cosas como tienen que ser. Desde el partido se afirma con frecuencia estar defendiendo las viejas verdades amenazadas; en palabras de su presidente: "Al final, de lo que se trata es de defender las cosas de sentido común, aquellas en las que la gente cree porque así se lo enseñaron sus padres en casa, las cosas como han sido siempre". Este planteamiento se concreta de forma

particularmente enfática en relación con el relato histórico nacional; desde Vox se apela a la recuperación de una visión de la historia de España que consideran injustamente abandonada. Con relación a las generaciones de edad más avanzada, se devuelve a aquellos individuos más reacios al cambio cultural, no necesariamente nostálgicos del franquismo, a la comodidad de un mundo conocido, en el que sus creencias no se ven sometidas a reevaluación. Con alcance más general e intergeneracional, el discurso histórico de Vox apela a un orgullo nacional que se considera atacado desde la izquierda y los nacionalismos subestatales, y pretende contrarrestar este cuestionamiento con un relato épico y glorioso que se afirma que la sociedad española necesita y le ha sido hurtado.

En nombre de la disidencia, la extrema derecha española se aferra a una versión estereotipada y transmitida de un pasado compartido también durante los periodos de menos libertad de nuestra historia. Un relato hecho de belicosidad, de victorias inconmensurables, conquistas liberadoras de toda la humanidad y derrotas necesariamente heroicas. Con la invasión musulmana y la reconquista cristiana en medio de la narración. Junto a ello, Vox se alinea en defensa de las tradiciones de manera unívoca, hasta el punto de dictar en cada momento qué rasgo identitario ha de prevalecer sobre cualquier otro y sobre el libre albedrío de los ciudadanos o su interés común. Es en este punto donde la extrema derecha se desliza hacia el totalitarismo. Cuando trata de echar el freno a la propia historia para congelarla y así impedir que surjan y se abran paso otras aspiraciones y anhelos, cauces más amplios para la libertad, derechos de nueva generación. Aunque lo paradójico es que el abascalismo —como el trumpismo o el mileismo— trata de combinar o confundir la congelación de un entorno dibujado a su medida con la evaporación del presente y del futuro.

Julius Evola, referencia teórica del fascismo y, de manera remota, de la derecha radical actual, escribía en Cabalgar el tigre sobre el nihilismo europeo:

Volvamos a Nietzsche. El nihilismo europeo, anunciado por él como un fenómeno general y no esporádico, ataca, además del dominio de la moral en un sentido restringido, el de la verdad, de la visión del mundo, y de la finalidad. La "muerte de Dios" tiene aquí como efecto quitar todo el sentido a la vida, cualquier justificación trascendente a la existencia. La temática nietzscheana es bien conocida: por necesidad de evasión, por falta de vitalidad, se había inventado un "mundo de la verdad", o un "mundo de los valores", que se había desgajado de este mundo y que incluso le era opuesto, lo que le confería un carácter de falsedad y le quitaba todo valor; se había inventado un mundo del ser, del bien y del espíritu que era la negación o la condena del mundo del devenir, de los sentidos y de la realidad viviente. Este mundo fabricado se ha deshecho; se habría descubierto que se trataba de una ilusión —incluso su génesis habría sido reconstruida y se habrían mostrado las raíces humanas, "demasiado humanas" e irracionales—. En tanto que "libre espíritu" e "inmoralista", la contribución de Nietzsche al nihilismo ha consistido en demostrar que ciertos valores "superiores", "espirituales", no solo eran simples impulsos vitales, sino que incluso, en la mayoría de los casos, impulsos de una vida "decadente" y debilitada".

Lo escribía en 1961, pareciendo mostrar, a la vez, disgusto y regusto ante el nihilismo. Una ambivalencia que está presente en las palabras y en los hechos de Donald Trump. Y, cómo no, está presente en la balbuceante doctrina del abascalismo. En esta, la Constitución parece tan inmutable y constreñida como a punto de volatilizarse. Solo es de esperar que los de Vox no se encuentren entre sus manos la posibilidad de ordenar sobre la ciencia de la salud. Que no se crean capacitados para desaconsejar y hasta prohibir el uso de paracetamol a las embarazadas y así evitar el autismo. O para recetar leucovorina con la misma finalidad. O que traten de persuadir a los progenitores para que no vacunen a sus hijas e hijos.

El nihilismo que alienta la extrema derecha la incapacita para el gobierno de la complejidad, cuando se obstina en congelar aquello que contribuye a volver gaseoso. En su libro Una teoría de la

democracia compleja, Daniel Innerarity escribe:

Frente a la inaceptable conclusión de Carl Schmitt de que la democracia solo es posible bajo las condiciones de una "exclusión o aniquilación de lo heterogéneo", podemos constatar que muchos sistemas de gobierno operan con éxito en condiciones de profunda heterogeneidad. No deberíamos excluir de antemano la posibilidad de adaptar las instituciones democráticas a contextos que, de entrada, no lo ponen nada fácil. Frank Michelman ha hablado de unas "condiciones inhóspitas" para la democracia en la sociedad compleja en la que vivimos y, efectivamente, la complejidad técnica de muchas de nuestras decisiones, la densidad institucional, la dificultad de delimitar los problemas o los efectos de las decisiones… son propiedades que contrastan con las categorías mediante las cuales solemos otorgar el certificado de calidad democrática y que tienen un tono de simpleza, inmediatez y abarcabilidad. Si las ficciones útiles de la democracia fueron categorías que permitieron conferir un formato político a las sociedades que había que democratizar, hoy, en sociedades más complejas, su aplicación irreflexiva puede despolitizarlas fatalmente.

El abascalismo lo simplifica todo, al tiempo que lo complica desde el momento en que se sitúa en el extremo del tablero político como si amenazase con salir de él. Del mismo modo que Donald Trump pretende reducir la complejidad de un país profundamente dividido como el suyo alentando cada día una mayor división y gobernándolo a base de órdenes ejecutivas, cuyos efectos evalúa en exclusiva, y también pretende reducir la globalidad a base de aranceles ya imposibles de seguir por los gobiernos y por las empresas del mundo, en su limitado campo de acción Santiago Abascal y su partido emulan al presidente estadounidense con meros gestos. Su voto autonómico a cambio de la suspensión o revisión de las leyes de memoria, de la supresión o reducción de las partidas inspiradas por la "ideología de género", de llamadas continuas a la expulsión de "inmigrantes ilegales".

El nihilismo no solo les incapacita para el gobierno de las instituciones, como se constata desde que se han aproximado a estas últimas. En el fondo, no están pensando en hacerse cargo de la gobernación del país, sino del país. Probablemente ocurra lo mismo con otras formaciones de extrema derecha en el resto de Europa. Mandar en España sin ocuparse de sus problemas. Proclamar que ya vuelve a ser grande a medida que alcanzan cotas de poder. Mientras, marcan más en corto al PP para condicionar gran parte de la política española.

El único momento de flaqueza que se le recuerda a Santiago Abascal desde que Vox entrase en el Parlamento de Andalucía en 2018, con 12 escaños sobre 109, fue en el debate de la moción de censura presentada contra Pedro Sánchez en octubre de 2022, ante la dura réplica del entonces presidente del PP, Pablo Casado. Abascal se mostró desconcertado, y lo dijo. No pudo impostar seguridad debido al sinsentido de aquella iniciativa. Pero a partir de entonces no hubo concesión alguna a otra emoción que no fuese el resentimiento o la ira. El abascalismo no podía permitírselo. No podía permitírselo su naturaleza viril.

En su introducción al libro El resentimiento de la moral de Max Scheler, Manuel Maire nos ofrece una descripción sugerente que serviría para retratar, a la vez, parte del discurso de la extrema derecha española y parte de un público objetivo que la mantiene cautiva:

Dentro de los múltiples tipos de hombre que forman la “machosfera” (conjunto de discursos masculinistas diseminados en foros y redes con profunda carga antifeminista y misógina, que trascienden lo virtual para instalarse en los discursos cotidianos), podemos destacar la figura de los incel. Los célibes involuntarios, hombres heterosexuales que, sintiéndose privados de atención femenina, se convierten en inadaptados sociales que demonizan a la mujer, denuncian a la sociedad dominada por los valores feministas y afirman ser el último escalafón de la jerarquía erótica, condenados así al ostracismo sexual. Paralelamente al “papel reactivo y pasivo de conquistada” que Scheler confiere a la mujer, los incel se conciben a sí mismos como víctimas de un paradigma

sexoafectivo en el que las mujeres —seres superficiales que prestan su atención exclusivamente a hombres guapos y ricos— rechazan a una mayoría de hombres anodinos, negándoles una vida sana y satisfactoria. Este análisis, amplificado en foros en los que se intercambian elaboradas fantasías que denigran a las mujeres —como descarga de la tensión generada por su impotencia—, es uno de los múltiples ejemplos de la inversión valorativa contemporánea, que convierte a ciertos hombres en los nuevos sujetos resentidos.

En su novela Aniquilación, Michel Houellebecq escribe:

El candidato de la Agrupación Nacional también era muy bueno, a la vez contundente e imbatible en los asuntos, por lo general solía ganar las confrontaciones en el último momento con su sonrisa encantadora, ciertamente tenía la sonrisa más encantadora del personal político francés actual. Según Solène Signal habría que remontarse a Ronald Reagan para encontrar una sonrisa semejante en la historia política contemporánea. Por eso encabezaba ampliamente la primera vuelta.

El candidato —los candidatos— de la extrema derecha española nada tiene que ver con el aspirante ultra francés que Houellebecq describe en su novela. No sonríe ni pretende mostrarse encantador en público más que cuando se encuentra con sus correligionarias y sus correligionarios de otros países. A ellas y a ellos no les regaña, ni intenta mostrarse superior. No sonríe ni a los paisanos ni a la patria, porque tampoco aspira a ganarse el favor de la mayoría.

En El Príncipe de Nicolás Maquiavelo puede leerse:

Se presenta aquí la cuestión de saber si vale más ser temido que amado, o lo contrario. La respuesta es que sería menester ser uno y otro juntamente; pero como es difícil serlo a un mismo tiempo, lo

más seguro es ser temido antes que amado, cuando se está en la necesidad de carecer de uno u otro. Porque generalmente, de los hombres puede decirse lo siguiente: que son ingratos, volubles, simuladores, que huyen de los peligros y son ansiosos de ganancias. Mientras que les haces bien y que no necesitas de ellos, son completamente tuyos, te ofrecen sus riquezas, su vida y sus hijos, pero en cuanto llega esta necesidad, se rebelan, y el príncipe que ha descansado por entero en su palabra va a la ruina al no haber tomado otras providencias.

El 10 de agosto de 2025, el periódico El País subtitulaba información sobre la extrema derecha como: “Vox lidera ya la intención de voto en el CIS entre los desempleados, la mitad de los grupos de asalariados más humildes y los que se consideran pobres”. Y la titulaba: “Abascal gana fuerza entre obreros y parados y se acerca al umbral de Le Pen”. Tampoco la hija y heredera del fundador del Frente Nacional francés necesita sonreír. Y menos ahora, que puede verse apeada de la próxima carrera presidencial tras haber sido condenada por corrupción en el Parlamento Europeo. Al “príncipe” de la extrema derecha española le temen muchos ciudadanos que quizás acaben votándole y muchos más que nunca le votarán, pero unos y otros representan lo único que busca Abascal: hacerse notar lo suficiente como para olvidarse de los primeros años de Vox, y convertirse en una fuerza ineludible en el tablero político.

El 51,2% de las personas encuestadas para el Barómetro del CIS de julio de 2025 valoraba de “muy mal” a Santiago Abascal. El 40,5% ponía esa misma calificación a Pedro Sánchez. Nuestro sistema electoral no es mayoritario, como el francés. De modo que no permite agrupar fuerzas en una segunda vuelta aun habiendo perdido por mucho, basta con mirarse en la otra cara del rechazo social. En esa vuelta en la que hasta el temor provocado se convierte en ventaja gracias a la antipolítica y a la polarización. En la confianza de que tras el procés, la pandemia, la enésima crisis en el PP, la dana en Valencia, el caso Ábalos-Cerdán y, de fondo, un mundo convulso a merced de autocracias y extremismos, seguirán desarrollándose acontecimientos que no precisarán de Vox más que

los correspondientes mensajes en redes y sucesivos mítines para cosechar los votos suficientes que le hagan imprescindible. El resentimiento proveerá.

Superados los sinsabores iniciales de los primeros años tras su fundación, en Vox ya no se rifan las listas electorales, sino que, atendiendo a las expectativas demoscópicas sus integrantes, esperan los designios de Santiago Abascal en el partido más piramidal del país a imagen de su propio ideario. En las elecciones generales de 2023 obtuvo 3.057.000 votos y 33 escaños en el Congreso. En las de 2019 había logrado 3.656.979 votos y 52 diputados y diputadas. En las próximas, podría alcanzar más de una quinta parte del voto válido en España.

POSREALIDAD

En marzo de 2021, el Tribunal Supremo ratificó dos acuerdos de la Junta Electoral Central de noviembre de 2019 por los que ese órgano resolvía que Vox no podía impedir que profesionales de El País y de la SER accedieran a sus actos de campaña. “No cabe que las formaciones políticas discriminen entre los medios de comunicación [porque ello] constituye un evidente menoscabo de las garantías de transparencia y objetividad del proceso electoral”. Aunque Vox alegó que tal veto se debía a motivos de aforo, el Alto Tribunal sentenció que “la realidad es que la finalidad de la exclusión de determinados medios de comunicación de la cobertura informativa de actos electorales de Vox no es esta, sino la consideración de que dichos medios son ‘hostiles’ a la formación política”. Señalando además que el derecho a recibir información veraz está constitucionalmente señalado como un derecho de toda la ciudadanía y “no puede ser obstaculizado en modo alguno, y menos aún por los partidos políticos, dado el papel esencial que les asigna el art. 6 de la CE, como instrumento fundamental para la participación política”.

En su libro Posverdad y otros enigmas, Maurizio Ferraris empieza citando dos casos para diferenciarlos:

“El New York Times es pura propaganda”, escribió Noam Chomsky el 20 de mayo de 2015. Y algo menos de dos años después, el 17 de febrero de 2017, Donald Trump tuiteó que las fake news (con el New York Times a la cabeza) “no son mi enemigo, son el enemigo del pueblo americano”.

Prosigue Ferraris:

Entre las dos posturas —aparentemente idénticas— hay una

diferencia esencial. En su crítica al New York Times, Chomsky se comporta como Sócrates al enunciar un principio de corte ilustrado e idealista: la ciencia es la garantía de una verdad que nos hace libres (ilustración) y es desinteresada, es decir, está por encima de las partes y no se guía por intereses prácticos (idealismo). Por lo tanto, el científico es el guardián de la verdad, una posición desde la que puede juzgar las mentiras de los demás, como por ejemplo las de la prensa burguesa sometida a los intereses del capital y de la política imperialista. Lo que digo aquí no debe leerse en un sentido irónico: estoy seguro de que es lo que piensa Chomsky. Trump, en cambio, es la expresión de una parte de su país a la que él concibe como portadora de la verdad, una verdad que no tiene nada que ver con la objetividad, sino que se refiere, más bien, a la solidaridad de un pueblo contra las maquinaciones de una élite que vende, como si fueran verdad, justicia y saber, los intereses, los prejuicios y los privilegios de los "grandes poderes" (un sintagma, este, que por lo general es invocado por presidentes, zares y otros marginados). De aquí surge la exigencia de una verdad alternativa, de una contraverdad, de una verdad verdadera —o sea, de una posverdad que sea elaborada y difundida por fuentes independientes: el Ministerio de la Verdad, las Real News, el canal impulsado por la nuera de Trump, Lara, y emitido desde la Torre Trump.

Maurizio Ferraris se muestra extremadamente benévolo con Noam Chomsky, al considerar que su tarea académica vuelve científica y desinteresada la afirmación de que "el New York Times es pura propaganda". Afirmación que en su radicalidad y en su generalización no se sostiene científicamente. Es sencillamente una opinión, y puede que atienda a algún interés no necesariamente ilegítimo. Pero claro que la afirmación de Trump adquiere otra dimensión. Porque cuando la hizo pública no llevaba ni un mes como presidente de Estados Unidos. No era una afirmación solo manipuladora; era sobre todo coactiva.

Es evidente que a la derecha radical no le caen bien los medios de comunicación independientes y por eso comienza por cuestionar ese carácter. Pero lo mismo ocurre con la izquierda que se radicaliza, que tampoco necesita tildar a un medio de estar al servicio del

capital y del imperialismo para cargar contra él. En nuestro país se ha abusado del término seudomedios porque al no citarlos con su respectivo nombre y al no precisar los motivos —las informaciones ofrecidas— por los que se les califica así se incurre precisamente en aquello que se pretende denunciar. La confusión daña los derechos y las libertades relacionadas con la libre circulación de noticias y pareceres, y contribuye a naturalizar cuantos actos de censura y amedrentamiento se perpetran contra esos derechos y libertades.

En Verdad y mentira en la política, Hannah Arendt dejó escrito:

Así pues, cuando hablamos de la mentira, y especialmente de la mentira de los hombres que actúan, hemos de recordar que dicha mentira no se deslizó al terreno de la política por algún accidente de la pecaminosidad humana. No es probable que la indignación moral, por sí misma, consiga hacerla desaparecer. La falsedad deliberada atañe a los hechos contingentes, es decir, a cuestiones que no poseen una verdad inherente a ellas mismas, que no necesitan ser como son. Las verdades factuales nunca son irresistiblemente ciertas. El historiador sabe cuán vulnerable es la completa textura de los hechos en la que transcurre nuestra vida diaria; dicha textura está siempre en peligro de ser agujereada por mentiras sencillas o desgarrada por la falsedad organizada de grupos, naciones o clases, o bien de ser negada y tergiversada, de que se la sepulte con esmero bajo toneladas de papel plagado de falsedades o simplemente se la deje caer en el olvido. Los hechos precisan de un testimonio para ser recordados y de testigos fiables que los confirmen para encontrar un lugar seguro en el terreno de los asuntos humanos. De lo cual se sigue que ninguna afirmación fáctica podrá situarse jamás allende la duda -es decir, no podrá hallarse segura y protegida contra los ataques, al contrario de lo que ocurre, por ejemplo, con la afirmación de que dos y dos son cuatro.

Arendt nos habla de falsedades deliberadas con la finalidad de convencer o cuando menos confundir a quien las oiga o lea siempre con el propósito en este caso de obtener votos, equivocar a los

adversarios o introducir un tema ventajoso en la conversación. La política reducida a la comunicación es sin duda más propensa a ello. Empezando por verter mentiras piadosas con la intención de elevar el ánimo de los propios, por ejemplo con datos demoscópicos sesgados. Transmitiendo verdades a medias que oculten la parte desagradable de una determinada realidad. Fingiendo ignorancia sobre cualquier asunto que resulte incómodo para el comunicador. Recurriendo a la fabulación sobre el currículum académico o profesional. Pero también se falta a la verdad cuando se exponen proyectos irrealizables, se asumen compromisos imposibles o se especula con expectativas soñadas en un juego de engaño mutuo.

La mentira en política es adictiva e infecciosa a la vez. Tan pronto comienza a utilizarse la mentira se adueña de quien recurre a ella. No solo de lo que dice, sino de lo que piensa y de cómo piensa. Y se contagia, porque tanto los propios como los ajenos emulan la mentira si se percatan de que resulta inútil, parece inocua y, además, puede hacérsela circular con absoluta impunidad. En última instancia la mentira forma parte del resentimiento. La política vivida y hasta concebida como confrontación partidaria genera victimismo, y el agraviado —que los son todos los actores de la política— necesita desquitarse mintiendo frente al que considera que miente. Con el justificante subsiguiente de que el otro había mentido antes.

Los extremos beben más del resentimiento de lo que lo hacen quienes ocupan una posición más centrada en el tablero político; por eso son más proclives a la política. Imaginemos una extrema derecha que se limitase a exponer solo aquello confirmado por la evidencia científica, que se abstuviera de proceder a juicios de intenciones sobre lo que pretenden otros y que se enmendara a sí misma cada vez que descubriese haber incurrido en algún error. No sería extrema derecha. Pero en cualquier caso cabe preguntarse por qué los ultras necesitan tanto y de manera continuada negar la realidad, falsearla, disimularla o agrandarla. La respuesta es que no solo precisa captar la atención del público con afirmaciones y denuncias memorables, sino que persigue cautivar —en su sentido literal— a ese público para que no se canse de pensar por sí mismo.

Que la falsedad genera dependencia parece claro, y no hay ejemplo

más palpable que el de Donald Trump. Una vez alcanzada la Casa Blanca para un segundo mandato, el presidente de Estados Unidos podía haber resuelto dejar de mentir, o mentir menos y sobre cuestiones más banales. Sin embargo, en su calidad de comandante en jefe tuvo el cuajo de convocar en septiembre de 2025 a cientos de generales, almirantes y altos mandos en la base de Quantico para exhortarles a combatir al enemigo interior, en referencia también al enemigo que a su entender llevan dentro las propias fuerzas armadas. Un hecho inédito en la historia de aquel país para saltarse en un solo acto escalafones y protocolos junto al secretario que ya es "de la Guerra". Con el mensaje subliminar de que allí solo él podía mostrarse insolente.

El presidente de Estados Unidos maneja un poder inmenso caricaturizado a diario con una firma enorme bajo sucesivas órdenes ejecutivas. Podría renunciar a mentir de ahora en adelante. Pero la Casa Blanca le permite transformar la posverdad en posrealidad. No puede haber un poder mayor que el de quien se arroga la exclusividad sobre la mentira en nombre del pueblo. Trump ha llevado la falsedad de las palabras a los hechos y a gran escala. No se trata de una patología, sino de la naturalización paulatina de una conducta convertida en estrategia. Su antecedente más descarnado fue el Brexit, cuando el resentimiento de demasiados británicos hacia la Unión Europea cobró sentido en el referéndum del 23 de junio de 2016 tras la inoculación de datos falsos sobre las balanzas entre el Reino Unido y el resto de la UE. La irreversibilidad de aquel daño se constata en el hecho de que nueve años después el factótum de aquella tropelía, Nigel Farage, esta vez al frente de la formación ultra Reform UK, amenaza con revolcar el sistema de partidos de aquel país.

Si nos preguntamos hasta qué punto mentían los fundadores de Vox y quiénes de ellos continuaron después en el partido, la respuesta podría ser negativa. Aunque aquellos que estaban afiliados al PP mientras redactaban los estatutos de la nueva formación para presentarlos en el registro del Ministerio del Interior y empezaban a captar adeptos bajo los auspicios de la Fundación DENAES para la nueva causa, guardaron el secreto de su peripecia hasta que Santiago Abascal remitió su carta de despedida a Mariano Rajoy en noviembre de 2013. Es posible que no mintieran entonces, aunque

la actitud de Abascal, colocado en dos chiringuitos sucesivos bajo los auspicios de Esperanza Aguirre, para acabar denunciando los chiringuitos se parece demasiado a una farsa. La misma que podría representar Vox si, tras regresar el gobierno de las autonomías del PP e incluso al de la nación, acabase desmontando el Estado constitucional.

A principios de 2021, dos historiadores polacos del Holocausto, Barbara Engelking y Jan Grabowski, fueron llevados a juicio en Varsovia. En un capítulo de su libro coeditado, Dalej jest noc (La noche interminable), Engelking menciona a un tal Edward Malinowski, un anciano de un pueblo de la región de Podlasie que, según el testimonio de testigos presenciales, delató a decenas de judíos a los alemanes, que más tarde los mataron. La sobrina de ochenta años de este hombre, Filomena Leszczynska, apoyada por la Liga Polaca contra la Difamación, una ONG respaldada por el Gobierno polaco, demandó a los dos historiadores con el argumento de que habían negado a la señora Leszczynska su "derecho al orgullo e identidad nacionales", en virtud de una ley de 2018 que tipificaba como delito acusar a los polacos de ser cómplices de los nazis en el asesinato de los judíos ("difamar a la nación polaca"). En su sentencia del 9 de febrero de 2021, el tribunal de distrito de Varsovia ordenó a Engelking y Grabowski que presentasen una disculpa.

Es un pasaje del libro del historiador Dan Stone titulado El Holocausto que viene a recordarnos que la falsedad más monstruosa en la que se han entrenado los pioneros de la extrema derecha actual ha sido la negación, cuando no la justificación, del Holocausto, aunque sea parcialmente como en la citada ley polaca. Referencia histórica que probablemente experimente cambios tras las declaraciones de genocidio a propósito de la actuación de los poderes de Israel contra la población palestina de Gaza a raíz de los ataques del 7 de octubre de 2023.

En septiembre de 1987, Jean-Marie Le Pen, fundador del Frente Nacional francés, declaró: "No digo que no existieran cámaras de

gas, no pude ver ninguna, no he estudiado la cuestión específicamente, pero creo que es un detalle de la historia de la II Guerra Mundial". En 1991 fue condenado a pagar un millón de francos a las entidades que le denunciaron. Pero seis años más tarde volvió a pronunciarse en el mismo sentido en una conferencia pronunciada en Múnich. Como lo hizo en 2008 en declaraciones a una revista, en 2009 en el propio Parlamento Europeo y en 2015 en el canal de televisión BFM. En 2012 fue condenado a tres meses de prisión y 10.000 euros de multa por negar que durante la ocupación de Francia se cometieran crímenes contra la humanidad.

En Vox frente a la historia, Julián Casanova escribe:

El registro del desafuero cometido por los militares sublevados y por el franquismo hizo también reaccionar, por otro lado, a conocidos periodistas, propagandistas de la derecha y aficionados a la historia que retomaron los componentes esenciales de la propaganda de los vencedores: fue la izquierda la que con su violencia y odio provocó la Guerra Civil, y lo que hizo la derecha y la gente de bien, con el golpe militar de julio de 1936, fue responder al "terror frentepopulista". Lo que ha hecho Vox desde su aparición ha sido recuperar esa propaganda elevando la potencia de su difusión a las instituciones políticas y a las redes sociales.

Y recoge parte de la intervención del diputado de Vox Francisco José Contreras en el debate de la Ley de Memoria Democrática en el Congreso: durante el franquismo "hubo una verdadera reconciliación con gestos de concordia" como "el restablecimiento de los derechos a los vencidos" o la celebración de los 25 años de paz en 1964, "que no enfatizaba la victoria o la guerra".

Desde que surgiera Vox, sus integrantes mantuvieron unas pautas muy sencillas para asegurar que las falsedades sobre el pasado histórico y las negaciones sobre el presente fluyeran y se asentaran en sectores relativamente amplios de la sociedad española. La primera pauta fue no condenar, no recriminar ni censurar públicamente el comportamiento y los mensajes de la infinidad de

grupúsculos ultras que aun hoy representan una suerte de extremismo en el extremismo que contribuye a caldear el ambiente menos visible de la radicalidad. La segunda, no desmentir ni corregir públicamente cuantos bulos, supercherías y teorías conspiranoicas circulasen describiendo realidades paralelas, aunque no alcanzaran la categoría de alternativas. La tercera pauta continúa siendo preservar un relato oficial de programas e intervenciones institucionales sujetos al marco constitucional mientras se fomenta, tolera o se observa con satisfacción una narrativa de corte nihilista en lo que se pretende sean los aledaños del partido. Todo ello sobre la base de que Vox representa el voto útil para el conjunto de la extrema derecha españolista, al margen de la más reciente irrupción de Aliança Catalana, y una vez "acabada la fiesta" de Alvise. La argamasa no es otra que el resentimiento que, inevitablemente, se filtra puntualmente en la relación entre esos distintos grupos de la radicalidad y en su relación con Vox.

En su libro (Pos)verdad y democracia, el catedrático de ciencia política Manuel Arias Maldonado se pone en diálogo con Hannah Arendt sobre la verdad. En el fondo sobre la verdad que exaspera a la extrema derecha y que es también motivo de su resentimiento:

Que la verdad no sea democrática supone que no admite la pluralidad de opiniones necesaria para el funcionamiento de la democracia. Se explica así que Arendt insista en afirmar que la verdad "posee un elemento de coerción", ya que una vez ha sido demostrada queda fuera del alcance de la opinión, la disputa o el consenso. En otras palabras: la verdad queda fuera del alcance de la política. No hablamos de la verdad en un sentido abstracto o general, sino de la verdad de los hechos; los hechos son "despóticos" (el adjetivo es de la autora) porque no se dejan modificar. Discutir los hechos en la esfera pública, sigue Arendt, no contribuye a darles forma; los hechos han sucedido sin remedio. Así que podríamos llegar al consenso público de que el general Franco fue derrocado por una revuelta popular e incluir ese relato en los libros de texto, sin que eso modifique el hecho histórico (verdad factual) de que el dictador murió en su cama.

Cuando la derecha radical se topa con una verdad factual que aborrece o le incomoda, trata de pensar en que la verdad no existe o, con un poco de suerte y malicia, trata de aflorar otra verdad. El primer paso resulta enormemente efectivo, porque alcanza a muchísima gente. Alegar por ejemplo que el cambio climático no ha sido demostrado es más eficaz y envolvente que tratar de convencer al público de que no existe sino todo lo contrario; de que la acción del ser humano no ha afectado negativamente a los demás seres vivos y a la atmósfera, sino todo lo contrario. Como resulta más económico en esfuerzos extender la especie de que la violencia intrafamiliar o en la pareja no lleva ni género ni edad prevalentes, que la vicaria es una entelequia de la izquierda, que negar que se cometan asesinatos. Más sencillo aprovecharse hasta la mofa de la autodeterminación de género para insistir en la persistencia de una humanidad binaria que afrontar la cuestión en detalle. Aunque lo importante es tener claro quiénes son los culpables, también de que Donald Trump pusiera en marcha desde el inicio de su segundo mandato una auténtica guerra de aranceles en la que los motivos económicos y políticos se entremezclan y las cargas impuestas a todos los países del mundo se establecen y modifican según cálculos que nadie conoce porque no existen.

Arias Maldonado nos recuerda:

Durante la campaña del referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea, el ministro conservador Michael Gove lanzó contra los expertos una andanada que se hizo emblemática del argumento populista contra el saber de corte tecnocrático y ha pasado —al menos como nota a pie de página— a los libros de historia. Su tenor literal es el siguiente: “Creo que la gente de este país ya está cansada de los expertos de organizaciones con acrónimos, esos que le dicen que saben más que ella, pero que resultan estar equivocados una y otra vez”. Gove hablaba en la cadena televisiva Sky News en junio de 2016, cuando ya eran patentes los efectos políticos de una crisis financiera que había mostrado al público democrático la aparente incompetencia de quienes tomaban las decisiones sobre el gobierno del sistema

económico. Y aunque la génesis de la crisis había sido bastante más compleja, la deslegitimación de las élites (políticas, financieras, cognitivas) estaba a punto de alcanzar un punto culminante: el voto favorable al Brexit y la elección de Trump confirmaron ese otoño la tendencia populista en los países anglosajones, cuya expresión en la Europa continental adquiría formas tan distintas como elocuentes —Podemos, el procés, el Movimiento 5 Estrellas, los partidos nacionalpopulistas en Polonia o Hungría.

La prédica de la inexistencia de la verdad patrocina el nihilismo. Pero lo hace negando tajantemente autoridad a quienes tienen el cometido de adoptar decisiones en las sociedades abiertas. Esos que dicen a la gente que saben más que ella. Es ahí donde una formación como Vox apela al "sentido común" de la gente, a la sabiduría de siempre, de la que —claro está— bebería el abascalismo. La libertad frente a la pandemia, que también preconizara Isabel Díaz Ayuso desde la presidencia de la Comunidad de Madrid. El buen juicio del paisanaje frente a los enredos de Bruselas. El instinto de la experiencia propia frente al consejo de los expertos. La receta presidencial de leucovorina contra el autismo. Y para redondear, la deslegitimación de la democracia representativa a causa de la inexistencia de la verdad, que mejor que bosquejar un sistema plebiscitario a partir del artículo 92 de la Constitución, cuya aplicación espolvorea Vox por distintos puntos de su programa electoral. "Las decisiones políticas de especial trascendencia podrán ser sometidas a referéndum consultivo de todos los ciudadanos".

El falseamiento de la realidad es una opción ineludible para los ultras. En su libro Extrema derecha 2.0, Steven Forti señala algunos casos:

En otoño de 2018 el ideólogo de ultraderecha Olavo de Carvalho afirmó que el candidato a la presidencia de Brasil por el Partido de los Trabajadores, Fernando Haddad, promovía el incesto en su libro titulado En defensa del socialismo. En junio de ese mismo año, el líder de la Liga, Matteo Salvini, a la sazón ministro del Interior

italiano, declaraba que había cerrado los puertos a los migrantes. En la primavera de 2016, la campaña a favor del Leave en el referéndum británico insinuaba que Reino Unido aportaba a la Unión Europea 350 millones de libras cada semana y que la totalidad de esa suma podría gastarse en el sistema nacional de salud. Tras las elecciones presidenciales de noviembre de 2020, Donald Trump ha repetido hasta la saciedad que se había producido un fraude electoral y que él era el verdadero ganador de las urnas. Incluso, en las redes sociales, se afirmó que China había interferido en los comicios a favor de Joe Biden en el Estado de Arizona donde el candidato demócrata superó a Trump por unos diez mil votos. ¿Qué tienen en común todas estas afirmaciones? Todas son falsas, han sido difundidas por líderes, influencers o redes de extrema derecha y, finalmente, han tenido consecuencias prácticas: desde hacer creer a muchas personas que los puertos de su país estaban cerrados; encargar a una empresa externa, sin experiencia previa en procesos electorales, una nueva auditoría en busca de fraude electoral, conllevando un riesgo real para la integridad de los documentos; facilitar la victoria electoral de la ultraderecha gracias a la viralización de esas noticas falsas; o desatar el asalto al edificio que acoge las dos cámaras del Congreso.

Y añade Forti:

La ultraderecha ha entendido, pues, que las fragilidades y las vulnerabilidades existentes pueden ser explotadas: deconstruyendo la realidad compartida y sembrando confusión se puede polarizar aún más la sociedad y sacar provecho a nivel electoral. De ahí su interés y sus esfuerzos para generar y difundir noticias falsas: en la campaña electoral estadounidense de 2016 la gran mayoría de fake news eran mensajes pro Trump u hostiles a Hillary Clinton, mientras que en Polonia las páginas de fake news calificadas como conservadoras son el doble que las progresistas.

En Verdad y mentira en la política, Hannah Arendt advierte de que

el secretismo —denominado diplomáticamente “discreción”, así como arcana imperii, los misterios del gobierno— y el engaño, es decir, la deliberada falsedad y la pura mentira como medios legítimos para el logro de fines políticos, nos han acompañado desde el comienzo de la historia escrita. La sinceridad nunca ha figurado entre las virtudes políticas, y las mentiras siempre han sido consideradas como medios justificables en los tratos políticos. Cualquiera que reflexione sobre estas cuestiones no podrá sino sorprenderse ante la escasa atención que, en nuestra tradición de pensamiento filosófico y político, se ha concedido a su significado, tanto en lo que se refiere a la naturaleza de la acción como en lo tocante a nuestra habilidad para negar, en pensamientos y palabras, lo que sea necesario. Esta capacidad activa, agresiva, se diferencia claramente de nuestra pasiva inclinación a convertirnos en presas del error, la ilusión, las distorsiones de la memoria y cualquier cosa a la que podamos culpar de los fallos de nuestro aparato sensitivo y mental.

La extrema derecha miente en medio de las mentiras que emplean también otros. Y aunque mienta más y con mayor descaro, trata de formar parte de un paisaje compartido con sus oponentes. Se da además la circunstancia de que cada corriente política y cada formación se labra entre sus seguidores un determinado margen de confianza o de permisividad. La izquierda sufre más severamente los casos de corrupción de lo que le desgastan a la derecha. Es más que probable que las falacias le sean toleradas a la extrema derecha por parte de sus electores con infinita generosidad en comparación a lo que podrían esperar todas las demás opciones parlamentarias.

En Jaque a la democracia, el magistrado Joaquim Bosch cita a Eva Illouz:

Subraya que las arengas emocionales de los líderes del nacionalpopulismo conservador consiguen “llamar la atención en un campo abarrotado de personas diversas en busca de atención”. Las

burbujas filtradas de las redes sociales otorgan esos sentimientos de identidad desde el conflicto con otras identidades. Los sentimientos de miedo, asco, rencor y orgullo nacional se viralizan con facilidad, gracias a la amplificación de las fórmulas matemáticas de las plataformas virtuales. Las dinámicas de las redes entrenan a los usuarios para que reaccionen, se crispen y se violenten con determinados contenidos… Los mecanismos de dependencia emocional hacia las plataformas acentúan esas conductas. Una consecuencia muy elocuente es que han contribuido a radicalizar a masas de ciudadanos que partían de visiones conservadoras tradicionales, lo cual ha provocado la reconfiguración del mapa político.

La confluencia entre el resentimiento y las redes sociales, en manos de los hombres más ricos del mundo, comporta un potencial infinito para la erosión de las democracias y de las esperanzas. Se han juntado el hambre con las ganas de comer, como diría el paisano al que se dirige el abascalismo cuando niega la existencia de una verdad distinta al sentido común de sus seguidores. La inmediatez, el anonimato, la carencia de responsabilidad editorial, la multiplicación de mensajes, la interferencia extranjera, conducen al aturdimiento del espíritu crítico en favor de un rebaño irritado. Como se ha visto al principio de este capítulo, Vox no es muy partidario del papel de intermediación, interpretación y verificación que juega el periodismo independiente. Prefiere relacionarse directamente con el público, sin testigos. O que lo hagan otros bajo otros nombres. Esperando siempre que un algoritmo dado le caiga en suerte y le permita superar expectativas en la posrealidad.

Joaquim Bosch escribe:

Si hay que calificar a un político como el más genuino producto de las redes sociales, el título debe ser adjudicado a Donald Trump. Su biografía es una muestra de cómo perfiles personales que antes eran propios de outsiders pueden progresar hasta posiciones mayoritarias tras la revolución digital. Max Fisher enfatiza que Trump era exactamente todo lo que premiaban las redes: desinformación,

misoginia, burlas, insultos, xenofobia. A la vez, según Fukuyama, carecía de las virtudes asociadas al liderazgo, como integridad, fiabilidad, buen juicio, devoción por el interés público o una brújula moral incuestionable. A través de tuits ultravirales y de furibundas publicaciones en Facebook, Trump logró fomentar la rabia contra demócratas, periodistas y minorías, a menudo difundiendo las más variadas falsedades, con el respaldo servicial de los algoritmos. En ambas plataformas se creó una tupida telaraña de influencers en su apoyo, que constituyó una de las estructuras más relevantes del trumpismo.

Es la posrealidad a la que aspira la extrema derecha española.

INMIGRACIÓN

El rechazo a la inmigración es el lugar común que comparten todas las extremas derechas. Rechazo al gran reemplazo que pudiera conllevar, a los costes añadidos que supondría para el estado de bienestar y a la inseguridad a la que va asociada. Tres temores que constituyen parte de la posrealidad que alimentan los ultras, pero que incluso sin los ultras podrían estar presentes en las sociedades actuales.

El gran reemplazo se refiere a la eventualidad de que la mayoría pretendidamente autóctona en este caso de Europa pase a ser una minoría respecto a quienes van, irremisiblemente, arribando a nuestras fronteras terrestres, aeropuertos y costas. Percibiendo además tan hipotético supuesto como resultado de un plan orquestado cual si fuera una operación de invasión. Favorecido por el "invierno demográfico" que atraviesa nuestro continente ante la fecundidad sin límites que mostrarían las mujeres de familias llegadas de fuera en las últimas décadas y las que llegarán de seguro en las próximas. Quienes se aferran a semejante temor no lo hacen pensando que algún día se despertarán viendo que han pasado de nacionales a extranjeros. Les basta con percibir que nada es igual que antes, porque "los otros" se hacen acreedores a derechos y pasan a ser sujetos de influencias que no debieran corresponderles.

En 2015, la novela de Michel Houellebecq Sumisión tuvo un gran impacto al respecto en la opinión pública francesa, incluida su comunidad musulmana. Impacto que se extendió con sus traducciones al resto de Europa. Su contraportada empezaba así:

Francia, elecciones presidenciales de 2022. Mohammed Ben Abbes, islamista moderado, derrota a la candidata del Frente Nacional en la segunda vuelta. François, un profesor universitario hastiado de la docencia y de su vida sexual, ve cómo una rápida transformación altera la vida de los franceses. Los judíos han emigrado a Israel, las

mujeres han cambiado las faldas por conjuntos de blusa larga y pantalón y algunos comercios han cerrado las puertas o reorientado el negocio. Y la Sorbona es ahora una universidad islámica en la que los profesores conversos gozan de excelentes salarios y tienen derecho a la poligamia. Al igual que Huysmans, el escritor convertido al catolicismo al que consagró su tesis, François sopesará pronunciar las palabras que le abrirán las puertas del islam y de una nueva vida: “No hay sino un dios y Mahoma es su profeta”.

En un momento de la novela, Houellebecq narra las negociaciones entre el Partido Socialista y la Hermandad Musulmana de cara a la recomposición del gobierno, y escribe:

Para la Hermandad Musulmana, todo niño francés debe tener la posibilidad de beneficiarse de una enseñanza islámica desde el principio al final de su escolaridad. Y la enseñanza islámica es, desde cualquier punto de vista, muy diferente a la enseñanza laica. En primer lugar, en ningún caso puede ser mixta y solo algunas carreras estarán abiertas a las mujeres. Lo que en el fondo desearían sería que la mayoría de las mujeres, después de la escuela primaria, fueran orientadas a escuelas de educación doméstica y que se casaran lo antes posible, y que solo una pequeña minoría cursara estudios literarios o artísticos antes de casarse; ese sería su modelo de sociedad ideal. Además, todos los docentes, sin excepción, deberán ser musulmanes. Las reglas relativas al régimen alimentario de los comedores escolares y el tiempo consagrado a las cinco oraciones cotidianas deberán ser respetados; pero, sobre todo, el propio programa escolar deberá adaptarse a las enseñanzas del Corán.

Francia no es el país europeo que cuenta con una tasa mayor de población extranjera o descendiente de extranjeros. La superan Suecia y Suiza, y Bélgica o Alemania se encuentran a la par. Afortunadamente, desde 1978 no existen datos sobre el origen étnico de sus habitantes, pero la concentración de los inmigrantes

en la región de París, mayor que la de Londres, el mantenimiento de un flujo constante proveniente de África y que París trata de contener de manera ostensible, y la concurrencia de personas provenientes del sur de la Unión Europea como Portugal, Italia y España que el chovinismo puede confundir con las que arriban desde Argelia, Marruecos, Túnez o la propia Turquía hace que la hipótesis del gran reemplazo sea una sensación —una emoción— difícil de orillar.

En su libro Il n'y a pas de grand remplacement, el demógrafo Hervé Le Bras no solo refuta la posibilidad de que Francia y Europa estén experimentando de forma latente el gran reemplazo, sino que considera "totalmente imposible" que tal cosa pudiera ocurrir en el futuro. En vísperas de las elecciones presidenciales de 2022, a las que junto a Marine Le Pen concurrió por su derecha Éric Zemmour, pasando a la segunda vuelta frente a Emmanuel Macron, Le Bras se enfrentó a esa falacia ideológica.

Más de un siglo después, la extrema derecha agita el miedo a la invasión: aquella de los italianos y de los alemanes antes de 1914, de los polacos y de los yugoslavos antes de 1939, de los magrebíes y de todos los africanos recientemente. Este pánico ha tomado poco después la forma de una "teoría del gran reemplazo". Al aproximarse la elección presidencial, ese fárrago ideológico sirve de justificación para inquietantes amenazas políticas: remigración, desnaturalización, silenciamiento de los medios de comunicación, prohibición de nombres de pila no católicos, supresión de servicios de intermediación acusados de alentar ese pretendido "reemplazo". Una peligrosa mezcolanza que enmascara y deforma los problemas a veces graves generados por la inmigración en detrimento de respuestas serias.

Hervé Le Bras aportó un dato incontrovertible: "De un año a otro, el número de inmigrantes 'suplementarios' es de 109.000 (en 2019). Si se quiere, 150.000 anuales. Es completamente irracional suponer que vayan a convertirse en la población mayoritaria".

Le Bras formula una acusación directa y sin rodeos contra la extrema derecha por tratar de inocular miedo en la sociedad francesa a base de falsedades y de pronósticos carentes de fundamento. Pero lo hace utilizando la palabra inmigración, y dando por sentado que ella genera "problemas" que "a veces" se vuelven graves. Un lenguaje que, en otras circunstancias, podía haber resultado eficaz para persuadir incluso a la extrema derecha tanto de Le Pen como de Zemmour, que debían renunciar expresamente a la utilización del argumento del gran reemplazo. Pero el truco de aquella campaña no estuvo en agitar públicamente tal fantasma, sino en mantener paradójicamente doucement. De hecho, el programa electoral de Zemmour prometía suprimir el derecho al reagrupamiento familiar, limitar la aplicación del asilo a un centenar de personas cada año, acabar con el acuerdo de inmigración franco-argelino de 1968 o crear una guardia de fronteras con estatus militar, sin que en él apareciera mención alguna al gran reemplazo. Como en la novela Sumisión, de meter miedo con el gran reemplazo se encargaban la ficción y la oralidad. A la extrema derecha institucionalizada le bastaba con no desmentir semejante teoría.

Es lo que ocurre también con la extrema derecha institucionalizada en España, con Vox. Se muestra más bien ágrafa a la hora de explicitar los supuestos de invasión y gran reemplazo en los que basa sus cuentos de miedo. Pero contribuye a hacerlos correr sotto voce, consagrándolos además bajo el lema de la Reconquista. En el libro Vox frente a la historia, Alejandro García Sanjuán señala:

La entrada de Vox en las instituciones a partir de 2018 significa un punto de inflexión en su apelación a la noción de Reconquista, que desde entonces deja de ser un mero recurso propagandístico y se transforma en una herramienta dirigida a lograr objetivos ideológicos más concretos, vinculados a la guerra cultural que la derecha libra a nivel internacional para tratar de desactivar la agenda progresista de avances en derechos y libertades sociales. Dentro de este marco, Vox ha desarrollado varias iniciativas para promover la inserción de la Reconquista en el marco de las instituciones, transformándola en parte de un relato 'oficial' de la

historia de España.

Como recuerda García Sanjuán, “en septiembre de 2019, durante una intervención en un acto de Fratelli d’Italia en Roma, Santiago Abascal declaro que ‘España tiene una ventaja: que fue vacunada contra la inmigración islámica durante ocho siglos de ocupación y ochos siglos de reconquista’. Esta explícita apelación a la idea de reconquista, en un contexto relacionado con el fenómeno de la inmigración musulmana, resulta muy ilustrativa de la forma en la que Vox ha utilizado dicho concepto a lo largo de los últimos años, convirtiéndolo en un elemento importante de su comunicación política”.

Aunque hace siete años, recién institucionalizada su formación, Abascal presentase la invasión islámica y la reconquista correspondiente como vacuna ante el nuevo desafío, los mensajes posteriores trasladan también la idea de que España ya se ha visto invadida una vez más a causa de la indolencia de sus gobernantes —populares y socialistas—. Que se está viendo invadida por cada inmigrante que cruza nuestra frontera, aunque lo haga de manera regular atendiendo a normas de auténtica rendición patria. De modo que solo Vox encarna la Reconquista, y esta avanza gracias al apoyo de quienes dan la espalda al resto del arco parlamentario español. Como ocurre con la teoría del gran reemplazo en Francia y en el resto de Europa, tanto la apelación directa al peligro recreado como su mención directa reivindicando la Reconquista sirven para recuperar la identidad perdida y para bosquejarla allá donde resulta imposible ofrecer una idea monolítica e inmutable de nación. La llamada a la denuncia y la llamada a la acción resultan útiles para ese otro reemplazo que persigue la extrema derecha de sustituir una realidad diversa constituida, además, por voluntades ciudadanas mayoritariamente pluralistas por un emblema que constriña la propia democracia.

Aunque, en el caso del abascalismo, la teoría del gran reemplazo ha encontrado una variante singular que empieza a mostrarse contagiosa. El recurso a la iberosfera, una idea que data de 2020 en el acervo de Vox y que tiende a ocupar un lugar cada vez más relevante en su narrativa “frente a la ofensiva totalitaria del

comunismo y el socialismo". En su "Programa para lo que importa", elaborado de cara a las elecciones generales de 2023, Vox se comprometió a combatir "los intentos de borrado del legado español en América. Los españoles no tenemos que pedir perdón por nuestro pasado. Impulsaremos iniciativas culturales y educativas, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras, destinadas a combatir la 'leyenda negra' y a dar a conocer la labor civilizadora de España en América. También se prestará especial atención a la preservación del legado español en Guinea Ecuatorial y Filipinas". En lo que aquí nos ocupa, adquirió especial importancia la excepcionalidad aplicada a las personas procedentes de Latinoamérica frente a las medidas propuestas para contener la inmigración. "La identidad nacional de España se forjó en su historia conjunta con las naciones de la Iberosfera. Nuestra política de inmigración atenderá de forma prioritaria a los ciudadanos procedentes de las naciones que comparten idioma e importantes lazos de amistad, historia y cultura con España". Idea esta última que parece haber hecho suya el PP de Núñez Feijóo, con el argumento de priorizar la "proximidad cultural".

De entrada, el recurso a la iberosfera conlleva la segregación por procedencia de las personas extranjeras que aspiren a vivir entre nosotros, abriendo las puertas a quienes puedan expresarse en lengua castellana, compartan creencias o influencias cristianas y consideren de una manera u otra que nuestro país forma parte de su propio pasado y pudiera constituir una tierra idónea para su futuro. Volviendo a la teoría del gran reemplazo, las personas y familias procedentes de otros países de la iberosfera nunca podrían invadir España al formar parte de su historia. Lo que, a su vez, contribuye a destacar en el imaginario abascalista la amenaza que se cierne por la arribada de personas con raíces culturales alejadas del canon hispano. La idea de la iberosfera puede resultar popular, puesto que la llegada de personas que hablan el idioma común a prácticamente todos los españoles facilita su integración laboral, escolar y de vecindad sin generar muchos más problemas que los derivados de sus circunstancias socioeconómicas. Es algo así como la expresión más palpable de lo que Vox reivindica cuando habla de "sentido común" en tanto que patrimonio del abascalismo. La inmigración natural de los descendientes de españoles que emigraron a América y de aquellos cuyos ascendientes fueron beneficiados por la tarea

civilizatoria emprendida por España tras el Descubrimiento.

La cosa no queda ahí. En el libro Vox frente a la historia, Marcela García Sebastiani se refiere a la celebración del 12 de octubre, "instituido Día de la Raza en 1918 por la monarquía constitucional, renombrado Día de la Hispanidad por el franquismo en 1958 y ratificado como Fiesta Nacional en 1987 en democracia". García Sebastiani se detiene en una vertiente de la jornada celebrada por el abascalismo:

Desde sus inicios, Vox encumbró el 12 de octubre entre los baluartes simbólicos del españolismo, midiendo sus apoyos entre los defensores de la festividad en Cataluña como reacción patriótica al pulso político independentista. La Gaceta señaló en 2013 "que el 12 de octubre no había sido un día más, que se estaba en un momento histórico de peligro de desintegración territorial inminente". En 2014, a golpe de tuit, el partido se sumó a otras organizaciones constitucionalistas para celebrar la fecha de los españoles reuniendo en la plaza de Cataluña de Barcelona a miles de personas entre gritos contra el nacionalismo catalán y el despliegue de banderas rojigualdas. En los años siguientes, Vox afirmó su presencia en esos actos llamando a la "unidad de nuestra patria", a "nuestro orgullo de las glorias patrias" y porque "el descubrimiento y la evangelización de América es la mayor gesta que han realizado los españoles a lo largo de toda su historia". En 2017, tras la crisis desatada por la declaración de independencia en el Parlament de Catalunya, Vox reforzó su implicación para un 12 de octubre con "significado especial" en Barcelona fletando autobuses gratis "para defender la unidad y la convivencia de los españoles" ante el temor de la ruptura de España. En 2018 y 2019, Vox consolidó posiciones y liderazgos entre las organizaciones de derecha en las manifestaciones con consignas, cánticos y pancartas que hicieron de las celebraciones del 12 de octubre en Barcelona el espacio escenificado por excelencia de la polarización política española marcada por el juicio a los independentistas y las campañas electorales. Entre 2020 y 2022, Vox animó otros actos para la fecha en diversas localidades del país, exhibiendo su españolismo entre caravanas ruidosas de seguidores en coche, arengas en favor de la

jornada y consignas contra el Gobierno nacional de coalición del PSOE y Unidas Podemos.

El hispanista Henry Kamen, autor de Las dos Españas, ha declarado que “para muchos españoles, España casi no existe en sus vidas”. Miles de ciudadanos con nacionalidad española dicen no ser españoles, y muchos de ellos se enojan porque se les considera como tales. Son independentistas catalanes, vascos o gallegos. Otros miles sobrellevan la vivencia de su españolidad entre el hastío y la indiferencia. Unos la limitan a los éxitos deportivos, otros la circunscriben al paisanaje de su localidad o comarca de origen, y son multitud quienes la asumen por descarte. La épica con la que Abascal y los suyos revisten sus sentimientos de pertenencia y su identidad no es mayoritaria en España. Lo que en realidad les facilita distinguir a los “buenos españoles” de los que no lo son. La cuestión es que la variante iberosférica de la teoría del gran reemplazo bien podría llevar a Vox a considerar que los inmigrantes procedentes de los países que formaron parte del imperio español pueden ser mejores españoles que aquellos nacionales que niegan tal nacionalidad si no es para el pasaporte. Hasta el punto de que la extrema derecha española podría idear su particular reemplazo sustituyendo a quienes responden a las encuestas sobre identidad subjetiva significándose como “solo vasco”, “solo gallego” o “solo catalán”, incluso a aquellos que dicen serlo “más que” o “tanto como” español, por personas originarias de América que aprecien su hispanidad.

Al fin y al cabo, hacerse de Vox, o votar a Vox en las elecciones municipales —para el caso de los ciudadanos procedentes de países con acuerdos de reciprocidad con España— se presenta como la vía más rápida de considerarse español. Después de todo, el epígrafe correspondiente en el programa electoral de Vox se titulaba “Inmigración e identidad nacional”. “Detener la inmigración para preservar nuestra identidad nacional” era el encabezamiento en el programa de Éric Zemmour para las presidenciales francesas de 2022.

Una segunda falacia sobre los perjuicios que acarrea la inmigración es la que se refiere a los costes económicos que comporta para

concluir que resulta onerosa. Las extremas derechas meten en el saco del déficit añadido por la inmigración toda denuncia populista que puede convenir al rechazo a los recién llegados o a los que están por venir. Unas veces será la supuesta competencia desleal que los inmigrantes introducen en el mercado laboral al vender su fuerza de trabajo a cambio de remuneraciones a la baja. Otras, la supuesta avidez con la que los recién llegados acuden a los dispensarios del servicio público de salud correspondiente. Las más de las veces, el acceso fraudulento a coberturas y prestaciones que contribuyen a que los inmigrantes no encuentren estímulos para trabajar. Mientras se contabiliza aparte la carga presupuestaria que supone el mantenimiento de estructuras y recursos, tanto para prevenir la inmigración irregular como para acoger a quienes llegan de esa forma a nuestras costas. La falacia se vuelve descomunal cuando en la narrativa ultra la patera se convierte en el vehículo por excelencia de la emigración hacia España. Pero, de nuevo, tales denuncias forman parte de la conversación que anima la extrema derecha sin que esta las explicite por escrito.

La lectura de las medidas propuestas por Vox en 2023 que más podrían acercarse al abordaje de la deseconomía que supondría la inmigración es suficiente para percatarse de que no hay causa alguna para ello. Ocurre lo mismo con los programas ultras en los demás países europeos.

204. Eliminaremos las ayudas públicas a inmigrantes en situación ilegal y las subvenciones a ONG, asociaciones o cualquier entidad que destine sus fondos a promover o a ayudar a la inmigración ilegal. Exigiremos que las ayudas sociales estén vinculadas a la residencia legal y no al mero empadronamiento.

205. Endureceremos las penas contra las mafias de la inmigración ilegal, así como para quienes colaboren con ellas, ya sean ONG, empresas o particulares. Se promoverán sanciones a aquellos Estados que promuevan oleadas masivas de inmigrantes o las utilicen como arma diplomática y se ilegalizarán todas las entidades que colaboren activamente con la inmigración ilegal.

207. Cerraremos los centros de MENA que crean inseguridad en nuestras calles. Todos los menores extranjeros no acompañados deben ser repatriados con sus padres a sus países de origen de forma inmediata. Hasta que se implanten los protocolos y mecanismos suficientes para lograr este objetivo, los centros de MENA se reubicarán alejados de núcleos urbanos con el fin de impedir conductas delictivas y que atentan contra la convivencia en nuestros barrios.

212. Los inmigrantes ilegales no podrán empadronarse ni adquirir con ello los beneficios y las ayudas correspondientes.

216. Suspensión de toda la ayuda internacional a los Estados que no cooperen con España en el control de los flujos y mafias de tráfico de personas en el Mediterráneo, así como con los gobiernos en manos del grupo de Puebla o del Foro de São Paulo.

217. Auditaremos todos los programas de la Cooperación Española Internacional y desecharemos todos aquellos que se desarrollen en países que no colaboren con el nuestro en la lucha contra la inmigración ilegal.

El ahorro que hipotéticamente pudiera suponer la aplicación de esas seis medidas se quedaría en nada frente a la inversión y el gasto que conllevan los planes de Vox para reforzar las fronteras de España, también militarmente. En octubre de 2025, Vox solicitó vía parlamentaria que el Tribunal de Cuentas fiscalizase lo que al erario le cuesta la “inmigración ilegal”, en una iniciativa secundada por el PP. A tenor del conjunto de propuestas programáticas y de manifestaciones públicas ofrecidas por el abascalismo sobre el tema, resulta imposible saber si la extrema derecha considera que el gasto

del Estado en la materia es excesivo, o si debería incrementar sus partidas presupuestarias. La iniciativa impulsada ante el Tribunal de Cuentas sugeriría que los de Vox consideran un derroche inaceptable el coste que para nuestro país supone la “inmigración ilegal”. Pero, al mismo tiempo, reclaman la militarización de las fronteras y una mayor persecución de las mafias de tráfico de personas. Solo que el nihilismo es capaz de digerir con absoluta facilidad una contradicción de ese género gracias a que la polarización está instalada como algo natural en la percepción de la gente.

En septiembre de 2025, la ministra de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones, Elma Saiz, mantuvo una conversación con el premio nobel de Economía 2021, David Card, para echar por tierra un supuesto ultra, afirmando que “la llegada de inmigrantes no tiene efectos negativos significativos sobre los salarios ni el empleo de los trabajadores locales con baja cualificación”. Conclusión a la que Card llegó a través de 40 años de estudios sobre casos concretos. Como la llegada de 100.000 personas procedentes de Cuba a Florida en 1980, constatando que “un aumento drástico de inmigrantes no afectó negativamente a los salarios ni a las tasas de desempleo locales, ni siquiera para los trabajadores de menores ingresos”. En un estudio realizado junto a Giovanni Peri, David Card demostró que “los inmigrantes tienden a ocupar puestos complementarios a los de los trabajadores nativos, en lugar de competir directamente por los mismos empleos”. En una investigación llevada a cabo junto a Ian Preston y Christian Dustmann, Card demostró que las actitudes hacia la inmigración están más influenciadas por factores culturales y sociales que por impactos económicos reales que pueda tener sobre el mercado laboral o los salarios. “Cabría decir que cuando el mercado laboral es fuerte, la población es más receptiva a la llegada de migrantes. Y cuando no es así, es porque intervienen factores de otra naturaleza que alteran ese comportamiento”.

En una entrevista realizada por Amparo Estrada en 2023, el premio nobel de Economía 2019 Abhijit Banerjee declaraba:

No hay mucha evidencia de que la inmigración sea a niveles muy altos. De hecho, la evidencia habitual que los economistas han

encontrado es que incluso cuando la diferencia salarial es enorme y se produce dentro del mismo país, la gente no emigra. Ahora bien, hay lugares donde la gente abandona su hogar y huye por razones graves: una guerra civil, una sequía tan masiva que la gente se muere de hambre. Pero no se puede decir que tengamos una avalancha de inmigrantes de ninguna parte porque no es cierto. Entonces, ¿por qué está en el debate político? Porque hay gente que piensa que los inmigrantes van a venir a quitarle el trabajo o se van a aprovechar del sistema de bienestar de los países occidentales. En realidad, en casi todos los países, los inmigrantes son contribuyentes netos porque son jóvenes, trabajan y pagan. Europa y España necesitan gente en edad de trabajar. La mayor parte de la inmigración es la integración familiar: traen a su hermano o a su hermana y hacen trabajos mal pagados o limpian las casas de la gente.

Creo que hay que poner controles al número de migrantes. Es importante que no se vea a los inmigrantes viviendo en la calle, porque entonces la gente se sentirá amenazada. Así que lo que queremos es que los flujos de inmigración se ajusten a la disponibilidad de vivienda. Tiene que haber alguna política al respecto y que sea transparente. Precisamente el hecho de que nadie quiera reconocer la necesidad de la inmigración en países como España significa que en realidad no se tiene una política clara sobre qué hacer con ellos porque es políticamente venenoso hablar de ello y se mira hacia otro lado. Pero, de hecho, sería mucho mejor si hubiera una política clara en la que hubiera un límite en el número de personas que pueden venir y luego asegurarte de que tienen lugares donde alojarse, escuelas a las que ir… Y creo que ahora mismo estamos en el mundo del “no preguntes, no digas”.

Abhijit Banerjee se mostraba cuando menos escéptico respecto a la posibilidad de que las sociedades abiertas pudiesen asumir una política basada en la franqueza que supondría precisar cuántos inmigrantes quieren o están dispuestas a aceptar. Imaginemos a Francia, en plena crisis de la V República, señalando su interés o su disposición a acoger 150.000 migrantes al año, por emplear la cantidad manejada por el demógrafo Le Bras para descartar el gran

reemplazo. O a la España de la polarización discutiendo sobre la tasa que necesitaría o le correspondería recibir al Estado de las autonomías. El compromiso a adquirir se parecería tanto a una distopía que los polos opuestos preferirían simular uno que no quiere ni a un solo inmigrante atravesar la frontera, y el otro proclamar desde el extremo contrario su deseo de que vengan todos los inmigrantes que quieran entrar en España. El eslogan del "no preguntes, no digas" es propicio al populismo y a la demagogia. Al populismo que genera temor frente a los otros y la demagogia que disfraza de utopía sacudirse la responsabilidad ante el invierno demográfico. Piénsese únicamente que en un país incapaz de establecer una política unitaria y mínimamente eficaz ante la demanda de vivienda por parte de los actuales nacionales se añadiera la incógnita de la oferta habitacional necesaria para acoger un número preciso de inmigrantes. La España institucional colapsaría tan solo en el intento de arriesgar un cálculo.

Esas son las condiciones que abonan el nihilismo. La posibilidad tan apreciada por parte de la extrema derecha de confundirlo todo y a todos. Siempre con la inestimable ayuda de una izquierda huidiza respecto al principio de realidad. Aficionada a reducir los desafíos a una mera cuestión semántica, como la de hablar de migración y no de inmigración, o la de negarse a tratarlo como problema como si con ello se solucionase, o matizando a cada paso que no debe decirse "inmigración ilegal" sino "irregular".

En una entrevista de David Guadilla en el periódico El Correo, Zakariae Cheddadi, doctor en Sociología por la Universidad del País Vasco, declaraba en septiembre de 2025:

Que la izquierda diga que no hay problemas con la inmigración da munición a la extrema derecha. […] Lo que tengo claro es que se tiene que renovar el discurso político. Tanto por parte de la derecha como de la izquierda. Para hallar soluciones, flaco favor hacen tanto las posiciones implacables como las impecables. […] La política migratoria o de integración no se puede dejar que vaya sin más, que las cosas fluyan como hasta ahora sin tomar decisiones. Porque eso permite que haya partidos que lo conviertan en un problema político. […] Vox está siendo bastante inteligente y

aprovecha que PSOE y PP no tienen una política migratoria clara. Más allá de la idea de que la inmigración tiene que estar orientada al mercado de laboral. Ya, ¿pero qué hacemos con la convivencia?

Hacer circular la especie de que la inmigración trastoca gravemente los equilibrios que precisa el mercado laboral en cuanto a salarios y puestos de trabajo cuadra con el compromiso programático de Vox. "Garantizaremos una inmigración legal, ordenada y adaptada a las necesidades y posibilidades de nuestro mercado laboral para asegurar el empleo de los españoles y de los inmigrantes que, llegando legalmente, aportan su esfuerzo y respetan nuestro modo de vida". El abascalismo da por supuesto que ha de existir una cifra concreta de inmigrantes que responda cuantitativa y cualitativamente a la bolsa de trabajo que España está en condiciones de ofertar. Es una idea compartida, de una u otra manera, por el resto del arco parlamentario y por la opinión pública. Pero nadie ha avanzado un método para realizar ese cálculo. Tampoco Vox. Mientras tanto, la especie que presenta la inmigración como una amenaza para los sueldos y los puestos de trabajo de los nacionales pervierte la cuestión porque insta a demostrar algo que forma parte de la experiencia de todos los españoles, que, excepciones aparte, los inmigrantes tienden a asumir tareas laborales que los autóctonos desdeñan a cambio de remuneraciones que, en última instancia, abonan estos. Demostración que tiende a cosificar al inmigrante como pieza de reemplazo del mecanismo económico. Puede establecerse el consenso sobre la idoneidad de la contratación en origen, de la formación profesional en origen, de la localización geopolítica de ese "ejército de reserva", pero al hacerlo se cierra también la puerta al inmigrante que pretenda, simplemente, abrirse camino.

Es por otra parte elocuente que Vox no aborde el problema de la economía sumergida a la que, inexorablemente, es conducida la inmigración irregular y también la regularizada, en contraste con su propósito de impedir la evasión tecnológica y la elusión de las grandes multinacionales. Hoy a la extrema derecha española le resultaría impopular patrocinar la persecución de los irregulares al modo en que lo está promoviendo Donald Trump mediante órdenes

ejecutivas con las que las fuerzas armadas irrumpen en ciudades y Estados gobernados por responsables del Partido Demócrata.

En el Barómetro del CIS correspondiente a septiembre de 2025, la inmigración aparece en segundo lugar al responder a la pregunta sobre "el principal problema que existe actualmente en España", detrás de "la vivienda" y seguida de "los problemas relacionados con la calidad del empleo", "el mal comportamiento de los/las políticos/as", "los problemas políticos en general" y "la crisis económica, los problemas de índole económica". Aunque ante la pregunta de "cuál es el problema que a usted, personalmente, le afecta más", la inmigración desciende al quinto lugar, detrás de "la crisis económica, los problemas de índole económica", "la vivienda", "la sanidad" y "los problemas relacionados con la calidad del empleo", seguida de "los problemas relacionados con la juventud. Falta de apoyo y oportunidades de los/las jóvenes", "el paro" y "la inseguridad ciudadana".

El verano de 2025 hizo que la inmigración escalase varios puestos entre los problemas que los encuestados por el CIS situaban como "principales" para España por una parte y para sí mismos por la otra. La brutal agresión contra un vecino de 68 años de la localidad murciana de Torre Pacheco el 9 de julio desencadenó una "caza del inmigrante" durante las jornadas siguientes por parte de grupos ultras, con la aquiescencia de Vox. La moción del único concejal de Vox en el Ayuntamiento de Jumilla (Murcia) para impedir la celebración de ceremonias y fiestas islámicas en instalaciones públicas desató una espiral de despropósitos que a mediados de agosto volvió a poner la convivencia con la inmigración magrebí en el primer plano de la actualidad informativa. La diatriba partidaria e institucional sobre la distribución territorial de los menores no acompañados hacinados en Canarias actuó como telón de fondo. A lo que se añadían las noticias en auge sobre las perspectivas electorales al alza de la formación xenófoba Aliança Catalana de Sílvia Orriols.

A diferencia de muchos de los otros problemas que consignan los barómetros del CIS, el de la inmigración es fácil de identificar y salta a la primera plana en cuanto media un conflicto, un posible delito o un fatal accidente. Que los españoles situemos la

inmigración como uno de los dos principales problemas que, a nuestro entender, afronta el país no prejuzga cuál es la actitud de los encuestados ante la misma. Aunque, como ocurre con muchos otros problemas, la inquietud se atenúa al situarla en primera persona. La inmigración ocupó la agenda internacional también en el verano de 2025. La Europa de la extrema derecha y los Estados Unidos de Trump se encargaron de ello. Es lógico que los españoles interioricen la cuestión como lugar común de la conversación.

En la entrevista de El Correo citada, el periodista David Guadilla preguntaba al sociólogo marroquí de nacimiento, criado en Bilbao:

—Se alude al miedo de parte de la sociedad, a gente que ve cómo sus barrios de toda la vida cambian ante la llegada de personas con otras culturas, religiones…

—Sí, pero hay que ser humildes y reconocer que eso no tiene que ser islamofobia o racismo. Cualquier persona prefiere vivir con algo que le es familiar, culturalmente conocido. Que la gente tenga una cierta preocupación al ver que la sociedad está cambiando es normal. El problema es cuando vamos de superiores y queremos etiquetar siempre esos recelos como algo negativo, porque eso provoca un desamparo social en esas personas que ven que las cosas están cambiando. Las instituciones tienen que darles un respaldo, aunque sea moral, porque, si no, es munición para la extrema derecha.

—A eso se añade la vinculación que se hace entre inmigración y delincuencia, apuntando a colectivos muy determinados.

—Sí, a los menores no acompañados. La percepción social cuenta y es muy importante. España es uno de los países más seguros del mundo, pero la sensación entre la gente es otra. Hay que hacer pedagogía política. Ese discurso de que los menores roban, se llevan las ayudas ha calado. La mayoría de esos jóvenes vienen a trabajar, a ganarse la vida, pero la gente en la calle observa también ciertos comportamientos que no se alinean con lo que dice la izquierda sino con lo que dice la extrema derecha. Si los políticos no combaten lo que no funciona, todo se convierte en generalización y

en una percepción social negativa.

En la calle podemos observar conductas por parte de personas que identificamos como inmigrantes que nos atemorizan o nos ponen alerta. No entendemos a los que hablan en árabe o en bereber, y puede incomodarnos que lo hagan en voz alta y hasta a gritos. Podemos interpretar que su actitud se vuelve desafiante cuando van en grupo o cuando deambulan de forma distinta a como lo hacemos los lugareños. Puede inquietarnos el vigor que muestran en su juventud. O evitar pasadizos y rincones especialmente a ciertas horas, sobre todo si somos mujeres o tenemos cierta edad. Podemos ver que la policía les para solicitando documentación y formulándoles preguntas, cuando no lo hace con los demás viandantes. Que hay patrullas policiales apostadas en los lugares a los que son asiduos. Incluso nos puede sorprender que quienes parecen menores no acompañados de aspecto magrebí o han podido dejar de serlo hace poco no se relacionen con familias o personas adultas que aparentan ser del mismo origen, y viceversa. Mayoritariamente nos comportamos como integrantes de la iberosfera a la que se aferra el abascalismo, porque hacemos distingos con aquellos que identificamos procedentes de Latinoamérica. Los prejuicios y los temores ocupan el espacio que debiera corresponder a la convivencia.

Es el terreno abonado para que la extrema derecha cultive a placer el supuesto demoledor de la intrínseca vinculación entre inmigración y delincuencia, entre inmigración e inseguridad. El supuesto de que cuando un inmigrante delinque lo hace porque es inmigrante. Junto al supuesto de que cuantos más inmigrantes haya entre nosotros mayores serán las tasas de delincuencia. La izquierda y organizaciones dedicadas a la integración de los recién llegados incurren en un error garrafal cuando se empeñan en negar una evidencia a partir de la cual cabe pensar en integración y convivencia. El porcentaje de inmigrantes que han cometido delitos es, respecto al total de inmigrantes, mayor que entre los nacionales. Es una verdad irrefutable que no puede dejarse a merced de la extrema derecha. La explicación no se encuentra en el código postal de origen, sino en el hecho de que las tasas de pobreza, de exclusión

y de hacinamiento habitacional que soportan son infinitamente mayores que las que soportan los nacionales. Constituyendo además un grupo de población mucho más joven y con una proporción mayor de varones. Aunque concurran también factores de orden cultural y otros derivados del síndrome de Ulises, del estado anímico en situaciones extremas o de la falta de autonomía personal. La percepción diferenciada de la propiedad privada, la naturalización del propio delito y un machismo posesivo-agresivo.

Prosigue la entrevista:

—Se ha creado un discurso en el que nadie quiere a esos menores, y eso tampoco ayuda a su integración. Eso hace que vayan con el freno de mano a la hora de relacionarse con la gente de aquí, lo hacen solo con los de sus países y eso se convierte en un círculo vicioso.

—¿Y cómo se rompe?

—Abordándolo desde todos los frentes. Con políticas más punitivas para los reincidentes, con políticas de acogida… La media de los jóvenes que viene ronda los 15-16 años. Y con solo un par de años no puedes trabajar un itinerario de integración tan grande como el que necesita una persona que acaba de llegar aquí sin nada, sin una red social. Y aunque las diputaciones siguen colaborando hasta que tienen 21 años, eso no es suficiente. Hay que tener en cuenta que un porcentaje es gente que viene maleada de sus países, que ha vivido en la calle, en una situación de alta precariedad.

—Hablaba antes de los deberes que también tienen que hacer los inmigrantes.

—Por lo menos cumplir las leyes, que, por otra parte, es lo que hace la mayoría. Hay un reto pendiente por parte de un sector minoritario de los inmigrantes, que es seguir avanzando en ese reto de la integración, cultural, social… Creo que cuanto más te centres en tu grupo de origen hace un flaco favor a la percepción social que se construye por parte de la sociedad y la opinión pública. Si no te relacionas o no colaboras, das alas a que crezcan los prejuicios…

—¿Cuál es el mayor desafío al abordar la cuestión migratoria?

—Los inmigrantes de segunda generación, ese es el mayor desafío que hay. Es gente de origen musulmán, cuyos orígenes están en otros países pero que se han socializado aquí. Tienen mayores dificultades a la hora de construir su identidad porque no encuentran aceptación por parte de la sociedad occidental, pero tampoco comprensión en los países de sus padres porque para ellos es una cultura foránea.

La integración es una cuestión de expectativas y guarda especial relación con la reagrupación familiar para el conjunto de los inmigrantes y con el acceso a la nacionalidad. Son también las palancas con las que las posiciones más reacias a la inmigración en Europa tratan de contener los flujos. Palancas a las que tratan de recurrir especialmente las extremas derechas. En el caso de Vox, su propósito es “resignificar la condición de ser español y ampliar los supuestos de pérdida de la nacionalidad”. “La adquisición de la nacionalidad debe estar sometida en cualquier caso a una integración real y comprobable, a una ausencia total de antecedentes penales y a un perfecto conocimiento del español”. “Revisaremos el derecho a la nacionalidad vinculada únicamente al hecho de haber nacido en territorio nacional. La concesión de la nacionalidad debe ser fruto del esfuerzo por integrarse en nuestra nación y las personas que logren adquirirla deben poder sentirse orgullosas”. Lo que invita a pensar en que, en caso de alcanzar el Gobierno de España, el abascalismo procedería a convertir el acceso a la nacionalidad en una carrera de obstáculos para aquellas personas que no procedan de otros países de la iberosfera.

Sin embargo, Vox no ha formalizado hasta la fecha una posición contraria a la reagrupación familiar en España. Posiblemente porque esta afecta muy especialmente a la inmigración procedente del otro lado del Atlántico, que puede convertirse además en un flujo aún mayor gracias, paradójicamente, a la política radical aplicada por Donald Trump en Estados Unidos. Restar expectativas a los inmigrantes es la mejor manera de acabar con el efecto llamada del que la extrema derecha culpa a la ingenuidad antipatriótica e irresponsable del resto de las fuerzas

parlamentarias. Sin duda porque, con excepción de la iberosfera, el abascalismo prefiere enfrentarse a corrientes migratorias de paso hacia otros países europeos e incluso de vuelta a sus lugares de origen que procurar la integración siquiera de una mano de obra útil.

Para Abascal, la invasión migratoria no solo pone en riesgo la identidad nacional española de cuyas esencias se declara guardián. No solo afecta a la seguridad de los españoles por la alta tasa de criminalidad que importa. Además, representa una amenaza para la seguridad de España:

Impulsaremos un bloqueo naval que proteja nuestras costas de la llegada masiva de inmigrantes ilegales, evitando los trágicos naufragios de embarcaciones lanzadas al Mediterráneo por las políticas de fronteras abiertas y asegurando su devolución de manera inmediata a los puertos cercanos más seguros en los países de origen y tránsito.

Declararemos como situación de interés para la Seguridad Nacional la insoportable presión migratoria que se vive en Canarias, Ceuta y Melilla.

Exigencia ante la Unión Europea de creación de plataformas seguras de desembarco en territorios no europeos gestionados por la propia Unión para evaluar las solicitudes de asilo y reparto equitativo solo de los que tengan derecho en los 27 países miembros así como para la gestión eficaz del retorno de inmigrantes ilegales, supeditando los acuerdos de cooperación a la voluntad de repatriación de los estados de origen.

Impulsaremos junto a las regiones y ayuntamientos una red de alerta en tiempo real que ponga en conocimiento de las Fuerzas y Cuerpos de seguridad del Estado cualquier caso de inmigración ilegal en territorio nacional de la que tengan conocimiento las distintas administraciones.

Lucha sin cuartel contra todas las mafias, el terrorismo y la corrupción que amenazan nuestra seguridad y convivencia. Lucha

contra la degradación sin permitir la existencia de enclaves de ilegalidad. Lucha contra las pandillas y bandas callejeras, el tráfico de drogas y la pequeña delincuencia.

El Informe Anual de Monitorización del Discurso de Odio en Redes Sociales 2024, publicado por el Observatorio Español del Racismo y la Xenofobia (OBERAXE), concluyó que una proporción significativa de los mensajes hostiles persisten al margen de cualquier suceso concreto. Continuidad que pondría en evidencia una base sólida de racismo, xenofobia, islamofobia, antigitanismo y antisemitismo, que encontraría en las redes sociales un espacio para su reproducción y normalización. Según ese informe, durante 2024 se notificaron un total de 2.870 contenidos de odio y las plataformas digitales retiraron un 35% de los mensajes que se reportaron. Predominaron los mensajes hostiles dirigidos a las personas del norte de África (35%), seguidas de las personas afrodescendientes (24%), inmigrantes (21%) y personas musulmanas (20%). Destacando también la hostilidad hacia niños, niñas y adolescentes no acompañados (5%). El episodio prototípico más frecuente fue el que asocia la inmigración con la inseguridad ciudadana, presente en el 34% de los casos. El informe mostraba cómo se instrumentalizan episodios concretos como el asesinato en Mocejón o la DANA en Valencia, aprovechándolas para alimentar el discurso de odio y criminalizar a las personas migrantes o de origen extranjero. Prevalecieron las comunicaciones que deshumanizaban o degradaban gravemente a las personas a las que iban dirigidas (39%), incitaban a la violencia (29%) y a la expulsión de las personas inmigrantes (15%).

El Informe sobre la Evolución de los Delitos e Incidentes de Odio en España (2024), responsabilidad del Ministerio del Interior, informaba de que ese año se habían investigado 1.955 infracciones penales e incidentes en España, lo que supuso una reducción del 13,8% respecto a 2023. Destacaron, con 804 hechos, los delitos de odio por racismo y xenofobia. En cuanto a la variación interanual, aumentaron especialmente los casos de antisemitismo (en un 60,9%) y la aporofobia (en un 33,3%), mientras que los relacionados con la ideología y el antigitanismo descendieron un

58,2% y un 51,3% respectivamente.

En Los orígenes del totalitarismo, Hannah Arendt se refiere a la universalidad del racismo:

Si el pensamiento racial fuera una invención alemana, como se ha afirmado a veces, entonces “el pensamiento alemán” (sea esto lo que fuere) resultó victorioso en muchas partes del mundo espiritual largo tiempo antes de que los nazis comenzaran su fatídico intento de conquistar el mundo. El hitlerismo ejerció su atracción internacional e intereuropea durante la década de los años treinta, porque el racismo, aunque solo en Alemania era doctrina estatal, había sido una poderosa tendencia en la opinión pública en todas partes. La máquina política y bélica nazi se puso en movimiento mucho antes de que en 1939 los tanques alemanes comenzaran su marcha de destrucción, dado que —en la guerra política— el racismo era considerado un aliado más poderoso que cualquier agente pagado o cualquier organización secreta de quintacolumnistas. Fortalecidos por las experiencias de casi dos décadas en diferentes capitales, los nazis estaban seguros de que su mejor “propaganda” sería su misma política racial, de la que, pese a la ruptura de muchos otros compromisos y promesas, jamás se desviaron por oportunismo. El racismo no era ni un arma nueva ni un arma secreta, aunque jamás se había utilizado antes con tan cabal coherencia.

Cambiemos el término racismo por el término xenofobia. El primero sería más ofensivo —va ligado sobre todo al expansionismo imperialista— y el segundo más defensivo —se asocia mejor al rechazo a la inmigración—. La xenofobia es también universal y no necesita ser difundida deliberadamente para que cunda en cualquier sociedad. Solo que la existencia de actores interesados en hacer de la identidad propia un bien a proteger frente a los foráneos o recién llegados —aunque sea hace tres generaciones— confiere a tan primaria emoción un carácter estratégico y un potencial contaminante verdaderamente grave.

En La vida emocional del populismo, libro escrito antes del 7 de octubre de 2023, la socióloga Eva Illouz narra los acontecimientos y describe las corrientes políticas, ideológicas y religiosas que han acabado confluyendo en la larga etapa de Benjamin Netanyahu al frente del Gobierno de Israel. Lo hace en torno a cuatro emociones: el miedo, el asco, el resentimiento y el amor con los que el caso israelí proyectaría luz sobre lo que ocurre con el populismo nacionalista en cualquier otra parte del mundo. Del miedo habla uno de sus entrevistados, Nadav Weiman, que había sido francotirador en una unidad de élite del ejército hebreo entre 2005 y 2008:

Entonces llegas a los Territorios Ocupados, de repente estás fuera de la base. Eres un soldado armado y, de repente, todos los palestinos que ves te miran con miedo y odio. Me tienen un miedo terrible porque soy un soldado, y en un segundo la situación puede estallar y yo puedo hacer lo que quiero —violencia o detenciones o no sé qué—, pero también me odian porque soy un soldado de ocupación. Tardé unas semanas en darme cuenta, pero de golpe sientes que todo el mundo te mira así y tú también tienes miedo y odias a todo el mundo. Así que no es solo lo que nos enseñan o el lenguaje militar, es también la realidad en sí. Por mucho que intentara ser un buen soldado, o el soldado moral, el ocupante moral, la realidad era más fuerte que cualquier otra cosa. Aunque acariciara a todos los palestinos que teníamos con un guante de seda, todos seguirían mirándome con odio. Aunque lo sentara bien en la silla o lo atara no demasiado fuerte, seguiría siendo un soldado de ocupación. Yo venía de un hogar mapainik, del Partido Laborista, apoyo la solución de los dos Estados, pero aun así los palestinos intentan asesinarnos. Y sentía que hacía todo lo que podía, pero todos me odian, todos me temen. Esto significa que son mis enemigos, y punto". El miedo mutuo cincela la identidad nacional de los judíos y de los palestinos, frente a frente.

Escribe Eva Illouz:

La emoción de asco solo es comprensible en el contexto de un sistema cultural que define dónde está el límite entre la pureza y la polución. El asco concierne principalmente al cuerpo, lo que podemos tocar y lo que no, lo que podemos ingerir y lo que no, y a qué sustancias contaminan nuestro cuerpo y cuáles no. El asco es clave para muchas religiones porque la categorización de las sustancias es crucial para su estructura simbólica. También tiene una función social, a saber, hace cumplir las jerarquías sociales arraigadas en la distinción entre entidades puras e impuras. El asco expresa separación para mantener el orden simbólico: es la emoción que aborrece la mezcla.

Illouz recurre a los clásicos para tratar de resentimiento. “Es probable que el resentimiento siempre haya estado presente en las sociedades organizadas; Aristóteles lo menciona en su Política. Para Aristóteles, aunque los líderes dirijan con justicia, de todos modos pueden acabar generando resentimiento. El resentimiento es una reacción airada tanto a la desigualdad como al liderazgo e incluso a la excelencia. Una de las preguntas más insistentes que plantea esta emoción es en qué medida es expresión de una exigencia de justicia o una variante de la envidia mezquina. Søren Kierkegaard expresó esta ambivalencia en su mordaz observación de que el ressentiment (la palabra francesa era la que utilizaban los filósofos alemanes) es la emoción que quiere “nivelar”. El ressentiment no es per se una emoción democrática pero, como afirmaba Nietzsche, típicamente lo generan las democracias, porque es posible que lo sientan los miembros de grupos que experimentan inferioridad pero que suscriben una norma de igualdad y que son incapaces, por razones legales, físicas o normativas, de alcanzar la igualdad o de reparar o vengar su sentimiento de inferioridad.

De hecho, este era también el punto de vista ofrecido por Max Scheler en su libro El resentimiento de la moral, escrito en 1912:

El sentimiento de venganza, la envidia, el desprecio, el rencor, la Shadenfreude y la malicia solo entran en la formación del ressentiment allí donde no se producen ni una victoria moral (como

el perdón genuino en el caso de la venganza) ni un acto u otra expresión adecuada de emoción (como insultos o movimientos de los puños); y allí donde no se producen estos actos o expresiones porque una conciencia acentuada de la propia impotencia los refrena. Si quien tiene sed de venganza de verdad actúa y se venga, si quien está consumido por el odio daña a su enemigo, o si al menos le hace saber su opinión o simplemente lo critica frente a otros […], no caen en el ressentiment.

Para hablar del amor orgulloso a la nación, Eva Illouz entrevista a Eliya, "una joven colona muy locuaz que vive en Cisjordania, en los Territorios Ocupados. Es una derechista declarada, pero también podría haber sido una figura modelo de los pioneros del sionismo temprano":

Aquí todo es muy emocional y muy acalorado, e intenté entender por qué. Es un poco gracioso porque en verdad estamos todos conectados de alguna manera, en este país, alguien es amigo de tu primo, de alguna manera estamos todos conectados y todos nos conocemos. Y en este lugar, al ser tan pequeño e íntimo, siento que somos una familia y quizá por eso nuestras peleas son tan profundas y emocionales. Creo que se debe también a que me crie en la tradición judía, pero creemos firmemente en el pueblo único, entero y especial de Israel, y en que tenemos que recordar que siempre y desde el principio de la historia, siempre que hubo peleas la historia nos llevó a un mal lugar. Ahora es parte de lo que me duele, porque parece una pelea sostenida entre personas que conviven en un lugar pequeño, en un lugar que es muy sensible para todos, y el objetivo, que estoy segura es el mismo objetivo [para todos], es mantener a salvo el país. Puede haber discusiones y roces, pero al fin y al cabo tenemos un interés común. Cuando miro al resto del mundo, por lo que sé, puede que me equivoque un poco, en el resto del mundo no es lo mismo. Para un estadounidense que vive en Nueva York, el gran Estados Unidos es algo más abstracto que el Estado de Israel para alguien que vive en Kfar Saba.

El miedo a los palestinos que el sistema llamó siempre árabes, el asco hacia esos mismos, el resentimiento que una derecha gobernante cada vez más a la derecha mantiene respecto a la izquierda que gobernó el primer Israel y el amor a una nación en la que no existe la nacionalidad israelí sino la judía conforman una realidad que nos resulta inalcanzable. Como la presencia de los ministros Bezalel Smotrich e Itamar Ben Gvir, responsables de Finanzas y de Seguridad Nacional respectivamente, para los que la idea misma de derecha radical se queda diminuta. La inmigración genera un miedo que los ultras cultivan y explotan para adueñarse de la voluntad de un número suficiente de ciudadanos como para condicionar el rumbo del país. Un miedo que acaba formando parte de la identidad que se pretende rescatar. La inmigración genera un asco con el que la nación puede mantenerse a distancia de los foráneos para evitar impurezas. No es otro que el asco que produce la pobreza extrema. El resentimiento hacia quienes dejaron la puerta abierta a la inmigración, a otras tradiciones, a lo woke, a otras identidades, para cimentar con él la nación. El amor orgulloso hacia esa nación que se dice grande pero que Vox trata de empequeñecer para colonizarla.

El historiador y demógrafo Emmanuel Todd escribió en su El destino de los inmigrantes, de 1994:

Entre 1965 y 1989, el elogio de la diferencia por parte de los dirigentes ideológicos y políticos no ha detenido, ni siquiera frenado, la marcha de la asimilación. Sin embargo, ha agravado los sufrimientos de las dos poblaciones concernidas, la de los inmigrantes y la del medio receptor. Al renunciar a presentar la adhesión a la cultura francesa como el objetivo a alcanzar por los hijos de los inmigrantes, las elites han favorecido que en los medios populares se desarrolle un estado de inseguridad, que les impide autopercibirse como los generosos dispensadores de una cultura abierta a todos, pero con un valor intrínseco indiscutible. No es necesario ir más lejos para encontrar la razón última y real de la aparición del Front National, cuyo electorado se recluta preferentemente en las regiones de temperamento igualitario y universalista.

Otro demógrafo, Hervé Le Bras, ha declarado más recientemente que la inmigración es para la extrema derecha lo que la raza fue para el nazismo y el proletariado para el comunismo. Pero que, sin embargo, la extrema derecha logra más votos allá donde menos inmigración hay. Que es eso lo que ocurre en Francia, en Alemania, en Suiza y también en Estados Unidos. El próximo ciclo electoral dirá si ocurre lo mismo con Vox y con Aliança Catalana.

DERECHA

El paulatino ascenso de la extrema derecha en las democracias liberales viene interpelando de manera creciente a las formaciones conservadoras tradicionales. En unos casos porque los grupos ultra han ido desgajándose en parte de esa misma matriz, como puede ser el caso de Vox. En todos ellos porque necesitan dirigirse a sus votantes, dado que el espacio electoral es finito, pero también porque los temas de la agenda extremista coinciden con las preocupaciones que maneja la derecha, como en el caso español puede ser la integridad territorial frente a las tensiones centrífugas de independentistas y nacionalistas en general, y a nivel global la inmigración. Esa interpelación llegó a mostrarse muy explícita, provocadora y hasta hiriente durante el tiempo en el que Vox trató de abrirse paso en la escena pública calificando al Partido Popular de "derechita cobarde". Calificativo que desapareció tras las elecciones autonómicas y locales de 2023 junto a la formalización de alianzas entre Vox y el PP.

El 22 de octubre de 2020, durante el debate de la moción de censura presentada por Vox contra Pedro Sánchez, el entonces líder del PP, Pablo Casado, expuso las razones de su negativa a apoyarla con una contundencia desconocida hasta entonces en las críticas populares a la extrema derecha de Santiago Abascal que tampoco volvería a repetirse en adelante. Comenzó su alocución con una cita de Antonio Cánovas del Castillo: "Lo que no es posible es falso". Casado quiso establecer un abismo de separación entre el PP y Vox, aunque los hechos posteriores demostrarían que su partido no estaba en condiciones de asimilar tan drástica ruptura. "No somos como ustedes. Somos la España tranquila. No vamos a ser sus rehenes". "Usted pasará, pero el PP seguirá aquí, construyendo un país mejor para todos", se dirigió a Santiago Abascal, tildándole de "cabalgar un ejército de troles en las redes sociales, a lomos de Steve Bannon", quien fuera asesor áulico de Donald Trump en su primera carrera hacia la Casa Blanca. Casado vindicó el derecho de cada cual a rezar al dios que quiera, de amar a la persona que quiera, de hablar en la lengua que quiera, levantando una barrera entre ambos partidos que por un momento pareció infranqueable.

Lo hizo dando por hecho que en su mayoría los votantes de Vox —hacia los que expresaba su "respeto"— lo habían sido con anterioridad del PP, y que cambiaron de opción por desencanto. Apunte que ha desaparecido del relato popular, entre otros motivos porque hoy sería una señal de debilidad. Insistió en reclamar para sí el papel de líder de la oposición, denostando la "polarización" representada entre Abascal y el presidente que pretendía censurar, hasta afirmar que "Vox es el seguro de vida de Sánchez para seguir en la Moncloa". "Vox es parte del bloque de la ruptura, junto a Sánchez e Iglesias". Reprochando además a la extrema derecha que su obstinación en presentarse por circunscripciones en las que no podía obtener diputado alguno había concedido a Sánchez una posición de ventaja en las generales de 2019.

Efectivamente, el Partido Popular necesitaba convencerse a sí mismo de que el fenómeno Vox era o podía ser pasajero. Una actitud que ha sido común a las formaciones conservadoras del resto de Europa hasta que han tenido que cambiar tal hipótesis por la práctica certeza de que la extrema derecha ha venido para quedarse por lo menos durante un tiempo prolongado, e incluso por la preocupación de que pueda acabar achicando el espacio liberal. Por eso el discurso de Pablo Casado ante una moción de censura presentada por Vox en plena pandemia fue orillado, como lo fue su presencia al frente del Partido Popular.

La mera existencia de la extrema derecha limita sobremanera las posibilidades de crecimiento electoral del PP, mientras la demoscopia apunta a que la suma con Vox podría alcanzar la mayoría absoluta del Congreso en una próxima cita con las urnas; eventualidad que impide al PP volver a establecer una distancia ideológica y política excesiva respecto a Vox, más allá del necesario intercambio de reproches entre formaciones que se disputan parte de un espacio social imposible de seccionar en medio de la polarización. La posibilidad de que los populares accedan al Gobierno de España con el apoyo parlamentario de Vox pero sin que este partido asuma responsabilidades institucionales ejecutivas parece, por otra parte, azarosa. Aunque lo es más que el PP pudiera llegar a gobernar en solitario gracias a la aquiescencia socialista, con pactos o compromisos de estado de por medio.

La aparición de Vox ha supuesto la recomposición inacabada de un espacio político que se había mantenido unido en España desde la propia fundación del PP en 1989 hasta la del partido de Abascal en 2013. Desde un punto de vista histórico, cabe inferir que la excepción fue la integración de todo el centro-derecha de vocación españolista en un solo partido y no la aparición de una sigla desde su extremo. También por eso se mantiene la incógnita sobre qué camino seguirá la recomposición iniciada con la aparición de Vox. Superada la etapa voluntarista en la que la extrema derecha española quiso mostrarse decidida a suplantar al PP, el supuesto de una derechización de este no es una mera conjetura. Tampoco lo es que tanto la posición relativa del PP en el arco parlamentario de cada comunidad autónoma como el ánimo ideológico y político de cada una de sus organizaciones territoriales den lugar a actitudes y relaciones muy diversas dentro del partido que preside Alberto Núñez Feijóo respecto a la extrema derecha de Vox. Lo que a su vez podría derivar en distintos vínculos entre ambas realidades.

El abanico de esos vínculos posibles iría desde una convergencia entre ambas formaciones, o entre una parte de Vox con el PP o viceversa, hasta la recuperación del discurso de Pablo Casado y el distanciamiento definitivo, pasando por la eventualidad de una "geometría variable" de acuerdos de gobierno en unas instituciones, de gobernabilidad en otras y más puntuales en las demás. A lo que habría que añadir la conformación de una suerte de federación entre ambas semejante a la que en su día mantuvieron Convergència Democràtica de Catalunya y Unió Democràtica.

En su libro Los años peligrosos, Ramón González Férriz cuenta cómo Vox fue en parte resultado de la impasibilidad con la que Mariano Rajoy dirigió el PP y el Gobierno:

En un movimiento inverso al de la exportación del 15-M a Estados Unidos, en España, en 2013, con la fundación de Vox, se importaron algunos de los rasgos que había adoptado el Partido Republicano más receptivo al Tea Party. El nacimiento de la nueva formación respondía a cuestiones nacionales y a un conflicto entre las élites del Partido Popular. Algunos miembros del PP pensaban que, tras asumir el poder en 2011, Mariano Rajoy estaba siguiendo

una línea muy moderada pese a disponer de mayoría absoluta en el Congreso de los Diputados. El presidente había incumplido sus promesas económicas y había subido los impuestos para contener el enorme déficit de las cuentas públicas. Eso fue un golpe para quienes creían que la bajada de impuestos era la salida lógica de la crisis, y la que adoptaría un partido conservador. Algo parecido sucedió con cuestiones de carácter moral, como el aborto o el matrimonio homosexual, ante los cuales Rajoy optó por una posición ambigua a la espera de que el Tribunal Constitucional resolviera la constitucionalidad de las leyes aprobadas por el anterior Ejecutivo. Además, en 2012 se había iniciado en Cataluña el proceso independentista. Aunque Rajoy y su Gobierno adoptaron una retórica dura contra el separatismo, parecieron dar por sentado que el tiempo demostraría que se trataba de un propósito inviable y que la acción de los tribunales y de las propias leyes sería suficiente para contenerlo, cosa que molestó a una parte del partido, que esperaba políticas más contundentes.

El desencanto entre los populares no dio lugar, claro está, a una escisión propiamente dicha ni a un desgajamiento automático del voto al PP. Todo lo contrario, Santiago Abascal abandonó el partido en el que había militado desde muy joven y por el que había ocupado distintos cargos públicos cuando ya se había formalizado la constitución de Vox. Y lo hizo sin que lo acompañase la gente que había coincido con él en Nuevas Generaciones o en el País Vasco. Pero el escepticismo se adueñó del ánimo de demasiados afiliados al PP y de sus votantes debilitando la capacidad de reacción de la formación heredada de José María Aznar ante la aparición de una sigla a su derecha que al principio parecía insignificante y fugaz. La moción de censura presentada por José Luis Ábalos contra Mariano Rajoy en 2018, con la propuesta constructiva de que Pedro Sánchez accediera a la presidencia del Gobierno, fue tramitada seis años después de la eclosión secesionista en Cataluña, siete más tarde de que el PP obtuviera de nuevo una mayoría absoluta y cinco años tras el registro de Vox como partido. Pero otra vez la proverbial impasibilidad de Rajoy, literalmente ausente del pleno parlamentario, contribuyó al desencanto y a la división en el Partido Popular. Situación que

pareció superarse con las elecciones locales y autonómicas de 2023, pero que derivó en melancolía tras las generales de aquel mismo año. Para entonces Vox ya era alguien.

En el libro colectivo La sorpresa Vox, publicado en 2019, el sociólogo Narciso Michavila respondía a la pregunta "¿de dónde salen sus 400.000 votos?", refiriéndose a los obtenidos por la extrema derecha en las autonómicas andaluzas de diciembre de 2018:

Hemos detectado tres segmentos de votantes de Vox en función de la importancia que le conceden a cada factor: la ideología, la inmigración y el género. El segmento principal sería el ideológico, al que podríamos denominar el de la derecha sin complejos, como les gusta autodefinirse. El segundo tiene como principal motivación el freno a la inmigración ilegal, por lo que podría etiquetarse como stop inmigración. Y finalmente estaría el segmento al que podríamos calificar como antifeministas que han descubierto en Vox el contrapeso a unas medidas que consideran injustas. Si hubiera que dimensionar estos tres segmentos, podríamos decir que siete de cada diez pertenecen al grupo derecha sin complejos, otros dos al de stop inmigración y el otro al segmento antifeminista.

Y precisaba Michavila:

El principal segmento, derecha sin complejos, lo conforman votantes conservadores cuya motivación principal es la reivindicación de un modelo de Estado contrario a la España de las autonomías, a las que responsabilizan de la deriva independentista de Cataluña. No hay que olvidar que las elecciones de Andalucía son las primeras tras el referéndum ilegal del 1 de octubre de 2017.

En el mismo libro, Jorge Bustos respondía a la pregunta "¿cuál es la

razón de este cabreo?” con una aportación más valorativa:

Abascal proclama que Vox dice en público lo que los españoles se dicen en sus wasaps y así está vendiendo el atractivo secular de las verdades del barquero, las opiniones del cuñado, las certezas del tertuliano de puñetazo en el velador del café. Había una buena razón para mantener muchas de ellas en privado: la misma por la que los cuartos de baño no son transparentes. Exhibir la visceralidad desacomplejada rebaja la exigencia de la moral pública y legitima los discursos del odio en sociedades plurales. Claro que la sinceridad es una virtud; claro que la corrección política instaura una hipocresía opresiva; pero la solución para depurar el agua sucia del barreño no obliga a arrojar al niño que se baña en él. El niño es la convivencia, un bien siempre frágil, que requiere a menudo mentiras piadosas para desarrollarse sin resentimientos antes de que pueda aprender la compleja negociación de lo común y desaprender el tóxico narcisismo de la diferencia. […] Libertad es una palabra demasiado importante como para confundirla con la falta de educación. Por supuesto que la corrección política obliga a reprimir la autenticidad —nada más auténtico que el odio que nos nace hacia el diferente— y a conducirse con hipocresía por la vida pública. Pero el principio en el que se basa la hipocresía social es civilizatorio: no es posible convivir espetándole a todo el que se topa con nosotros lo que pensamos de él.

Por su parte, José Ignacio Torreblanca respondía en 2019 a la pregunta “¿ha llegado Vox para quedarse?”:

Si lo más importante y central en toda propuesta de corte populista es la victimización, ¿qué mayor victimización hay que el ser víctima del intento de desgajar ilegal y unilateralmente una parte del territorio de la nación propia? La nación herida, indefensa, amenazada, humillada, es un elemento esencial y un imbatible catalizador. Así lo constata uno de los arquitectos intelectuales de Vox, Rafael Bardají, miembro del Comité Ejecutivo de esta

formación, cuando describe a Vox como “un partido ‘civilizacional’ que basa sus propuestas sobre una clara columna vertebral: la identidad española”. Para Vox, “el problema fundamental es que nuestra identidad como españoles y la nación que la soporta, están amenazados. Desde dentro y desde fuera. Por separatistas y por inmigrantes […]”. Que la crisis catalana, sumada al contexto europeo y global, haya logrado reactivar el nacionalismo español no nos debería sorprender. Las nuevas fuerzas políticas que surgen por doquier a raíz de la crisis de la democracia representativa son conscientes de que los vectores tradicionales de identificación (clase social e ideología) han dejado de funcionar como lo hacían en el pasado: como consecuencia, las fuerzas que introducen propuestas identitarias, sean de izquierdas o de derechas, tienen más posibilidades de éxito.

Efectivamente, Vox había llegado para quedarse. Su auge es, a la vez, causa y efecto de los límites que muestra la derecha tradicional representada por el Partido Popular. La desfachatez es su arma más poderosa, porque no es solo formal. Permite al abascalismo cambiar de ola sobre la tabla de la antipolítica. Pasar un tanto de la amenaza independentista en Cataluña —precisamente cuando surge con fuerza un independentismo más xenófobo que Vox— que tiende a enredarse en la vindicación de privilegios territoriales que por ahora no podrá administrar, para recorrer la geografía española enconando aquí y allí cuanta tensión surja en torno a la inmigración. Mientras el PP se muestra inerme ante el resentimiento de Vox. Limitándose a contrapuntear sus ocurrencias y provocaciones hasta un punto que la opinión publicada identifica con el seguidismo.

Se trata de una liza desigual, porque por su propia naturaleza Vox no necesita esforzarse lo más mínimo para colocar al PP en situaciones comprometidas, mientras que el partido en estos momentos de Núñez Feijóo se ve obligado a bracear sin descanso con el único propósito de no hundirse en las encuestas. De modo que todos los tópicos se vuelven ciertos. El de la pinza con la que sanchistas y abascalistas desconciertan a los populares varias veces cada día. El de la copia que resulta menos atractiva que el original.

El de la impasibilidad del rajoyismo que se habría apoderado de nuevo de Génova bajo el liderazgo intermitente de Feijóo. El de la baronesa de Madrid confrontándose mañana, mediodía y tarde con el presidente Sánchez para elevar su rango y contener a la extrema derecha. Mientras, Vox navega a favor de corriente no tanto porque el mundo se haya puesto a su medida, sino porque cada jornada está trufada de acontecimientos e incidencias propicias para al nihilismo que ahoga a la derecha tradicional.

Lo señala Josep Ramoneda en Poder y libertad:

El nihilismo es una categoría bifronte: por un lado, significa el fin de los valores, de los sistemas de valores, es decir, el fin de los límites; por el otro, significa la asunción de la pulsión destructiva como única lógica de salvación, matar por matar, la violencia purificadora. “En este comienzo de milenio”, escribía Claudio Magris en 1996, “muchas cosas dependerán de cómo nuestra civilización resuelva este dilema: combatir el nihilismo o llevarlo hasta las últimas consecuencias”. Esta crisis es la confirmación de la hipótesis nihilista. La pregunta es: ¿seguiremos por el camino del nihilismo que conduce inexorablemente al totalitarismo de la indiferencia, a la sociedad sin alma en el reino del dinero y de la muerte (del cual el despotismo asiático en China nos está dando un ejemplo insólito) o es una oportunidad para remontar, para combatir el nihilismo y retomar el camino de los límites, del reconocimiento del individuo y del respeto al otro?

El Partido Popular es víctima de la polarización que promueve o secunda, porque hay otras fuerzas que obtienen más rédito de la radicalización de posturas a las que conduce la espiral. Es víctima del pretendido tacticismo al que se reduce la acción política de los últimos años, que en realidad no merece ni tal consideración cuando se limita a sortear mensajes en redes, declaraciones y contradeclaraciones, gestos y enfados. Como es también víctima de decidir con sus pocas emociones a la espera de que otros —los comentaristas— echen mano de la razón para explicarlo. Los dos últimos congresos del PP fueron noticia por el interés mostrado por

sus dirigentes de soslayar un debate político de fondo, al considerarlo arriesgado y poco útil. Puede que tuviesen razón, pero fue un alarmante síntoma de debilidad. El ejercicio de la representación pública se ha convertido en una sucesión de frases que nutren una politique politicienne, que en castellano suena aún peor, 'una política politiquera'. De modo que, en este caso, la derecha de Estado en España no se siente concernida ante las manifestaciones de Ursula von der Leyen: "Ha llegado el momento de llamarlo por su nombre: esto es guerra híbrida, y Europa debe responder a Rusia". Las riñas domésticas acaparan su atención, también porque Vox está ahí para entretener a lo que calificaba como "derechita cobarde".

En Una teoría de la democracia compleja, Daniel Innerarity advierte:

Una opinión pública que no entienda la política y que no sea capaz de juzgarla puede ser fácilmente instrumentalizada o enviar señales equívocas al sistema político. Esta confusión explica buena parte de los comportamientos políticos regresivos: la simplificación populista, la inclinación al decisionismo autoritario o el consumo pasivo de una política mediáticamente escenificada. La política se convierte en un "diletantismo organizado", en la medida en que sus operaciones solo tienen un valor de entretenimiento, como lo pone de manifiesto, por ejemplo, el hecho de que discutamos más acerca de las personas que de los asuntos políticos o el creciente valor del escándalo en la política que sustituye al intercambio de argumentos.

Cada formación política establece vínculos particulares en su organización interna y en relación a sus potenciales votantes. No son necesariamente lazos deliberados, porque poco tienen que ver con lo que dictan los estatutos. La derecha tradicional tampoco es en este sentido la misma en todo el territorio nacional. Cuenta con redes más tupidas en unas comunidades autónomas que en otras, incluso independientemente del resultado electoral que obtenga en cada territorio. Vínculos de complicidad largamente trabados en ocasiones, y en otras más laxos o más recientes. Pero parece

evidente que todo ese patrimonio puede verse superado por la vivacidad y el descaro de la extrema derecha. De manera que cada escaño que obtiene esta, afecta directamente al ánimo de la militancia paciente y del votante fiel, lo que resta maniobrabilidad al partido popular como ha ocurrido en Francia y está ocurriendo en Alemania o en los Países Bajos. Qué decir de la reestructuración del flanco derecho del tablero político en Italia.

El ejercicio partidario de la política enseña que hay circunstancias en las que se haga lo que se haga no se espantan ni las dificultades ni los reveses. Momentos en los que cunde el fatalismo, como probablemente afecta al Partido Popular cada vez que en las encuestas Vox aparece pujante entre otros motivos porque no se enfrenta a más riesgos que el de su eventual mantenimiento en la misma cota para muchos años. Momentos en los que empiezan a pedirse cuentas sobre lo que se ha hecho o se ha dejado de hacer. Y en los que ningún cargo puede sentirse seguro de no verse injustamente juzgado por quienes tiene a su alrededor. Momentos en los que la ucronía —si hubiésemos optado por ese otro camino o esa otra decisión…— puede resultar lacerante y tan fatigosa como inútil.

Sin embargo, la ucronía es un instrumental que no puede despreciarse en la observación. La pregunta directa sería: ¿qué oportunidades ha perdido la derecha para hacer frente con solvencia a la extrema derecha? La respuesta no es sencilla, porque ni la adopción de otras decisiones hubiese asegurado el éxito al respecto ni su evocación le facilita necesariamente las cosas ahora. La aparición de Vox interpeló al PP de Mariano Rajoy por su supuesta indolencia en defensa de la unidad de España frente al independentismo catalán, en contra de los últimos rescoldos de ETA, a favor de recuperar atribuciones ya europeas y en vindicación de una política marcadamente proactiva. Reproches enunciados a modo de resentimiento para así, de paso, justificar la carencia de alternativas concretas por parte de la nueva formación como una falla imputable también al PP de Rajoy.

Vox nació tan débil política y electoralmente que a la derecha no le merecía la pena ocuparse de aquel grano. Pero tampoco se ocupó de cuál debía ser su lugar y su aportación al país. Consideró que tenía

que seguir allí, donde estaba, a la espera si acaso de las cíclicas alternancias. Fuesen a favor o fuesen en contra. La derecha se consideraba el centro, en todos los sentidos. Y únicamente discutía con su fuero interno sobre si debía inclinarse o no un poco más hacia la derecha. A medida que el panorama político se fragmentaba, primero con Ciudadanos y con Podemos, pensó que el resultado sería temporal y que no alteraba sustancialmente los equilibrios previos. Podía seguir considerándose el centro. Pero lejos de procurar la primacía del bipartidismo que hacía oscilar el péndulo de la gobernación entre el PSOE y el PP, acabó dejándose llevar por la polarización. Pongamos que perdió una primera oportunidad, aunque no resulte fácil dibujar esta con nitidez trascurridos más de diez años. Perdió la oportunidad de dedicarse a alentar la definición precisa y el cumplimiento de "las reglas no escritas" que Steven Levitsky y Daniel Ziblatt echaron en falta en Estados Unidos al comienzo mismo del primer mandato de Donald Trump.

El bipartidismo dio paso a la aparición de dos bloques que parecían animar un empate infinito, y que por eso mismo se fueron polarizando mutuamente. El declive casi simultáneo de Ciudadanos y de Podemos contribuyó a realzar la presencia ascendente de Vox, que pasaría a ser la tercera fuerza del país. Para entonces no había posibilidad alguna de que PP y PSOE se entendieran para centrar la política española. La moción de censura con la que en 2018 Pedro Sánchez llegó a la Moncloa generó resentimientos por todas partes. La polarización acabó consagrada en las sesiones de control del Congreso de los miércoles. Y como apunta Joaquim Bosch en Jaque a la democracia,

el auge de los partidos de extrema derecha ha trastocado ciertas similitudes que se habían ido instalando entre las élites políticas. La escasa diferenciación entre los principales partidos durante las últimas décadas se ha convertido en un escenario abarrotado de polarización afectiva, convulsiones algo teatralizadas y repulsa generalizada al oponente. Actualmente, resulta fundamental distinguirse del adversario. La anterior estrategia moderada de ubicarse con sutileza en el centro político, a menudo con criterios

demoscópicos, parece haber mutado hacia una acalorada pugna por la movilización agitada de partidarios potenciales.

La segunda oportunidad perdida de la derecha fue la de las autonómicas y locales de 2023. El éxito electoral del PP en mayo condujo al presidente Sánchez a convocar comicios generales para julio. Un par de meses de espera para aquella particular "segunda vuelta" que la impaciencia de algunos barones territoriales del Partido Popular —el valenciano Carlos Mazón especialmente— y la impasibilidad de Alberto Núñez Feijóo acabarían echando en saco roto. La sola perspectiva de que Vox entrase en el Gobierno de España como lo había hecho en la Generalitat valenciana fue suficiente para reactivar el voto de las izquierdas. Para cuando el PP resolvió prescindir de los abascalistas en los gobiernos autonómicos ya era más que tarde. A partir de entonces, tanto el Gobierno Sánchez como los grupos parlamentarios que apoyaban a la coalición PSOE-Sumar pasaron a referirse continuamente a "la derecha y la extrema derecha" como un dúo inseparable.

"La derecha y la extrema derecha" componen un todo argumental en boca de las izquierdas y del independentismo que pretende condenar al PP a continuar atado inexorablemente a Vox. En la confrontación política, cada actor trata de identificar al adversario a medida de sus intereses. Reiterado con diversas carencias y en distintos contextos, se ha convertido en un lugar común que incomoda a la derecha tradicional. Aunque, al mismo tiempo, contribuye a naturalizar tal entente una vez que en España la derecha no parece dispuesta a aplicar cordón sanitario alguno respecto a la extrema derecha. Y la gobernación de las instituciones europeas apunta en ese mismo sentido.

Hoy no parece probable que la derecha organizada en el PP cuente en el próximo ciclo electoral con la oportunidad de desentenderse de la extrema derecha a la hora de tomar el mando de las distintas administraciones. Y en ese momento se va a encontrar con un reto de imprevisibles consecuencias. El propósito de Vox de recurrir al artículo 92 de la Constitución para "consultar al pueblo español", de entrada, sobre "el modelo de gestión de la inmigración y defensa de las fronteras que quiere para España". Siendo sarcástico que el

populismo nacionalista del abascalismo mencione a Suiza como referencia para tal propósito.

Espejo

La primera moción de censura presentada por Vox contra Pedro Sánchez, en octubre de 2020, recibió el "no" del PP. Su entonces presidente, Pablo Casado, acusó a Santiago Abascal de ser el mejor aliado de Pedro Sánchez, puesto que rechazada la moción por todos los diputados menos por los de Vox, el presidente saldría del pleno reforzado. Casado insistió en el argumento hasta convertirlo en la invectiva central de su discurso contra la extrema derecha española. Afirmó que Vox es "la derecha que más gusta a la izquierda" y describió la connivencia que a su entender mantenían censor y censurado señalando que Sánchez había regalado la campaña electoral a Abascal con la exhumación de los restos de Franco, y Abascal le había devuelto el favor al presidente regalándole una división con la que ambos trataban de vaciar el centro político.

La confrontación partidaria hace que cada formación describa al adversario a conveniencia e incluso que busque al contrario con el que enfrentarse más cómodamente. En aquella ocasión, Casado optó por dibujar a Vox como cómplice de aquel al que decía querer desbancar. Fue un ardid, pero respondía a un hecho objetivo. La aparición de Vox, sea como escisión sui géneris del Partido Popular o como opción a su derecha proclive a disputarle votos, complica la alternancia. La apelación constante a la amenaza que supone la extrema derecha contribuye a revalorizar esta como opción electoral y como referencia política influyente, al tiempo que la polarización hace depender a la izquierda de la existencia de la extrema derecha.

En su libro El ocaso de la democracia, Anne Applebaum relata lo siguiente, después de referirse al torno de las alternancias en Grecia durante las últimas décadas:

La historia también parece haberse vuelto repentinamente circular en otras partes de Europa. La división que ha destrozado Polonia se asemeja a la división que escindió a la Alemania de Weimar. El

lenguaje utilizado por la derecha radical europea —la exigencia de una "revolución" contra las "élites", los sueños de violencia "purificadora" y un choque cultural apocalíptico— resulta inquietantemente similar al lenguaje antaño utilizado por la izquierda radical europea. La presencia de intelectuales insatisfechos y descontentos, personas que sienten que las reglas no son justas y que las personas que ejercen influencia no son quienes deberían ejercerla, ni siquiera es un fenómeno exclusivamente europeo.

El escritor venezolano Moisés Naím viajó a Varsovia pocos meses después de que el partido Ley y Justicia llegara al poder. Me pidió que le describiera a los nuevos líderes polacos: ¿cómo eran personalmente? Le di algunos adjetivos: malhumorados, vengativos, resentidos… "Pues se parecen a los chavistas", me dijo. Yo misma viajé a Venezuela a comienzos de 2020 y me sorprendió la infinidad de aspectos en los que el país se parecía no solo a los antiguos estados marxistas-leninistas, sino también a los nuevos regímenes nacionalistas. Por un lado, el desastre económico y una hambruna silenciada y encubierta; por otro, ataques al Estado de derecho, a la prensa, al ámbito económico y a las míticas "élites". La televisión pública emitía propaganda repetitiva y descaradas mentiras; la polarización era tan marcada que se visibilizaba en la propia geografía de Caracas. En ese sentido, la ciudad me recordó tanto a la Europa del Este en el pasado como a algunas partes del mundo occidental en el presente.

Se ha convertido en un lugar común que en Madrid capital, las instituciones nacionales, autonómicas o locales allí asentadas y los cenáculos mediáticos que se realizan en los estudios de televisión y radio ubicados en aquella comunidad concentran y proyectan toda la polarización que luego se dispara por las redes. Pero tanto allí como en cada rincón de España hay hoy más personas de las que había ayer que ven las cosas como en lo relatado por Applebaum. Cosas que les disgustan. Como si se tratara de un espejo ineludible, todo cuanto cabe reprobar en la derecha extrema se vuelve reprobable en la izquierda extrema. Los polos opuestos se atraen hasta mimetizarse. Y aunque decirlo así sea algo que enoja a todas

las izquierdas, constituye una realidad en la percepción de mucha, de demasiada, gente.

La superioridad moral de la izquierda hace que se sienta más demócrata que la derecha porque aspira a la igualdad y a la justicia social. Tanto que por momentos se considera plenamente demócrata. Pero cuando maneja la manivela que agudiza la polarización, deja de serlo. Aunque lo haga por contrarrestar la energía que la derecha consume con objeto de tensionarlo todo. La izquierda tiende a autocriticarse únicamente por su inacción. Pero no porque considere erróneo o excesivo algo que se haya hecho o dicho desde sus filas. La conversión del adversario en enemigo la faculta para pasar por alto todo desliz que se haya tenido en las propias filas. Salvando siempre las invectivas y reproches que se cruzan periódicamente las siglas en disputa dentro de la "mayoría de progreso". Debe de resultar más agotador que satisfactorio encontrarse siempre en el lado correcto de la historia, pero sobre todo es peligroso convencerse de que eso es así. Porque semejante seguridad dificulta la asimilación de los reveses y la aceptación de las derrotas, en tanto que acaban considerándose injustas, cuando no inexistentes.

Pero el combate tan simulado como obsesivo con la extrema derecha, subsumiendo a cada paso a toda la derecha en ella, no plantea a la izquierda problemas etéreos sino retos muy tangibles. La polarización y la renuncia al consenso paralizan a la izquierda. Cuando la derecha y la extrema derecha llevan a la izquierda a proclamar en 2025 que el motor de la historia es la lucha de clases, vuelve al siglo anterior como si lo añorara. El motor de la historia es el consenso, aunque sea para encauzar la lucha de clases hacia algún resultado que suponga avanzar.

Hace ya tiempo que la izquierda dejó de hablar de la reforma constitucional a la que aspiraba para consagrar en la Carta Magna algunas de las reformas legales emprendidas durante los gobiernos de José Luis Rodríguez Zapatero y de Pedro Sánchez e incluir además cambios que ensanchen el cauce de la democracia y profundicen en derechos sociales y en libertades personales. Es un silenciamiento elocuente que no responde solo a la imposibilidad aritmética —democrática— de emprender tal camino, sino a la

certeza de que, de iniciarse, podría desviarse fácilmente en un sentido contrario al pretendido. No se trata de un accidente casual o sobrevenido. Es el resultado, también, de la obcecación propia.

Independencia

La Diada de 2025, el 11 de septiembre, reunió en la manifestación convocada por la Assemblea Nacional Catalana a la mitad de la gente que había acudido a ella el año anterior. El independentismo volvió a mostrar el imparable declive de su ánimo. El dictamen de "normalización" con el que Salvador Illa y Pedro Sánchez venían calificando la situación en Catalunya hacía mella hasta en los nostálgicos del procés. Aunque ese día se produjo un hecho llamativo: un millar de personas constituyeron grupo aparte por convocatoria de Aliança Catalana (AC), el partido de la alcaldesa de Ripoll, Sílvia Orriols, mostrando sus propias enseñas y siguiendo sus propias consignas. "Fuera españoles y musulmanes", "No es inmigración, es invasión", "Menos Palestina y más Catalunya" o "Puta TV3".

Los organizadores de la manifestación —ANC y Òmnium Cultural— les habían indicado de antemano que no serían bienvenidos. Pero eso mismo les hizo personarse en el recorrido, escoltados en todo momento por un numeroso despliegue de Mossos d'Esquadra. La propia Orriols había tuiteado: "Me daba pereza ir, pero ahora iré, aunque solo sea para llamarles mediocres y sectarios a la cara". Su particular balance de situación fue que recibieron más aplausos que abucheos. El independentismo de extrema derecha se hizo un notable hueco en el centro de Barcelona, entre otras razones porque era la única sigla que destacaba.

Las extremas derechas, en su gran mayoría, parten y cuentan con liderazgos inequívocos. Es el caso de Aliança Catalana que nació en gran medida del impulso personal de Sílvia Orriols y un pequeño grupo de personas próximas de la localidad de Ripoll. Se había presentado con las siglas prestadas de Front Nacional de Catalunya a las municipales de 2019, obteniendo 503 votos y su acta de concejal. Cuatro años después, tras fundar AC, obtuvo 1.401 votos (el 30,76%) y seis concejales, siendo la lista más votada. Como Junts, ERC, PSC y CUP no supieron o no quisieron impedirlo, pasó a ser la alcaldesa de Ripoll el 17 de junio de 2023. "Juro por las Constituciones catalanas que regían el país el 11 de septiembre de

1714, legales, vigentes e inderogables, que lucharé por garantizar y restituir los derechos y las libertades de mi pueblo".

Aliança Catalana se presentó a las elecciones al Parlament de Catalunya del 12 de mayo de 2024, obteniendo 119.149 en las cuatro circunscripciones provinciales y dos escaños; uno de ellos para la propia Orriols por Girona. AC logró sus mejores resultados en la franja interior de Catalunya, destacando su victoria en Ripoll (33,10%), Campdevànol (26,52%) y Lloses (35,5%), ser la segunda fuerza más votada en 70 municipios y una representación reseñable en localidades como Olot (15%), Mollerussa (12,7%), Tàrrega (10,72%), Berga (10,58%), Figueres (10%), Manresa (9,42%), Banyoles (9,1%) o Vic (8,57%). Ello cuando poco más de un año antes AC solo existía en la comarca del Ripollés.

Existe una amplia coincidencia entre los estudiosos del fenómeno en explicar su aparición por la concurrencia de tres factores fundamentalmente: el primero, la indignación generada entre muchos entusiastas de la decisión unilateral de independencia cuando Carles Puigdemont acabó huyendo a Waterloo sin formalizarla. El segundo, el rechazo a la inmigración desatado por la participación de jóvenes de ascendencia magrebí, con fuerte arraigo en Ripoll y de habla catalana, en los atentados del 17 de agosto de 2017 en Barcelona y Cambrils. Y, el tercero, la obstinada personalidad de Sílvia Orriols, fiel seguidora de la historia y de los relatos sobre la Catalunya primigenia, y de figuras de principios del siglo XX como Daniel Cardona, con antecedentes activistas como miembro de un grupúsculo denominado Els Intransigents de Catalunya.

El programa de Aliança Catalana para las elecciones autonómicas de 2024 recoge postulados significativos de su ideología política:

El primer punto de nuestro programa es la realización de una declaración unilateral de independencia y la toma de control del territorio. Por este motivo, si Aliança Catalana obtiene la mayoría absoluta en el Parlamento, declarará y defenderá la independencia de Catalunya.

Queremos para Catalunya una moratoria en inmigración. Se necesita cerrar las fronteras a los inmigrantes económicos para que Catalunya vuelva a tener capacidad de integrar a los extranjeros en la lengua catalana. Promoveremos una política migratoria restrictiva para que el nivel de paro baje y los salarios aumenten a niveles europeos. Somos conscientes de que una política migratoria restrictiva beneficia tanto a los catalanes como a los inmigrantes que residen en el Principado y no quieren, tampoco, tener que competir salarialmente con miles de extranjeros más. Los menores no acompañados han de volver a sus países, con sus padres y sus familias. Consideramos intolerable que la mitad de reclusos en Catalunya sea de origen extranjero —a pesar de representar menos del 20% de la población general—. Los catalanes no tenemos que mantener la delincuencia de otros países.

Si nos fijamos en los usos de la lengua por franjas de edad, veremos que el año 2018 los usos lingüísticos de los jóvenes de 15 a 29 años se repartían en un 35,2% de catalán y un 48,1% de castellano. Donde estaban mejor era en la franja de mayor edad, la de los 65 años y más. Ahí los catalanohablantes eran el 44,4%, y los castellanohablantes, el 46,3%. Nuestros hablantes envejecen y, por agravarlo todo, entre 2018 y 2024 entró más de medio millón de inmigrantes al mismo tiempo que murieron más catalanes de los que nacieron. Unas cifras inasumibles para cualquier país del mundo. La baja natalidad y la inmigración juegan a la contra. Con el actual ritmo de flujos migratorios, en poco tiempo llegaremos a ser un 5% de catalanohablantes dentro del total de la población.

Aliança Catalana quiere que Catalunya vuelva a ser rica y plena, por eso, queremos que también lo sean los bolsillos de los catalanes. Por este motivo, proponemos una rebaja de impuestos generalizada: el mejor lugar para el dinero es la cuenta corriente de los ciudadanos. Siempre defenderemos el ahorro y la inversión como motores para construir un futuro próspero y libre. España roba a Catalunya más del 40% de los impuestos que paga anualmente, una cifra insostenible para cualquier economía. Por este motivo, lograr la recaptación total de los impuestos que se pagan en Catalunya es un objetivo prioritario para Aliança Catalana. Aliança Catalana ve el impuesto sobre sucesiones como un problema ético y diseñado con una óptica anticatalana. Es un impuesto a la muerte que nos

desvincula de nuestro pasado familiar y nos obliga a malvender la casa de nuestros abuelos y padres para satisfacer las exigencias de unos gobernantes que regalan y malgastan nuestro dinero. Además, durante la pandemia de la covid-19, la nefasta gestión del exconsejero Chakir El Homrani disparó las muertes de nuestra gente mayor. Aquellos días, el gobierno de JxCat y ERC apoyó el impuesto sobre sucesiones y recaptó un 60% más que el año anterior. Consideramos que fue un acto cruel y desvergonzado con tal de aprovecharse, durante la nocturnidad de la pandemia, de las muertes de nuestros abuelos.

Es necesario que el Parlamento declare el estado de emergencia demográfica.

Las familias con un hijo han de tener una bonificación del 3%; las familias con dos hijos, una bonificación del 10%; las familias con tres hijos, una bonificación del 30% del IRPF hasta que el menor de los hijos cumpla 21 años.

La xenofobia labrada por Sílvia Orriols y su próximo frente, sobre todo, a la población magrebí y a sus creencias tiene su antecedente en el rechazo previo de la actual alcaldesa de Ripoll a los españoles y a lo español. Que la localidad catalana con menos tasa de inmigración albergue un ánimo tan adverso a las personas y familias arribadas a Catalunya más recientemente guarda relación con que la mayor parte de los terroristas del 17-A era de allí. Con que su implicación en semejante barbarie desconcertó al principio a los paisanos, que en gran medida interiorizaron la sensación de que algo habían hecho no del todo bien para que aquellos chavales acabasen así. Y con que familiares y allegados de los terroristas muertos mantuviesen una actitud ambivalente entre reprobar los atentados y tratar a sus próximos como mártires. Pero la xenofobia de Aliança Catalana incorpora otro componente: el resentimiento que en Orriols y en sus allegados generaba desde un principio constatar que las familias de inmigrantes tenían derecho a más ayudas sociales que las autóctonas por la sencilla razón de que eran más numerosas.

No hay en el programa electoral de AC más rasgos de extrema

derecha que su aversión a la inmigración, el afán asimilacionista que revela su política lingüística y un pronatalismo que parece inquietarse ante el advenimiento de “el gran reemplazo”. Aunque su soberanismo es tan radical que España no aparece más que como objeto de condenas. Pero hay un aspecto elocuente y menos conocido en la cortísima trayectoria de Aliança Catalana: su simpatía y apoyo a AfD (Alternativa por Alemania). El considerado como “ideólogo” de AC, Jordi Aragonès, lo explicaba así en febrero de 2025, tras las elecciones germanas:

AfD es el segundo partido de la tercera potencia mundial. Quien piense que puede ignorar a este actor político se equivoca. En 2017, AfD defendió el independentismo catalán en el Bundestag. Criticó la represión española y la pasividad de la UE con Catalunya. Ningún otro partido alemán lo ha hecho. Es un partido que defiende la soberanía nacional. Son críticos con la inmigración masiva y el islamismo radical. AfD quiere más democracia directa, inspirándose en Suiza. AfD ha condenado reiteradamente el antisemitismo. El españolismo se aprovecha de nuestra pasividad internacional. Si no hacemos alianzas en Europa, Madrid lo hará por nosotros. Aislarse internacionalmente no sirve de nada. El mundo se mueve por intereses, no por prejuicios.

Una interpretación ciertamente interesada de lo que representa la extrema derecha alemana.

La crisis que atraviesa el independentismo catalán ha hecho posible que surja y empiece a crecer una alternativa en su extremo xenófobo. Los resultados de las autonómicas de 2024 auguran que en el próximo ciclo electoral Aliança Catalana tendrá muchas oportunidades de continuar incrementando su presencia institucional y condicionando aún más al resto del independentismo. Si en 2023 el cordón sanitario de las demás fuerzas no supo impedir que Sílvia Orriols se hiciese con la alcaldía de Ripoll, es probable que dentro de dos o tres años tengan dificultades añadidas para anular a AC.

La pregunta ineludible es si una experiencia semejante podría desarrollarse también en Euskadi. De entrada, la respuesta sería que no. El independentismo y el nacionalismo vascos ocupan un espacio electoral tan amplio que resulta impensable la aparición de una oferta-demanda de naturaleza xenófoba, tanto respecto a la inmigración de los últimos años y futura, como de forma un tanto retrospectiva respecto a "los españoles". No porque no existan precursores para ello tanto sabinianos como entre la hornada que generó la primera ETA. La obra De fuera vendrá…, de Arana, el Vasconia de Federico Krutwig, y distintos artículos de la publicación Euzkadi editada en Caracas durante el franquismo serían lecturas del gusto de Sílvia Orriols, sin duda. Pero más difícil resulta imaginar una sucesión de acontecimientos que conduzca a tal cúmulo de resentimientos que hagan surgir una fuerza aparte de tintes xenófobos, o siembre la xenofobia en las organizaciones existentes. La población extranjera en Catalunya representa el 18% del total; en Euskadi se mueve en torno a una décima parte. La inmigración está empezando a ser un tema de discusión que alcanza ya a las instituciones, pero, hasta la fecha, y con la excepción de Vox y de alguna manifestación local, no se conocen pronunciamientos que se aproximen a la hemeroteca generada por Orriols.

Quehacer

La extrema derecha suscita el deseo confeso del resto del arco parlamentario por acabar con su existencia. Deseo fundamentado en la involución que representaría todo lo ultra. Su evocación del periodo previo al restablecimiento de la democracia, a la europeización de España y al cuestionamiento de la diversidad social, de las evidencias científicas y de los datos estadísticos nos retrotrae al túnel del tiempo. Su cultivo insistente de la antipolítica reduce el espacio de la esperanza y el optimismo. Pero, paradójicamente, las mismas formaciones que muestran su deseo de acabar con la extrema derecha dan continuas muestras de precisar de lo ultra para afianzarse y para acceder al gobierno de las instituciones, tanto por parte de la derecha representada por el PP como por las izquierdas y por el nacionalismo gobernante, lo que contribuye a su perpetuación.

La pregunta que evitan formularse las fuerzas adversarias a la extrema derecha es si, en una democracia pretendidamente pluralista, resulta legítimo procurar la desaparición de un grupo representativo de una parte de la voluntad política ciudadana. Una respuesta positiva al interrogante requeriría apelar a derechos fundamentales, siendo problemático argumentar que Vox los vulnera o promueve su vulneración. A partir de ahí no cabría otra manera de enfrentar la extrema derecha que mediante la siempre azarosa y desasosegante pugna electoral.

Las llamadas a combatir, prevenir o marginar a la extrema derecha se han convertido en los últimos años poco menos que en la razón de ser de las izquierdas, lo que ha dado lugar a tres situaciones ante las que convendría detenerse: por un lado, la vivencia militante de una democracia que por momentos parece dejar de ser constitucional; por otro, la adición polarizada de propuestas e iniciativas que aspirarían a una realidad radicalmente opuesta a la encarnada por Vox, y, por último, la reducción de las políticas identificadas como de izquierdas a pronunciamientos a salvo de la evaluación sobre sus efectos reales.

En los últimos meses se han sucedido declaraciones públicas desde las izquierdas señalando que no es suficiente con enfrentarse abiertamente con Vox, que las izquierdas no pueden desatender sus obligaciones para con la igualdad y otras. Lo que denota tanto la preocupación creciente sobre los riesgos que entraña hacer seguidismo de las espirales que desata la extrema derecha como la sensación de que la invocación permanente al peligro ultra, o a la entente "entre la derecha y la extrema derecha", acaba restando eficacia a las izquierdas. A pesar de lo cual la inquietud de las izquierdas se disipa públicamente cuando acaban realzando la épica frente a la "ola reaccionaria".

Aunque Vox anuncia su propósito de impulsar la ilegalización de los partidos que propugnan la independencia de nacionalidades reconocidas en la Constitución de 1978 —que dio lugar a una proposición parlamentaria en febrero de 2024—, no se ha formalizado una intención análoga entre las demás formaciones para con la extrema derecha. La Ley de Partidos de 2002 contempla, en su Capítulo III, la eventualidad de la disolución o suspensión judicial de formaciones registradas como tales:

Cuando incurra en supuestos tipificados como asociación ilícita en el Código Penal.

Cuando vulnere de forma continuada, reiterada y grave la exigencia de una estructura interna y un funcionamiento democráticos…

Cuando de forma reiterada y grave su actividad vulnere los principios democráticos o persiga deteriorar o destruir el régimen de libertades o imposibilitar o eliminar el sistema democrático…

Entre estos últimos supuestos la norma orgánica consigna:

Vulnerar sistemáticamente las libertades y derechos fundamentales, promoviendo, justificando o exculpando los atentados contra la vida o la integridad de las personas, o la exclusión o persecución de personas por razón de su ideología, religión o creencias, nacionalidad, raza, sexo u orientación sexual.

Fomentar, propiciar o legitimar la violencia como método para la consecución de objetivos políticos o para hacer desaparecer las condiciones precisas para el ejercicio de la democracia, del pluralismo y de las libertades políticas.

Complementar y apoyar políticamente la acción de organizaciones terroristas para la consecución de sus fines de subvertir el orden constitucional o alterar gravemente la paz pública, tratando de someter a un clima de terror a los poderes públicos, a determinadas personas o grupos de la sociedad o a la población en general, o contribuir a multiplicar los efectos de la violencia terrorista y del miedo y la intimidación generada por la misma.

Un articulado que revela el desafío que para la democracia representaban las organizaciones legales que daban cobertura política al terrorismo de ETA. La Ley de Partidos fue aprobada en el Congreso de los Diputados el 4 de junio de 2002 por 304 votos a favor, 16 en contra y ninguna abstención. Fue apoyada por PP, PSOE, CiU y Coalición Canaria, frente a la oposición de IU, PNV, EA, ERC, Iniciativa per Catalunya y BNG.

Las declaraciones favorables a recurrir a esa ley para ilegalizar a Vox no han resultado hasta la fecha de suficiente entidad política como para suponer que podría abrirse paso un proceso de suspensión o de disolución judicial de Vox. En julio de 2025, el diputado de Compromís adscrito al grupo de Sumar, Alberto Ibáñez, manifestó en una rueda de prensa celebrada en el Congreso que “España debe afrontar un debate sereno, pero rápido, sobre la ilegalización del fascismo de Vox”. La portavoz de Catalunya en Comú, Aina Vidal, señaló que “las actitudes de Vox empiezan a parecerse bastante a lo que aparece en el Código Penal”, denunciando que Vox no condena las “cacerías” de inmigrantes y preguntándose “qué más tiene que ocurrir para que actuemos con todos los procedimientos democráticos”. Mientras que Pablo Fernández, secretario de Organización y coportavoz de Podemos, objetaba que “los jueces fachas, los jueces reaccionarios, los fachas con toga que copan el poder judicial en ningún caso, jamás, ilegalizarían a Vox”.

Las manifestaciones discriminatorias de portavoces de Vox y su proclividad a pasar por alto la comisión de delitos de odio aparecen como los argumentos en los que podría basarse una demanda de ilegalización. Pero la inconsistencia jurídica de tales acusaciones frente a la literalidad de lo expresado por Santiago Abascal y otros dirigentes de su partido —que un portavoz de Podemos transfiere, como responsabilidad, al poder que detentarían los "jueces fachas"— pone en primerísimo plano la más que probable ventaja que Vox obtendría del debate propuesto por Alberto Ibáñez, cuando tampoco resultaría ni "sereno" ni "rápido".

La oposición a Vox no ha sido inocua para su auge, aunque resulte imposible medir en cuánto le ha servido a la formación de Abascal para darse a conocer, mostrarse importante y volverse atractiva. Los Verdes y La Izquierda alemanes dan a entender que están dispuestos a impulsar la demanda para la ilegalización de AfD, cuando la ultraderecha asoma como la primera fuerza demoscópica del primer país de la Unión Europea. Aunque los servicios de inteligencia alemanes hayan llegado a considerar al partido que lideran Tino Chrupalla y Alice Weidel como incompatible con la democracia, el vértigo jurídico que comporta pensar siquiera en el inicio de un proceso de ilegalización de incierto recorrido, y la certeza de que su mero anuncio incrementaría las posibilidades de AfD en un Estado compuesto en el que se suceden elecciones territoriales además de las federales, parecen disuadir por el momento de recurrir a la ley fundamental. El 31 de marzo de 2025, Marine Le Pen fue condenada por el Tribunal de París, entre otras penas, a cinco años de inelegibilidad inmediata para cargo público —pendiente de recurso— como corresponsable de un delito continuado de malversación de fondos del Parlamento Europeo por un valor de 4,5 millones de euros. Pese a ello, su partido Agrupación Nacional continúa en cabeza de los sondeos electorales.

Los investigadores Jean-Yves Camus y Nicolas Lebourg dejan ver en su libro Las extremas derechas en Europa un punto de esperanza:

En los Estados democráticos, las extremas derechas también son mortales. Movimientos como el poujadismo en Francia y los Republikaner en Alemania muestran que un cambio radical de la

relación Estado-sociedad, centro de su producción, les resulta fatal. En un marco continuo, los partidos de extrema derecha generalmente padecen su participación, incluso indirecta, en las mayorías parlamentarias. Cierto es que la adversidad de las responsabilidades políticas es políticamente dolorosa para todos los partidos. Pero, como vimos, cualquiera que sea el país, los partidos de extrema derecha sufren un contragolpe particularmente importante en el electorado. Una vez que vuelven a la oposición, buscan entonces revivir mediante un realimentamiento popular y xenófobo a cargo de expresar el deseo de una jerarquía social legítima. En general, esto funciona y nuevamente alimenta una demanda social autoritaria. El caso del FPÖ austriaco puede servir como prototipo en la materia.

El revés sufrido por Javier Milei en las elecciones de la provincia de Buenos Aires, en un entorno extremadamente polarizado respecto al peronismo, podría atender en parte a esa dinámica.

Supongamos, por un momento, que la extrema derecha no esté hecha para gobernar o para hacerse cargo de un pacto de legislatura en apoyo de un gobierno. Que lo que inicialmente podría presentar —por ejemplo Vox— como un triunfo político determinante para un crecimiento paulatino de su proyecto se convirtiera en una losa para su populismo. Las contradicciones y los titubeos en los que se ha movido después de alcanzar acuerdos autonómicos de gobierno o de gobernabilidad con el PP podría ser muestra de ello. Pero aunque la reflexión de Camus y Lebourg esté fundamentada en la observación de distintos casos acaecidos en Europa entre el pasado siglo y este, los partidos interesados en ponerle las cosas difíciles a Vox incurrirían en una soberbia inexplicable si se dispusieran a someter al grupo de Abascal a una suerte de ducha escocesa, invitándole a participar del gobierno de las instituciones hoy, para empujarle de una u otra manera a abandonar su puente de mando mañana.

Desechada prácticamente la eventualidad de la suspensión o disolución judicial de Vox, la segunda fórmula de respuesta al auge de la extrema derecha sería el “cordón sanitario”. Un compromiso entre partidos para impedir que Vox gobierne o cogobierne las instituciones. Un pacto explícito o implícito pero, en cualquier caso,

suficiente para el logro de ese fin. Una posibilidad que en nuestro país no ha pasado de ser una invectiva pasajera en manos de las formaciones aliadas en torno al PSOE para señalar la dependencia del PP respecto a la extrema derecha. La inexistencia de una mínima sintonía estratégica entre las dos principales formaciones de la política española —la popular y la socialista— brinda a Vox un margen de presencia y de actuación crucial para su desarrollo. Al principio, drenaba los suficientes votos del PP como para cerrar el paso a que el partido heredero de la moción de censura contra Mariano Rajoy pudiera recuperarse. Para gran regocijo de las izquierdas. Más tarde, entre las elecciones autonómicas y locales de 2023 y las generales de julio de aquel mismo año, el avance experimentado por los populares en la mayoría de las comunidades autónomas les condujo, paradójicamente, a dar por buenas sus alianzas de gobernabilidad con Vox para afianzarse en los distintos territorios. Necesidad de la derecha que la extrema derecha convertiría en virtud.

El cordón sanitario en este caso frente a Vox plantea tres problemas fundamentalmente. El primero es su logro, que en un panorama parlamentario fragmentado y que probablemente continúe así resulta poco menos que imposible, especialmente si la naturalización institucional de la extrema derecha hace que se vea cada día más normal lo que hoy se percibe como excepcional por parte de la mayoría de los ciudadanos. El segundo problema sería su continuidad de manera generalizada, cuando las vicisitudes de cada ámbito en el que se desenvuelve la política parlamentaria reclaman constantemente flexibilidad en el establecimiento o, en su caso, la cancelación de las alianzas. El tercer problema es el de la coherencia a la hora de acoplar ese eventual cordón sanitario a la política desarrollada por las respectivas familias europeas en las instituciones de la Unión.

Como se ha señalado ya, esta última vertiente es en la que Vox puede hacerse especialmente fuerte, sobre todo si se produce un crecimiento electoral de la extrema derecha en todos los países europeos, en su mayoría, o en los más relevantes. En noviembre de 2024, la designación de Raffaele Fitto como vicepresidente de la Comisión Europea y comisario encargado de Cohesión y Reformas, miembro del partido de Giorgia Meloni, Hermanos de Italia,

desbarató toda posibilidad de instalar el cordón como opción para el conjunto de la Unión. Y ocurrió además con el apoyo o la anuencia tanto del Grupo Popular Europeo como del Grupo Socialista Europeo. Incluido Pedro Sánchez, en su calidad de integrante del Consejo Europeo.

Descartada la eventualidad de un cordón sanitario que constriña las posibilidades políticas de Vox, llegamos a un punto en el que convendría preguntarse si en realidad hay en el resto del arco parlamentario español, en la derecha del PP, en la izquierda del PSOE y entre las formaciones a su izquierda, en el independentismo catalán y vasco, o en el nacionalismo jeltzale, interés alguno de que Vox entre en un declive más o menos inmediato que saque a la extrema derecha de la parte más visible del escenario político. Desde el punto de vista del mensaje público, es evidente que todas esas fuerzas responderían afirmativamente a la pregunta. La inquina que muestran a todas horas respecto a Santiago Abascal y su partido no parecería dejar margen alguno a la duda. Pero la duda es inevitable, puesto que mientras el Partido Popular de Alberto Núñez Feijóo ha de pugnar con Vox para evitar que la extrema derecha le drene oportunidades de voto y, al mismo tiempo, en la actualidad, no puede prescindir de él de cara a apuntalar una posición de gobierno, las demás formaciones parecen vivamente interesadas en contar con la extrema derecha para construir buena parte de su discurso electoralista. Es el mal que cada una de ellas se compromete a combatir, y pretende hacerlo además mejor y más consecuentemente que las demás.

Pero, aun en el caso de que prevalezca ese doble juego, ninguna fuerza democrática puede desentenderse de la obligación que tiene de procurar no facilitarles la tarea a los de Abascal. No solo evitando que el señuelo de Vox ocupe gran parte de la narrativa democrática con un afán marcadamente electoralista, sino sobre todo comprometiéndose efectivamente a apuntalar y poner en orden el edificio de la democracia. La presencia de Vox y sus sombras no deberían llevar a los dos principales partidos del país a achicar el centro político. El PSOE dejándose llevar por las facilidades que ofrece la polarización hasta situarse deliberadamente más a la izquierda con el propósito de, eventualmente, prescindir de su socio de gobierno Sumar, y el PP

mostrándose dispuesto a competir con Vox, emulando en forma y fondo parte del relato de la extrema derecha. El riesgo de las tácticas cortoplacistas, alentadas por momentos de nerviosismo en la confrontación partidista, entrañará siempre el peligro de que lo que para los partidos centrales —PSOE y PP— puede ser un mero guiño al graderío, para Vox puede representar un triunfo relevante sin haber gastado energía alguna.

Aunque lo crucial es que los partidos se esfuercen en restablecer con urgencia las dos normas no escritas a las que se refieren Steven Levitsky y Daniel Ziblatt cuando describen el funcionamiento de la democracia estadounidense con anterioridad a la abdicación republicana en favor de Donald Trump: “La tolerancia mutua, o el acuerdo de los partidos rivales a aceptarse como adversarios legítimos, y la contención, o la idea de que los políticos deben moderarse a la hora de desplegar sus prerrogativas institucionales”. La visibilización del cumplimiento de ambas normas sería una magnífica noticia para los ciudadanos y una pésima noticia para la extrema derecha.

La aceptación del adversario como representante legítimo de una parte de los electores no puede darse únicamente por supuesto. Ha de cultivarse activamente desechando la nefasta idea de que una reducción notable de la distancia que separa a los actores que participan en la liza política beneficia siempre al contrario. No solo se trata de rebajar el tono de la discusión, sino de aproximar el lenguaje empleado, de destacar las coincidencias cuando menos tanto como las discrepancias. De transmitir mensajes de estabilidad y no de zozobra, lo cual obliga también a revisar el tratamiento formal que los responsables de los demás partidos, empezando por aquellos que ostentan funciones institucionales, han de brindar a Vox y a sus dirigentes. Porque aunque ello contribuya en primera instancia a naturalizar la presencia institucional de la extrema derecha, servirá también para que se sienta instada a rebajar su radicalidad verbal.

La contención en el uso de las prerrogativas institucionales permitirá, por su parte, una realización más equilibrada del ideal de Montesquieu. De modo que ninguno de los tres poderes del Estado interfiera en las obligaciones encomendadas a los otros dos, y cada

cual se haga cargo de sus responsabilidades sin que la intromisión ajena sea excusa para eludirlas.

Tras explicar el avance de los ultras como resultado de la concurrencia de distintos factores, en su libro Extrema derecha 2.0, Steven Forti propone “elaborar una respuesta poliédrica”. En sus palabras, “para vencerla o, al menos, debilitarla”. Forti consigna iniciativas militantes con un tono en ocasiones expeditivo. Con encomiendas a instituciones y partidos, a los medios de comunicación, a la izquierda y a los jóvenes. Toda una invitación para desgranar mediante un debate permanente las posiciones que convendría adoptar ante lo que representa Vox y que aseguren el fortalecimiento de la democracia atenuando los resentimientos. Solo que no es este un tiempo de héroes.

BIBLIOGRAFÍA

Applebaum, Anne (2020): El ocaso de la democracia, Debate, Madrid.

Arendt, Hannah (2006): Los orígenes del totalitarismo, Alianza Editorial, Madrid.

— (1967): Verdad y mentira en la política, Página Indómita, Barcelona.

Arias Maldonado, Manuel (2024): (Pos)verdad y democracia, Página Indómita, Barcelona.

Bosch, Joaquim (2024): Jaque a la democracia, Ariel, Barcelona.

Boyd, Julia (2022): Un pueblo en el Tercer Reich, Ático de los Libros, Barcelona.

Byung-Chul, Han (2020): La sociedad paliativa, Herder, Barcelona.

Camps, Victoria (2025): La sociedad de la desconfianza, Arpa, Barcelona.

Camus, Jean-Yves y Lebourg, Nicolas (2015): Las extremas derechas en Europa, Clave Intelectual, Madrid.

Casquete, Jesús (ed.) (2023): Vox frente a la historia, Akal, Madrid.

Cercas, Javier (2009): Anatomía de un instante, Mondadori, Barcelona.

Damasio, Antonio (1995): El error de Descartes, Destino, Barcelona.

Evola, Julius (1961): Cabalgar el tigre, Omnia Veritas.

Ferraris, Maurizio (2017): Posverdad y otros enigmas, Alianza Editorial, Madrid.

Forti, Steven (2024): Democracias en extinción, Akal, Madrid.

— (2021): Extrema derecha 2.0, Siglo XXI, Madrid.

Frankl, Viktor (2015): El hombre en busca de sentido, Herder, Barcelona.

Gómez Bravo, Gutmaro (2025): Los descendientes, Crítica, Barcelona.

González, Miguel (2022): Vox S.A., Península, Barcelona.

González Férriz, Ramón (2024): Los años peligrosos, Debate, Madrid.

Guadilla, David (2025): Entrevista a Zakariae Cheddadi: “Que la izquierda diga que no hay problemas con la inmigración da munición a la extrema derecha”, El Correo, 7 de septiembre.

Houellebecq, Michel (2015): Sumisión, Anagrama, Barcelona.

— (2022): Aniquilación, Anagrama, Barcelona.

Illouz, Eva (2023): La vida emocional del populismo, Katz, Buenos Aires.

Innerarity, Daniel (2020): Una teoría de la democracia compleja, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Kamen, Henry (2025): Las dos Españas, Espasa, Madrid.

Le Bras, Hervé (2022): Il n’y a pas de grand remplacement, Grasset, París.

Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel (2018): Cómo mueren las democracias, Ariel, Barcelona.

Linz, Juan. J. (1987): La quiebra de las democracias, Alianza Editorial, Madrid.

Maquiavelo, Nicolás (2012): El Príncipe, Austral, Barcelona.

Müller, John (coord.) (2019): La sorpresa Vox, Deusto, Barcelona.

Ramoneda, Josep (2025): Poder y libertad, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Ridao, José María (2025): “El eclipse de la democracia”, La Maleta de Portbou.

Rius Sant, Xavier (2023): Vox. El retorno de los ultras que nunca se fueron, Akal, Madrid.

Scheler, Max ([1912] 2025): El resentimiento de la moral, Bauplan, Madrid.

Snyder, Timothy (2017): Sobre la tiranía, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Stone, Dan (2025): El Holocausto, La Esfera de los Libros, Madrid.

Todd, Emmanuel (1994): El destino de los inmigrantes, Tusquets, Barcelona.

Watson, Peter (2000): Historia intelectual del siglo XX, Crítica, Barcelona.